



UNA
NOVELA DE LA
OBSESIÓN DEL
MULTIMILLONARIO

MULTIMILLONARIO DESCUBIERTO

Marcus

DE LA AUTORA EN LAS LISTAS DE BESTSELLERS
DEL NEW YORK TIMES Y USA TODAY

J.S. Scott



*Multimillonario
Descubierto*

LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO

Marcus

J. S. SCOTT

Multimillonario Descubierto - Marcus

Copyright © 2019: J. S. Scott

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de todo este documento por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas. Las historias que contiene son obras de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción: Marta Molina Rodríguez

Edición y corrección de texto: Isa Jones

Diseño de cubierta: Wax Creative

ISBN: 978-1-702078-40-5 (edición impresa)

ISBN: 978-1-951102-08-1 (libro electrónico)



Índice



[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Multimillonario Rechazado](#)
[Biografía](#)



Prólogo



Dani

Hace un año...

Sabía que iba a morir.

La única pregunta era cuánto tiempo viviría antes de que el grupo rebelde de terroristas que me habían secuestrado terminaran ejecutándome.

Me dolía todo tanto que me sentía agradecida cuando perdía la consciencia. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba prisionera. Parecían años, como si hubiera vivido en un estado perpetuo de dolor, privación y humillación durante lo que parecía una eternidad. Había intentado llevar la cuenta de los días que pasaban, pero probablemente se me habían pasado unos cuantos.

¿Cuánto tiempo llevaba así? «¿Una semana? ¿Dos?», me pregunté. ¿Acaso se me habían pasado más días de lo que pensaba? «Morir sería una bendición. No estoy segura de cuánta tortura podré aguantar. Aunque tuviera la oportunidad, no tengo fuerzas para escapar», pensé descorazonada. No se trataba de que quisiera morir, pero hay un límite a la agonía que se puede soportar antes de esperar un alivio, aunque eso signifique que solo se encontraría en la muerte.

Al menos era noche cerrada, una pequeña porción de las veinticuatro horas del día a la que daba la bienvenida porque todos los terroristas dormían. Era el único momento del día en que no estaba aterrorizada porque pudieran decidir venir a atormentarme un rato.

Estaba hecha una bola en el centro del suelo de tierra, intentando desesperadamente no pensar en comida, agua ni en el hecho de que sentía que cada centímetro de mi cuerpo había sido utilizado como un saco de boxeo. Recordándome que mi sacrificio significó que unos adolescentes pudieran volver a cruzar la frontera sanos y salvos era algo a lo que me aferraba con todas mis fuerzas. Probablemente, yo tendría que morir para que unos chavales vivieran. Era un intercambio decente, ¿verdad? Si tenía que ser una de las dos cosas, como fue el caso, era mejor que una persona muriera a que lo hiciera un grupo de críos.

Mi problema con ese razonamiento era que, en realidad, yo no quería morir. La superviviente que había en mí quería que todos viviéramos. Por desgracia, la porción diminuta de raciocinio que me quedaba me decía que eso no iba a ser posible.

Intenté inspirar hondo, pero me dolía al respirar. Espiré suavemente, intentando autoconvencerme de que, por ahora, estaba sola y era improbable que me molestasen hasta que se hiciera de día.

En cuanto me dije que estaría a salvo durante unas horas, una mano grande me tapó la boca sin la menor advertencia. Me debatí contra mi adversario, decidida a no caer sin pelear, aunque sabía que tenía muy pocas fuerzas.

Yo siempre peleaba. Era mi forma de ser. La noche era mi rato, la única oportunidad que tenía de pensar, si es que conseguía mantenerme consciente. Me enfurecía que me arrebataran las pocas horas que tenía para descansar.

Estaba harta de ser una diversión para los rebeldes cada vez que querían atormentarme. Deseé que me mataran de una vez para terminar con aquel calvario. Si lo hicieran, conseguirían callar a la luchadora que llevaba dentro para siempre.

—Danica, soy Marcus Colter. Voy a sacarte de aquí. No hagas ruido.

El susurro áspero por fin invadió mi cerebro lento. «¿Marcus Colter? ¿Qué demonios está haciendo aquí?», me dije atónita. Tuve que preguntarme si estaba teniendo alucinaciones. Sí, él siempre aparecía en las regiones más peligrosas del mundo. Pero ¿por qué iba a estar en el campamento desolado donde me tenían prisionera? Dejé de resistirme al darme cuenta de que estaba intentando ayudarme.

—¿Marcus? —dije débilmente cuando me destapó la boca.

Este no contestó, pero hizo un gesto tajante para que yo dejara de hacer ruido y lo vi claramente a la luz tenue de mi prisión. Por lo general, no me gustaba Marcus Colter. Cuando nos encontrábamos en un entorno civilizado, no hacíamos nada más que llevarnos la contraria el uno al otro. Pero, en ese preciso instante, su voz me dio un atisbo de esperanza. De momento, era más amigo que enemigo. Entornando los ojos en la oscuridad, intenté distinguir sus rasgos faciales, pero su contorno era una sombra, un hombre totalmente vestido de negro.

No encontró resistencia al levantarme. Me abracé a su cuello con la fuerza que pude reunir y permanecí tan inmóvil como pude mientras él me llevaba en volandas más allá de las tiendas de campaña y fuera del lugar donde había creído que daría mi último suspiro.

Enterré el rostro en su cuello y absorbí su aroma como una esponja sedienta de agua. Olía a seguridad y libertad; después de todo lo que había pasado a manos de los rebeldes, era un olor irresistible. Pareció que caminó durante horas hasta llegar al Jeep. Marcus montó rápidamente de un salto, me sostuvo en su regazo y el vehículo aceleró en cuanto nos acomodamos.

Yo no podía hablar. No solo me resultaba difícil debido a la boca seca y a los labios cortados, sino que todo lo que estaba sucediendo parecía irreal. «¿De verdad me están rescatando o estoy delirando?», me pregunté. Mi mente estaba tan confundida que, simplemente, no lo sabía.

Recuperar mi libertad no era algo que me esperase. Me había resignado al hecho de que nunca iba a salir con vida del campo donde me mantenían prisionera. Lo único que sabía es que quería que aquello fuera real. Pero no tenía sentido. «¿Qué hace Marcus Colter aquí?», pensé.

Otrora, había llevado a cabo rescates privados de prisioneros internacionales, pero su grupo se había desmantelado hacía tiempo. Mi hermano, Jett, había resultado herido en la fatídica misión, que fue la última de Marcus y la ORP, la Organización de Rescate Privado. La única manera en que mi rescate podía estar produciéndose era que hubiera reunido de nuevo al equipo.

Supuse que no era imposible que hubiera formado un equipo. Pero mi hermano, sin duda, estaba fuera de servicio, así como otros cuantos más que resultaron heridos en el accidente de helicóptero que terminó con la existencia de la ORP.

Quería darle las gracias por arriesgar su vida para salvar la mía, pero no conseguía enunciar palabra. Tal vez siempre lo había detestado por lo que le había hecho a mi hermana mayor, Harper, pero el incidente con mi hermana se había producido hacía más de una década. Y, en realidad, me sentía agradecida de que Marcus Colter hubiera cruzado a hurtadillas la frontera de Siria para rescatarme. Era una misión prácticamente suicida y, sin embargo, él lo había conseguido.

Gemí suavemente del dolor cuando el Jeep se detuvo en seco y Marcus movió mi cuerpo para bajar del vehículo antes de entregarme a alguien en un helicóptero. «He salido. Voy a vivir», pensé. Darme cuenta de que no iba a morir a manos de mis perversos torturadores era tan abrumador que resultaba prácticamente incomprensible. Lágrimas de alivio cayeron por mis mejillas, pero estaba tan débil que no podía moverme. Pensaba despacio por la privación y la tortura, pero sabía todo lo que necesitaba saber: estaba a salvo.



Me sentí mucho mejor unos días después al terminar mi llamada con Harper para hacerle saber que seguía viva y que cada día mejoraba mi estado físico. Tal vez necesitase recuperar unos kilos, pero con lo que me gustaba toda la comida basura, recuperaría el peso que había perdido. Estaba bien hidratada gracias a las vías intravenosas y, por fin, mi cerebro volvía a funcionar a pleno rendimiento.

Dejé caer el teléfono móvil en la mesilla contigua a la cama, musitando:

—Tengo que salir de aquí de una vez.

No había nada que odiara más que los hospitales y ya llevaba mucho más tiempo de lo que podía soportar en la gran instalación médica de Estambul. Lo cierto era que quería salir de Oriente Medio. Quería volver a territorio estadounidense.

—¿Hablas sola otra vez? —preguntó Marcus Colter arrastrando las palabras mientras cruzaba la puerta de mi habitación del hospital con paso tranquilo.

Desearía poder negarlo, pero estaba completamente sola hasta que entró y era evidente que había terminado la llamada. Solía hablar mucho conmigo misma porque normalmente estaba sola.

—Estoy aburrida —dije. Era una excusa mala, pero en parte era verdad.

No me había levantado de la cama excepto para ir al aseo desde que me ingresaron en el hospital. No estaba acostumbrada a andar mano sobre mano. Mi trabajo como corresponsal internacional me mantenía viajando y extremadamente ocupada casi cada minuto del día.

Alcé la mirada hacia Marcus cuando se detuvo junto a la cama, percatándome de que se veía más guapo que nunca con un traje a medida y corbata que prácticamente hacían juego con el gris de sus ojos.

—Sobrevivirás —respondió lentamente y con poca empatía—. Tienes que quedarte hasta que te mejores. Necesitas estar lo bastante fuerte para viajar.

Como de costumbre, sentí deseos de quitarle la mirada de superioridad de una bofetada. Por desgracia, ya había visto esa misma expresión demasiadas veces en el pasado. Allá donde iba, parecía que Marcus también estaba allí. Si una región del mundo era una zona de conflicto, yo nunca dudaba de que Marcus fuera a aparecer. Siempre lo hacía, aunque yo no tenía ni idea de por qué siempre parecía estar en los lugares más jodidos del mundo. Como periodista, yo tenía un buen motivo para encontrarme allá donde hubiera problemas. Pero Marcus era empresario y ya no trabajaba con la ORP. Entonces, ¿por qué siempre estaba en el centro de cualquier cosa mala que estuviera sucediendo en el planeta?

—Estoy mejor —discutí—. Ya estoy lo bastante fuerte.

Marcus alzó una ceja arrogante.

—Ni siquiera pudiste cruzar la puerta del hospital sin desmayarte —comentó—. Sigues demasiado débil.

Yo quise retarlo levantándome y saliendo del hospital por mi propio pie, pero aún llevaba la vía y ya sabía cuánto esfuerzo me costaba levantarme y llegar al baño. Lo había hecho muchas veces, ya que me estaban hinchando a líquidos. Me crucé de brazos.

—Quiero irme a casa, Marcus. Si es necesario, haré que uno de mis hermanos venga a recogerme.

Sabía perfectamente que estaba comportándome como una niña ingrata, pero lo cierto era que estaba muy tensa y ansiosa. En ese momento, el miedo me estaba venciendo y era incapaz de dejar de tener pesadillas ni de evitar la sensación de que los rebeldes pudieran encontrarme de alguna manera.

Él sacudió la cabeza.

—No lo harían. Ya he hablado con todos en tu familia. Nadie va a dejar que salgas del hospital hasta que estés estable. Es un viaje muy largo de vuelta a Estados Unidos. Necesitas más tiempo para recuperar las fuerzas.

Dejé escapar un suspiro de irritación porque sabía que no mentía. Marcus no era la clase de persona que no respaldaba cada una de sus palabras. Si decía que había hablado con mi familia, yo sabía que era cierto. Sinceramente, no estaba muy segura de lo que sentía ahora mismo por Marcus Colter. La llamada a Harper me había dejado intrigada. Y había liberado de la culpa al mayor de los hermanos Colter por haber sido un imbécil con mi hermana. Costaba creer que había sido Blake, el gemelo de Marcus, quién se había acostado con mi hermana mayor rompiéndole el corazón hacía más de una década. Esa era una de las razones por las que me perturbaba ver a Marcus, pero no era la única. Él podía ser el imbécil más obstinado, cínico e irritante que conocía y no había cambiado ni un ápice desde la última vez que lo había visto. Sin embargo, me había salvado la vida.

Antes, siempre había tenido un motivo para detestarlo por lo ocurrido con Harper. Ahora, no estaba segura de cómo tratarlo. Sí, seguía siendo un idiota a veces, pero aparte de su excesivo ego masculino, en realidad ya no tenía razones para odiarlo.

—Entonces, ¿cuándo puedo irme? —pregunté en tono irritado—. Como me quede mucho más tiempo aquí voy a volverme loca.

—Acaban de hidratarte. Pasarás, como mínimo, una semana más.

Yo puse los ojos en blanco.

—Solo es un vuelo para volver a casa.

En realidad, lo único que quería era salir de Oriente Medio y volver a Estados Unidos. Me sentiría más segura, pero no quería decirle a Marcus lo nerviosa y tensa que estaba. Técnicamente, estaba en un lugar seguro y no quería parecer loca ni paranoica. Los dos siempre tuvimos un campo de juego bastante nivelado. Esta región era mi territorio, el lugar desde donde informaba la mayor parte del tiempo. Ahora, era el centro de la mayoría de mis pesadillas.

Marcus dejó caer sobre la cama, junto a mi cadera, una gran bolsa que llevaba.

—Ahí tienes algo para combatir el aburrimiento.

Rebusqué en la bolsa y encontré varios libros que quería leer, una baraja de naipes, mi comida basura favorita y un juego de ajedrez de bolsillo.

—¿Juegas al ajedrez? —pregunté—. Evidentemente, no puedo jugar sola.

Marcus asintió.

—Sí.

—¿Cómo has sabido que jugaba? —inquirí.

Él se encogió de hombros.

—Es posible que Jett lo haya mencionado.

Sonreí.

—Ninguno de mis hermanos puede retarme ya.

—Ganaré. Siempre lo hago —respondió Marcus con arrogancia.

Yo lo miré atentamente mientras abría una bolsa de patatas fritas y me ponía a comer como si hubiera estado privada. Dejé que el sabor salado inundara mis papilas gustativas y estuve a punto de gemir de placer. Marcus abrió el juego de ajedrez y empezó a colocar las piezas mientras yo observaba. El irradiaba poder, control y una dosis generosa de autoconfianza, lo cual era un eufemismo para decir que podía ser un estúpido arrogante. Pero eso no significaba que yo pudiera olvidar que su mera presencia hacía que la tensión se cortara en el aire.

En el pasado no había hecho mucho más con Marcus que intercambiar mofas. No estaba muy segura de cómo interactuar con él ahora que sabía que no era responsable de acostarse con Harper ni de hacerle tanto daño.

—¿Quieres? —le ofrecí una patata mostrándole la bolsa abierta.

Él frunció el ceño.

—No, gracias. Evito los alimentos procesados y el exceso de sal. Eso es malo para ti.

Yo me encogí de hombros, atrayendo la bolsa de vuelta hacia mí. Solo iba a darle una oportunidad. Era avariciosa con mis aperitivos.

—Si renuncio a todo lo que no es bueno para mí, la vida sería aburrida.

Después de tanto tiempo privada de comida, pensaba devorar cada bocado, saludable o no, que llegara a mis manos.

—Es lo mimito que dice tu hermano Jett —respondió Marcus en tono de disgusto.

—Supongo que viene de familia —bromeé.

—Supongo que sí.

—¿Crees que Harper y Blake terminarán juntos ahora que todo ese embrollo de hace diez años se ha aclarado? —pregunté. Quería que mi hermana fuera feliz y estaba casi segura de que Blake era el único hombre del mundo que conseguiría que Harper sentara la cabeza. En los diez años desde que se habían separado sus caminos, mi hermana se había dedicado a su carrera de arquitecta y nunca la había vuelto a ver interesada en ningún otro chico.

—No tengo ni idea —respondió Marcus mientras se quitaba la chaqueta del traje y se remangaba—. Intento no meterme en los asuntos de los demás, especialmente en los de mi familia con respecto a su vida amorosa.

Yo cambié de postura, incorporándome en la cama para poder estudiar el tablero de ajedrez.

—Lo quiere —dije con confianza—. No creo que dejara de quererlo nunca.

—Yo tampoco creo que Blake lo hiciera —reconoció Marcus.

Asentí.

—Entonces estoy segura de que lo solucionarán.

—Eso espero —respondió él con voz grave—. Si no lo hacen, él irá arrastrándose por ahí con cara mustia como un adolescente.

Decidí que quería las fichas negras y di media vuelta al tablero.

—No creo que no te importe la felicidad de tu hermano gemelo.

—No he dicho que no me importe —me recordó él.

«Así que le importa, ¿pero intenta no entrometerse?», pensé. A juzgar por la aparente actitud de Marcus, me sentiría tentada a pensar que en realidad no le importaba una mierda nadie más que él

mismo. Pero sus acciones decían lo contrario. Había buscado a Blake de inmediato en cuanto Harper acudió a él por mi secuestro y le dijo a su gemelo que solucionara el enredo. Los había juntado a propósito. Yo estaba segura de que así era.

—Entonces, ¿te alegrarías si ocurriera? —insistí.

Marcus no respondió de inmediato. Tenía la mirada clavada en el tablero de ajedrez, ya que empezaba a mover él con las fichas blancas, posición que le daba una ligera ventaja.

—Independientemente de lo que pienses de mí, quiero que mi hermano sea feliz —respondió sencillamente.

Pronto descubrí que intentar sonsacarle información requeriría más energía de la que yo tenía en ese momento. Por desgracia para mí, el tipo era un excelente jugador de ajedrez y me arrepentí de haberle dado ventaja cuando me hubo dado una paliza.

Por suerte, no era de los que se regodeaban demasiado, aunque me molestó igualmente.



Desde que entré en el hospital hasta que me dieron el alta pasó casi una semana. Todavía estaba convaleciente, pero me sentí aliviada de que el avión privado de Marcus por fin despegara para llevarnos de vuelta a Estados Unidos.

Tate Colter, el hermano menor de Marcus y piloto de la misión de rescate, había partido la mañana anterior impaciente por volver con su esposa, así que ya no tenía la distracción de su compañía. Me caía bien y le estaba tan agradecida como a Marcus por arriesgar su vida para salvarme y por hacerme compañía mientras me recuperaba. No había tenido oportunidad de darle las gracias al resto del equipo porque estaba demasiado enferma cuando se fueron, pero estaba sinceramente agradecida a todos y cada uno de ellos.

Recliné la cabeza contra el cabecero de cuero mientras el enorme avión de Marcus ascendía a altitud de crucero.

—Gracias por venir a buscarme —dije sin aliento.

Nunca había mencionado mi experiencia con los secuestradores. Respondí preguntas, pero no había querido hablar de ello. Aún no quería, pero le había dado las gracias a Tate antes de que partiera y sabía que le debía una a Marcus por arriesgarse tanto por alguien a quien apenas conocía.

—Tú solo intenta contenerte de volver a meterte en situaciones peligrosas —respondió desde el asiento contiguo—. Entiendo por qué lo hiciste, pero tenías que haber sabido que probablemente terminarías muerta cuando cruzaste la frontera.

Nos topamos con turbulencias mientras el avión ascendía y clavé las uñas cortas en el reposabrazos de cuero. Nunca me había puesto nerviosa en los vuelos antes de aquel viaje a casa, pero estaba descubriendo a marchas forzadas que mi experiencia en cautiverio me había cambiado.

—No lo pensé antes de hacerlo —le reconocí a Marcus—. El miedo que sentí por los críos que habían cruzado antes que yo me hizo desechar la cautela. Quería sacarlos de allí. No me tomé el tiempo para sopesar las consecuencias. Tal vez había sido una acción temeraria, pero había salvado a los adolescentes. Si tuviera que elegir entre verlos morir o arriesgarme a crear una distracción cruzando la frontera yo misma, volvería a hacer lo mismo.

—La próxima vez, piensa en el peligro antes de actuar —farfulló—. Casi matas del susto a toda tu familia. Harper estaba fuera de sí y tus hermanos estaban dispuestos a cruzar la frontera ellos mismos para encontrarte, lo cual habría terminado con todos ellos muertos.

—Ni que hubiera intentado que me secuestraran —respondí indignada.

—Unos días más de cautiverio probablemente habrían acabado contigo —replicó él, inflexible.

—Ya estaban hablando de matarme —confesé en tono nervioso, sacando a colación a mis captores por primera vez.

—¿Los entendías?

Asentí cuando él volvió la mirada hacia mí.

—Sí, hablo un poco de árabe, pero nunca les di pistas de ello. Como no iban a recibir el dinero, no tenían muchos motivos para mantenerme con vida. Supongo que ya ni siquiera les resultaba una diversión. Estaba demasiado hundida como para oponer mucha resistencia.

—Tienes mejor aspecto —dijo él con tono ronco, ligeramente más amable—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

Me mesé el corte *pixie* con los dedos.

—Nada. La estilista se limitó a igualar el corte y me lo tiñó de mi color natural.

Naturalmente atento al detalle, Marcus me había enviado todos los servicios necesarios mientras estaba ingresada, incluyendo a alguien que me arreglase el pelo e intentase curar las grietas y cortes de mi piel.

—¿Eres pelirroja?

—Sí —reconocí—. Pero pensé que tendría más posibilidades de conseguir el trabajo de corresponsal si me teñía de rubio. Los pelirrojos llamamos demasiado la atención, especialmente en países extranjeros donde apenas se ve ese color. Quería mimetizarme, no sobresalir. En realidad, no quería que nadie supiera quién era.

Marcus pareció satisfecho con mi respuesta porque permaneció varios minutos en silencio. No era la clase de hombre que hablaba para oírse a sí mismo, cualidad que yo agradecía en ese momento.

Cuando el avión se estabilizó, le dije:

—Creo que intentaré dormir un poco. —Estaba agotada de la poca actividad que había tenido durante el día. Lo único que había hecho era recibir el alta hospitalaria e ir al avión. Aun así, parecía que había pasado todo el día haciendo trabajos forzados.

Él abrió su portátil y respondió sin mirarme.

—El dormitorio está al fondo. Ve y duerme tanto como quieras. Es un trayecto largo.

—Gracias. —Me desabroché el cinturón y me abrí paso hasta la parte trasera de la gran nave.

Todos mis hermanos tenían aviones privados, así que no era nada fuera de lo común para mí ver semejante confort y comodidades en un avión privado. Pero resultaba extraño ser una de dos pasajeros en una nave tan grande.

La zona de descanso tenía una enorme cama tamaño rey con baño privado. Entré en el aseo para ponerme un camisón. Ver mi maleta junto a la puerta del dormitorio no había sido ninguna sorpresa. Resultaba evidente que Marcus exigía eficiencia de su personal y la recibía sin ser cuestionado.

—¿Has terminado en el baño? —la voz de Marcus junto a mí en la habitación estuvo a punto de hacerme saltar del susto. Sí, sabía que seguía a bordo, pero me había sorprendido. Ahora mismo, no hacía falta mucho para que me pusiera nerviosa.

Asentí. El aseo tenía dos entradas. Una conectada al dormitorio y la otra justo detrás de la puerta. Una mirada rápida me dijo que la puerta del baño contigua a la del dormitorio estaba cerrada y que Marcus solo estaba comprobando educadamente si había terminado.

Intenté calmarme, amonestándome a mí misma por estar como un puñetero flan. Después alcé la mirada hacia Marcus para asegurarme que no era una lunática.

Su mirada afilada y siempre cambiante era tan intensa que parecía abrirme el alma de par en par. Sin apartar la vista, respondió:

—Quería refrescarme. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Estás bien? Estás muy pálida.

—Es-estoy bien —mentí sin problemas.

En realidad, no me encontraba bien en absoluto. Mi cuerpo se fortalecía poco a poco, pero mi mente no funcionaba tan bien como de costumbre. Evidentemente, me sobresaltaba con facilidad y no parecía capaz de dejar de pensar en mi tiempo como prisionera.

«Estoy a salvo. Estoy a salvo», me dije. Me pregunté si manteniendo el mantra durante un tiempo empezaría a creer de veras que nadie iba a hacerme daño.

—Y una mierda —maldijo Marcus—. Tienes aspecto de ni siquiera poder tenerte en pie.

Se acercó más y su cuerpo grande me arrinconó contra la pared como si estuviera preparado para sujetarme si me caía.

—Estoy cansada —reconocí sin dejar de mirarlo a los ojos, intentando no reaccionar cuando puso apoyo las manos en la pared junto a mi cabeza, dejándome atrapada.

—¿Y qué más, Danica? ¿Qué es lo que te preocupa? Conozco esa mirada en tu cara, la he visto antes en otras misiones de rescate.

Marcus era mi único confidente en ese momento, así que, o le contaba qué pasaba o me lo guardaba. Decidí hacer lo primero.

—No puedo dejar de pensar en lo ocurrido. Estaba segura de que iba a morir, Marcus. Volver a este mundo y saber que no van a volver a hacerme daño es surrealista. Estoy feliz. De verdad. Pero no se me va el miedo. —Las palabras salieron de mi boca con torpeza.

—Es normal —respondió él—. No puedes sobrevivir a una experiencia tan terrible como la que has pasado tú sin desarrollar una gran dosis de preocupación y ansiedad. ¿Quieres hablar de ello?

«¡Sí! ¡No!», me debatía conmigo misma. Joder, ni siquiera sabía lo que quería. Tal vez necesitara hablar, pero no quería hacerlo, especialmente con Marcus. Estaba demasiado acostumbrada a mantener la guardia con él. Sin embargo, él era lo único que tenía en ese preciso instante.

—En realidad, no —murmuré—. Está en el pasado. Solo quiero volver a ser yo misma.

—Siento que no llegáramos antes hasta ti —musitó Marcus—. Estuviste demasiado tiempo a merced de esos cabrones.

—Me habéis salvado la vida —le recordé—. Y fue un riesgo considerable para ti y el resto del equipo de rescate. Solo me siento agradecida de que llegais antes de que muriera.

Marcus llevó una mano a mi rostro y yo hice una mueca automáticamente, pero se limitó a acariciarme la piel magullada mientras contestaba:

—Esos cabrones lo pagarán por cada maldita vez que te tocaron, Danica. Lo juro.

Yo sacudí la cabeza.

—Dudo que los encuentren.

—Lo harán —me contradijo Marcus—. Probablemente todos estén muertos a estas alturas. Nos pusimos en contacto con el ejército en cuanto salimos de la región para que pudieran lanzar un ataque aéreo sobre el recinto. —Hizo una pausa antes de añadir—. Están todos muertos. ¿Te ayuda eso?

¿Me ayudaba saber que mis torturadores probablemente ya no seguían con vida? No estaba muy segura de que supusiera ninguna diferencia.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. En mi cabeza, aún no están muertos, Marcus.

Su caricia era tierna sobre mi piel dañada y su perfume y calor eran embriagadores. Fingir que tenía a Marcus para protegerme ayudaba. Mi mente estaba concentrada en él y en cómo hacía que volviera a sentirme normal.

—Te quedarás a salvo, Dani. Nadie volverá a hacerte daño —dijo con un gruñido salvaje.

Dubitativa, le rodeé el cuello con los brazos, estremeciéndome ante el roce casual de mis dedos en su nuca.

—Gracias —susurré, la mirada perdida en su contundente mirada gris.

Su cabeza descendió lentamente, dándome tiempo de sobra para evitarlo si hubiera decidido hacerlo. Pero quería que Marcus me tocara. Quería sentirme viva.

El abrazo fue delicado, un mimoso encuentro de bocas, mientras Marcus intentaba engatusarme para sacarme algo que no conseguía con palabras.

Me abrazó al invadir mi boca, acariciándome la espalda y descendiendo hasta aterrizar en mi trasero.

En el instante en que me atrajo hacia delante y mi cuerpo escasamente cubierto colisionó con el suyo, perdí toda noción de protección, calor y ternura en su beso. Su erección llamativa me presionaba el bajo vientre y yo entré en pánico, olvidándolo todo excepto mi reacción instintiva y visceral.

Mis manos fueron a su pecho y empecé a arañarlo para alejarme de él. Aparté la boca de la suya, incapaz de aguantar los destellos de recuerdos que me atravesaban la mente en ese momento.

—No. Por favor. No lo hagas.

—¡Dani! —Dijo Marcus con firmeza, sacudiéndome con cuidado—. ¿Qué demonios ha pasado? Abre los ojos.

Sus órdenes terminaron calando en mi mente confundida y abrí los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado para ahuyentar los *flashbacks*, una reacción espontánea que los hizo mucho peores.

—¿Marcus? —Su rostro estaba ahí, a la vista—. Ay, Dios. Lo siento.

—No te disculpes por algo que no es culpa tuya. Voy a preguntártelo una vez más. ¿Estás bien?

Me cayeron lágrimas por las mejillas cuando alcé la mirada hacia él.

—No —respondí—. Creo que no estoy bien. Ahora mismo, no estoy segura de que vaya a volver a ser normal. Me siento prisionera en mi propio cuerpo. Me da miedo.

—Lo sé. Las cosas mejorarán. Pero no puedo ayudarte si no quieres hablar de lo ocurrido. —Dudó un momento, analizando mi rostro con la mirada—. Dices que no te agredieron sexualmente, pero creo que estás mintiendo.

Liberándome fácilmente del abrazo de Marcus, me sequé las lágrimas de la cara.

—Es difícil hablar de ese periodo —respondí con franqueza—. Me degradaron, me dieron palizas hasta que ni siquiera quería seguir resistiendo. Pero no podía intentar ahuyentarlos. No quiero que nadie sepa todo lo que me ocurrió. No quiero revivirlo una y otra vez.

Todas las emociones que sentía emergieron como cohetes. Proseguí, dándole la espalda a Marcus.

—Fue como una pesadilla horrible de la que no podía escapar ni siquiera cuando estaba despierta. Especialmente cuando estaba consciente y alerta. Al principio, hicieron falta varios hombres para sujetarme mientras me violaban. Al final, solo necesitaban a unos cuantos. A medida que me debilitaba, era cada vez más fácil usarme y torturarme.

—¿Por qué no me lo dijiste? —respondió Marcus bruscamente, volviéndome hacia él para que volviera a mirarlo de frente.

Mi furia se desató.

—No quería contárselo a nadie. ¿Qué cambiaría? No es como si fueran a responder ante la justicia en un juicio. Todos mis hermanos querrían matar a los terroristas.

La expresión de Marcus era de puro ultraje.

—A la mierda con eso. Yo quiero matarlos solo por haberte tocado. Créeme, si no estuvieran ya muertos, me encargaría de hacerlo yo mismo.

Me abracé para consolarme.

—¿Puedes guardarme el secreto? —pregunté con voz ronca—. No hay ningún motivo para que lo sepa nadie.

—Necesitarás terapia, Danica —respondió Marcus en tono seco—. Pero sí, puedo guardarte el secreto. Lo que le cuentas a la gente depende totalmente de ti.

Me senté en la cama, las rodillas flaqueando y a punto de ceder bajo el miedo. Quería hablar con alguien, pero no con mi familia. Marcus tenía razón. Probablemente necesitaría terapia después de lo ocurrido, pero no quería compartir aquello con mi familia en realidad. La sensación de vergüenza y humillación seguía viva. Todos me consideraban una loca por meterme en zonas de conflicto y revueltas. No quería que conocieran todas las consecuencias de mi trabajo. Aquello solo serviría para preocuparlos cuando tarde o temprano volviera a trabajar.

Marcus se quitó la chaqueta del traje y la arrojó sobre un pequeño aparador de dormitorio. Después tomó asiento en un sillón junto a la cama.

—Te escucho, Danica. Tal vez no puedas llamarme amigo, pero estoy aquí para ayudarte si me necesitas.

Estaba sereno, aparentemente listo para escuchar mi experiencia.

«El dolor. El terror», pensé. La repulsa y la humillación que experimenté cuando me violaron y apalearon tan a menuda que ni siquiera podía mantener la cuenta de cuántas veces había ocurrido. Y la manera en que, cuando los rebeldes habían terminado con mi cuerpo, me preguntaba si esa vez sería la última.

Intenté tragar un nudo en la garganta al observar la expresión ilegible de Marcus. No muy segura de si podría seguir mirándolo a los ojos mientras me desahogaba con él sobre la experiencia con los terroristas, estiré el brazo y apagué la luz del techo antes de sentarme con las piernas cruzadas en el centro de la cama.

Quizás no pudiera contarle a Marcus todos los detalles de mi experiencia como cautiva, pero sabía que necesitaba desahogarme y liberar parte de la rabia y del miedo acumulados en mi cuerpo sacándolo todo a la luz.

Satisfecha de no poder ver muy bien su expresión a la luz tenue, empecé a hablar. Como había prometido, Marcus escuchó, haciéndome saber en ocasiones que lo que sentía era perfectamente natural teniendo en cuenta lo ocurrido.

Para cuando el vuelo aterrizó, me había recompuesto y me había despedido brevemente del hombre que había sido mi confort y mi confidente antes de reunirme con mi hermana en Washington.

Pasaría un año antes de que volviéramos a encontrarnos, y él sería responsable de llevarse una vez más, pero en circunstancias muy diferentes...



Capítulo 1



Marcus

En el presente...

—¿Qué diablos estoy haciendo aquí? —musité para mí mismo en tono irritado mientras caminaba pesadamente por la acera cutre de los barrios más duros de Miami.

Aquella zona estaba tenuemente iluminada y el calibre del vecindario por el que caminaba había descendido rápidamente. Hacía un año o dos que no iba a Miami, pero siempre me sorprendía la manera en que los barrios ricos terminaban abruptamente y, poco después, yo terminaba en un vertedero.

No es que me importara una mierda. Había dejado el coche con el chófer varias manzanas atrás, en un barrio mejor. Mi conductor, un hombre mayor, George, no necesitaba que le subiera más la tensión, y yo necesitaba aclararme las ideas con un paseo antes de encontrarme con Danica.

No me preocupaba mi propia seguridad. Conocía al menos cien maneras diferentes de matar a los malos y llevaba una Glock cargada bajo la chaqueta del traje. Si alguien quería meterse conmigo, me aseguraría que se arrepintiera de haber nacido. Demonios, a estas alturas daría la bienvenida a una pelea decente de lo furioso que estaba.

Dani y yo habíamos coincidido en la misma ciudad una o dos veces en Europa, pero no nos habíamos visto. Bueno, puede que yo la viera a ella, pero ella no me había visto a mí. Yo sabía que estaba allí porque me había empeñado en cuidar de ella y seguir sus destinos de trabajo. En realidad, no me sorprendió que pronto volviera a informar en cuanto se recuperó físicamente. Seguía yendo a focos de conflicto por todo el mundo. El único lugar en el que no la había visto era Oriente Medio.

Entonces, hacía unos meses, dejé de verla y no había logrado conseguir mucha información acerca de dónde estaba yendo en busca de reportajes. Ahora sabía por qué.

Estuve en Seattle hacía unos días y me dejé caer por casa de Jett Lawson para ver cómo se estaba recuperando. Aunque habían pasado un par de años desde que Jett estuvo a punto de morir en nuestra última misión juntos con la ORP, todavía necesitaba cirugía para reponerse de algunas lesiones. A estas alturas, la mayor parte de las operaciones eran cosméticas, para cubrir algunas

de las cicatrices. Por desgracia, gracias a la zorra de su exprometida, Jett no se curaría pronto de parte del dolor emocional.

Sin embargo, su vida amorosa y su ex no eran lo que preocupaba a mi amigo cuando pasé por allí de visita. Los pensamientos de Jett giraban en torno al nuevo novio de su hermana Danica.

—¡Hijo de puta! —maldije en tono enojado al acercarme a la manzana donde se encontraba el bar que buscaba—. ¿Cómo demonios ha terminado envuelta con un perdedor como Gregory Becker?

Becker era un cabrón rico, pero se dudaba que mucha de su riqueza proviniera de sus negocios legítimos. Hacía mucho tiempo que era sospechoso de la CIA, pero, de momento, nadie podía presentar cargos con pruebas o información sólidas.

Me detuve junto a una farola tenue y extraje la foto que Jett me había dado antes de irme de Seattle, una foto tomada por un periódico local de Miami. Dani salía a pleno color junto a Becker, su brazo rodeándole la cintura, ambos con aspecto encantado en una gala benéfica organizada por ese imbécil hacía unas semanas.

Había otras fotos y eventos en los que Dani aparecía junto a Becker. Cuando Jett le preguntó a Dani qué estaba haciendo en Miami y si realmente estaba saliendo con Becker, ella le había dicho que estaban saliendo, pero que no era muy serio. Por lo visto, sin importar lo que Jett le contara a su hermana pequeña, esta se había negado a aceptar su advertencia sobre Becker. Probablemente no había ni un solo empresario rico que desconociera la reputación de Gregory Becker. Corrían rumores constantemente sobre su implicación en tráfico de personas, compraventa ilegal de armas y muchas drogas. También proporcionaba mucho del dinero conseguido de forma ilícita a tropas rebeldes en Siria. Esa información no era de dominio público. Me había enterado de eso gracias a información de la CIA.

¿Cómo demonios podía mezclarse Dani con alguien que proporcionaba dinero a grupos rebeldes parecidos al que la había mantenido cautiva y que la había torturado cruelmente?

Sí, tal vez Danica no estuviera metida en el mundo de los negocios internacionales, pero tenía que saber algo sobre Becker. Si no había descubierto sus sucios secretitos antes, desde luego que Jett no se había contenido al hablarle del nuevo hombre que había en su vida. «¡Mierda! ¿Es que no confía en su puñetero hermano?», pensé furioso.

La preocupación de Jett por su hermana pequeña me había traído a Miami, a pesar de que tenía otros lugares donde debía estar. No dejaba de decirme que no estaba allí por mí, pero sabía que estaba autoengañándome. Por algún motivo, no había podido olvidar la mirada atormentada de Dani después de su rescate y de camino a casa, a Estados Unidos.

Intentar besarla en el avión fue una idiotez. Joder, ni siquiera ahora entiendo qué me poseyó para tocarla. Pero, por alguna razón, no había podido contenerme. Por desgracia, no sabía que la habían violado en grupo repetidamente. La manera en que se resistió a mí y el hecho de haberla hecho entrar en pánico me dejaron sintiéndome culpable desde entonces.

Sin embargo, el momento antes de que ocurriera, el instante en que confió en mí antes de que todo se descontrolara... La química que había surgido entre nosotros también me atormentaba.

Ni siquiera iba a fingir que lo que sentía por Dani era fraternal y que estaba allí únicamente por Jett. «Estoy aquí por mí, porque no puedo olvidarla». Demonios, por algún motivo, ni siquiera había podido acostarme con otra mujer desde que había besado a Danica. ¿No era una mierda?

No es que tuviera relaciones, pero habría estado bien volver a tener una libido sana. Un beso y prácticamente estaba castrado. No había hecho ningún esfuerzo para volver a acostarme con ninguna mujer desde que sentí la sedosa suavidad de la boca de Dani bajo la mía. El deseo de sexo era inexistente. Estaba obsesionado con ella.

Me recordé que no iba a perseguirla a ella ni ninguna clase de relación. Solo estaba intentando salvarle el trasero... otra vez.

Se me puso la piel de gallina en la nuca y eso me sacó de mis jodidos pensamientos. Me guardé la foto en el bolsillo y di media vuelta, consciente de que me seguían. Fue casi decepcionante que el ladrón no fuera a presentar un gran reto. Tendría catorce o quince años y no se acercaba ni de lejos a mi peso ni a mi más de metro ochenta de estatura.

El gamberro habló con un tono de voz que pretendía sonar amenazante, pero no lo era. No para mí.

—Deme la cartera o le pincho, señor.

Sí, era un objetivo andante para que me robaran o me atracaran porque caminaba por un barrio poco recomendable de Miami a altas horas de la noche con un traje a medida. Aun así, el pequeño imbécil era un osado o estaba con el mono de la droga si creía que le daría mi cartera así como así.

—No —dije lentamente, molesto—. Lárgate, chaval.

Levantó el brazo en gesto amenazante, empuñando la navaja violentamente.

—¿Crees que soy un niño? Mato gente como tú todos los días, tío —respondió en tono petulante.

Si alguna vez me riera, cosa que no hacía, probablemente habría reído por lo bajo. Pero yo no mostraba emociones, nunca. Sin embargo, el joven frente a mí me resultaba divertido. Me recordaba a un adolescente que había visto demasiadas películas malas de gánsteres.

Estiré el brazo y en una fracción de segundo le había tomado la muñeca, apretando un nervio en su antebrazo hasta que se vio obligado a soltar el arma, que cayó al suelo con el fuerte ruido del acero al caer contra el cemento. Lo empujé hasta el frío metal de la farola, la cara aplastada contra el poste y la Glock que llevaba oculta en la sien.

—¡Me estás haciendo daño! —vociferó el crío con nerviosismo.

Yo me apoyé en su cuerpo y le dije al oído:

—Una bala en la cabeza dolería mucho más. Vete a casa, deja las drogas y deja de robar a la gente para financiar tu adicción.

—Vivo en una casa de acogida —protestó, la voz nerviosa cuando apreté el cañón de la pistola contra su sien un poco más fuerte con la esperanza de meterle un buen susto en el cuerpo.

—Entonces tienes mucha suerte de tener un techo —gruñí—. Aprovéchalo y deja de ser un imbécil. Sigue así y terminarás muerto antes de tener edad para beber legalmente. —Lo solté, pero pisé la navaja en el suelo antes de que pudiera agarrarla él—. He dicho que te vayas a casa —le advertí en tono molesto.

—¿Quién demonios eres? No te he visto por estas calles —preguntó el chaval en tono dubitativo.

—Alguien a quien no quieres enfadar —respondí vagamente.

El niño dio media vuelta y corrió hasta salir de mi vista. Di una patada a la navaja, que terminó en lo profundo de unos matorrales junto a la acera, en caso de que volviera a por ella. No pensaba ponerle fácil el encontrarla.

El chico era un matón y yo detestaba eso. Probablemente debería haber llamado a la policía y dejado que se lo llevaran al calabozo, pero tenía cosas más importantes de las que preocuparme. Y aunque probablemente era más bien un deseo, quizás el vándalo se enderezase algún día.

El problema era que, a todas luces, estaba enganchado a algo. No era difícil interpretar la desesperación de un adicto. «¡Joder!», pensé furioso. Odiaba ver a un chico tan joven fastidiado por la droga.

Metiendo la pistola en la funda oculta, me cerré la chaqueta. Ni siquiera había quitado el seguro. Tal vez el chiquillo fuera un delincuente juvenil, pero no pensaba disparar a un chaval que probablemente no era lo bastante mayor para votar. Mi único propósito había sido hacer que se cagara de miedo.

Me sacudí la chaqueta porque era uno de mis trajes preferidos y después seguí caminando hasta mi destino al final de la calle. Cuando llegué, me percaté de que básicamente era un tugurio. Las luces de neón del cartel parpadeaban como las de un árbol de Navidad.

—Muy elegante —musité para mí mismo, incapaz de imaginarme a Dani en un sitio así.

Sin embargo, allí era donde iba a ver a Becker. «¿Este antro es lo mejor que se le ocurre a ese imbécil?», pensé. Danica era una puñetera Lawson, una mujer que tenía más dinero del que podría gastar en su vida. ¿Y allí era donde tenían su cita los enamorados? Jett me había contado dónde iba su hermana aquella noche. Me pregunté si sabía que era un paraíso de prostitutas y traficantes de droga. Probablemente, no. Mi amigo perdería la cabeza si supiera que su hermana pequeña estaba en ese antro.

Sacudí la cabeza mirando por la ventana de la puerta. Si Jett lo supiera, estaría allí, a pesar de estar recuperándose de su última operación. Al hermano de Dani le habría dado un maldito infarto de saber que había plantado un pie en semejante barrio y en un tugurio como ese bar.

Examiné con la mirada la disposición general del pequeño club desde la ventana grande y muy sucia de la puerta. No vi a Becker, pero sin duda, divisé a una mujer sola en la barra. Su color de pelo la delataba, los mechones rojo oscuro lo suficientemente largos para rozarle los hombros.

Hice una mueca al ver la minifalda de cuero negro que llevaba y el revelador top verde que apenas le cubría los pechos. Los zapatos de tacón negro estaban enganchados al pie del taburete y bebía despacio una bebida espesa cubierta de nata montada.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Danica? Este no es tu sitio, sin duda —dije con voz áspera.

La ropa, el lugar, el novio... nada encajaba. La Danica que conocía no deseaba nada tanto como perseguir una historia que creía que debiera contarse. Llevaba camiseta y pantalones porque eso le facilitaba perseguir sus artículos.

Ella no llevaba capas de maquillaje como ahora. No lo necesitaba. Nunca lo había hecho. Dani Lawson era despampanante sin maquillaje y con el pelo de cualquier color que se lo tiñera. En mi interior se despertaron instintos protectores, emociones que no quería pero que no parecía capaz de contener.

Al contrario que la de Jett, mi obsesión por cuidar de Danica distaba mucho de ser fraternal, aunque nunca me había acostado con ella. Como de costumbre, se me puso el pene rígido con solo verla sentada en el bar. Era mi única debilidad, aparte de mi familia, y tenía una relación de amor-odio con la pequeña de los hermanos Lawson por eso.

Para ser sincero conmigo mismo, cosa que no deseaba, me moría de ganas de acostarme con Dani casi desde el momento en que me la encontré. Quizás por eso siempre discutíamos antes de que yo la rescatara en Oriente Medio. Por supuesto, ella tenía la idea equivocada de que le había partido el corazón a su hermana mayor. Quizás se debiera a que generalmente era un imbécil y ella no tenía problemas para defenderse. Era la única mujer a la que nunca le había costado enfrentarse a mí si la molestaba, e incluso se había reído de mí en ocasiones.

Decididamente, no me gustaba aquello, pero la admiraba de mala gana por su actitud franca de sabelotodo. Aún recordaba las historias que me había contado de su cautiverio de vuelta a Estados Unidos desde Turquía. Por aquel entonces, ya era diferente de la mujer a la que conocía. Su vulnerabilidad prácticamente acabó conmigo porque sabía cómo era antes de ser secuestrada.

Se me cerraron los puños de rabia al recordar su mirada asustada y expresiva. No estaba seguro de cómo había conseguido sobrevivir a la tortura física y emocional. Estudié con la mirada el exterior del club para asegurarme de que Becker no había llegado para reunirse con Danica. No es que me importara en realidad, pero quería estar preparado si me encontraba con más resistencia que la de Dani cuando fuera a sacarla de aquel sitio.

Le había prometido a Jett que sacaría a su hermana del peligro y aquel sitioapestaba a peligro. Aquel no era sitio para Dani y fuera la que fuera la mierda que le estuviera contando Becker, tenía que terminarse ahora.

Cuando me acerqué a la puerta de cristal, vi a un cliente borracho avanzando furtivamente hasta la barra, utilizando la superficie estable para mantenerse erguido.

—No la toques. Ni se te ocurra tocarla —gruñí abriendo la puerta de un tirón.

El gritito de alarma de Danica resonó en el aire rancio del bar justo cuando yo entré en el interior. Había una mano de hombre en su trasero que no era la mía. El que cualquiera que no fuera yo la tocara ahí era totalmente inaceptable. El borracho era el doble de grande que ella y sus dedos le rodearon la muñeca para intentar levantarla del taburete a la fuerza. Yo perdí el control de mi capacidad de raciocinio. Era algo que nunca me había ocurrido antes, pero cuando di un paso hacia delante, me sentí fenomenal al plantarle un puñetazo en la cara y verlo golpear el suelo con un satisfactorio pum.



Capítulo 2

Dani

Odiaba aquel bar. Odiaba aquel barrio. Odiaba la falda y el top de puta que llevaba. Y odiaba la bebida asquerosamente empalagosa que bebía. Sin embargo, también quería ver a Greg Becker y sabía que llegaría allí tarde o temprano. Solía llegar tarde a casi todo, así que yo sabía que tendría que ser paciente.

—Hola, señorita —me dijo un hombre alto y borracho cuando llegó a la barra con torpeza—. Una cosita dulce como tú no debería estar sola. ¿Cuánto?

Se me puso la piel de gallina cuando la mano del tipo me apretó la nalga a través de la ceñida falda de cuero. Su rostro se acercó tanto al mío que le olía el aliento apestoso.

«Debería haberme esperado que me hicieran proposiciones sexuales. Estoy en un bar donde la mayoría de las mujeres son prostitutas. Aquí es donde encuentran a la mayoría de sus clientes», pensé. Aun así, dejé escapar un gritito cuando me palmeó y me agarró la nalga con más fuerza.

—No estoy en venta —respondí en tono de advertencia, dispuesta a apartar sus manazas de mi cuerpo a la fuerza. Estaba tan borracho que probablemente se caería si no tenía donde apoyarse. No pude poner a prueba mi teoría y sacudirme su agarre. Un puño muy grande aterrizó en la cara del borracho y este se desmoronó como un bloque de ladrillo.

Giré la cabeza a la izquierda para ver quién me había rescatado. Después miré una segunda vez. «¿Marcus? ¿Qué demonios hace aquí?», me pregunté.

—Vámonos —gruñó dándome la mano y levantándose torpemente del taburete.

Me tropecé con el hombre inconsciente a mis pies, evitando apenas clavarle el tacón en sus partes íntimas.

—No puedo irme. Voy a ver a alguien —protesté.

—Ya, no —respondió él con voz áspera.

Yo ya había salido por la puerta cuando me puse firme, intentando zafarme de su mano. Marcus era increíblemente fuerte y me vería obligada a seguir avanzando si él seguía tirando de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté sin aliento, deteniéndolo temporalmente, pero aún incapaz de zafarme de él.

—Llevo tu trasero de vuelta donde perteneces.

—Este es mi sitio. Tengo una cita, Marcus. No puedo irme sin más. Tengo que ver a Greg.

—¿No ha calado nada de lo que te contó Jett? —contestó Marcus fríamente—. Becker es un imbécil y un maldito criminal.

—Oí a Jett, pero no estoy de acuerdo —contesté yo malhumorada—. Ya soy lo bastante mayor como para decidir con quién salgo, por Dios.

—No si estás tomando la decisión equivocada —replicó él en tono cortante.

Adoraba y detestaba su voz arrogante. El tono, la confianza y la entonación terminante y sensata en el profundo barítono de Marcus Colter eran muy propios de él, pero lo que decía me molestaba infinitamente.

Volví a tirar de la mano, pero no conseguí liberarme. Marcus me tenía firmemente agarrada, pero no estaba haciéndome daño.

—¿Y quién eres tú para decidir si mis elecciones son correctas o equivocadas?

—Son equivocadas —dijo llanamente—. Andando.

Tenía que ir a trompicones a su lado o caerme de bruces contra el suelo. Como era una superviviente, lo seguí. Me maldije por haberle contado tanto a mi hermano Jett. Obviamente, había enviado a Marcus en su lugar porque no aprobaba que saliera con Becker. No me había esperado aquello ni era lo que deseaba.

—Marcus, tengo que volver —discutí—. Greg llegará a su bar en cualquier momento.

—¿Ese tugurio es suyo? —Preguntó sin bajar el ritmo.

—No está tan mal —mentí—. Es un sitio local amigable.

—Sí, una gran familia feliz de criminales y prostitutas —replicó en tono áspero.

—No todo el mundo nace rico —dije en respuesta mientras me esforzaba por seguir sus zancadas largas.

—No. No todo el mundo. Pero Becker es rico. El cabrón no necesita que te reúnas con él aquí y podría mantenerte alejada de sus asuntos deshonestos.

Permanecí un momento en silencio antes de contestar.

—¿Qué te hace pensar que es deshonesto?

Marcus fue un poco más despacio para volver la cabeza hacia mí con una mueca.

—Por lo visto, tú eres la única que no sabe que es un delincuente, un traidor a su propio país.

Hice caso omiso de sus acusaciones.

—Para. Por favor. Tengo que volver.

—Nos vamos de aquí inmediatamente y después vas a contarme cómo acabasteis juntos para empezar.

—No puedo ir contigo. —Empecé a resistirme para liberarme de Marcus. Retorcí el brazo, esperando que se viera obligado a soltarme la mano.

—Para. Vas a hacerte daño —exigió.

—No voy a ir contigo —discutí.

—Sí, te vienes —insistió él.

Dejé escapar un grito de sorpresa cuando Marcus se agachó, me levantó del suelo y me arrojó sobre su hombro. Le golpeé la espalda, casi segura de que se me veía el trasero por debajo de la minifalda que llevaba.

—Bájame —dije enfadada ahora que me llevaba en volandas como un cavernícola. Su cuerpo duro como una roca aguantaba mi peso sin esfuerzo y él avanzó a grandes zancadas que quemaban distancia rápidamente, ignorando mis protestas. Lo único que veía, a menos que estirase el cuello con mucho esfuerzo, era la espalda de su chaqueta.

«¡Maldita sea! Esto no puede estar pasando. ¡Tengo que estar en el bar!», pensé.

—Hola, George. Ya estamos preparados para volver al ático —oí que le decía Marcus a alguien que yo no veía.

—Sí, señor —contestó el otro hombre, evidentemente llamado George, sin dejar entrever ni una nota de alarma en su voz al ver que su jefe había vuelto al vehículo con una mujer cargada al hombro.

—¡Uf! —El aire salió disparado de mis pulmones cuando mi espalda aterrizó contra el suave cuero de un asiento del coche. La cabeza me daba vueltas mientras intentaba orientarme, de pronto bocarriba una vez más después de haber sido llevada bocabajo.

Marcus entró por la otra puerta del coche, ocupando el asiento vacío junto a mí en la parte trasera. El vehículo estaba en movimiento antes de que se me aclararan las ideas.

—¡Mierda! —maldije apartándome el pelo de la cara mientras me enderezaba en el asiento—. ¿Eres consciente de que prácticamente acabas de secuestrarme?

—No me has dejado muchas opciones —contestó Marcus con indiferencia.

Inspiré profundamente y solté el aire despacio, intentando calmarme.

—Tenías una opción. Podías haberme dejado en paz. Soy una mujer adulta. He viajado sola por todo el mundo. Puedo tomar mis propias decisiones.

Aún no lograba entender qué hacía Marcus en Miami, en el bar de Greg. La única razón que se me ocurría era mi hermano.

—Jett estaba preocupado —corroboró él.

Yo suspiré. Lo último que quería era que mi hermano más joven estuviera disgustado. Jett había sufrido mucho y se merecía un poco de paz.

—No tiene nada de qué preocuparse. Soy una mujer adulta. Lo soy desde hace años.

—¿Por qué estás aquí, Danica? ¿Qué pasa con tu carrera? Llevas meses sin salir de Estados Unidos —preguntó con voz ronca.

Yo no le mentí.

—Necesitaba un descanso. A los lugares donde tenía que estar... simplemente no podía ir ahora mismo.

Después de lo que me había ocurrido, había necesitado terapia seriamente y todavía no había terminado. No podía volver a informar desde Oriente Medio sin miedo y esa siempre había sido mi derrota. Era un miedo que no había conseguido conquistar, así finalmente entregué mi renuncia a la cadena y me puse a trabajar como periodista autónoma. Mi hermana, Harper, pensaba que me había dado demasiada prisa en volver al trabajo y quizás tuviera razón, en parte, pero mi secuestro me había cambiado de manera irrevocable. Nunca volvería a ser la misma que antes de ser secuestrada.

—Deberías tomarte todo el tiempo que necesites. Nadie esperaba que te recuperaras y trabajaras de nuevo tan pronto.

—Quería la distracción. No podía soportar estar a solas con mis propios pensamientos —reconocí—. Pero no pude hacerlo. Ya no soy la misma persona y no estoy muy segura de quién soy.

Marcus habló con aspereza en el oscuro interior del vehículo.

—Sigues siendo la misma, Dani. Por dentro, no has cambiado. Simplemente ves el mundo que te rodea de manera diferente.

Apoyé la cabeza contra el reposacabezas, preguntándome si lo que decía Marcus era cierto. Tal vez yo no había cambiado. Quizás tenía razón. Tal vez simplemente no podía ver el mundo con la misma inocencia que antes.

—Eso espero —respondí con tristeza.

—No vas a encontrar lo que necesites con Gregory Becker —me advirtió.
—Eso todavía no lo sé —le dije yo con firmeza—. Ni siquiera lo conozco tan bien.
—No necesitas conocerlo mejor —respondió Marcus fríamente.
—No lo entiendes —le dije con voz temblorosa.
—Entonces, por favor, ilumíname —sugirió en tono seco—. Porque no consigo ver el atractivo de alguien como él. —Dudó un momento antes de preguntar—: ¿Te has acostado con él?
—¿Qué? —No estaba segura de haberlo oído bien.
—¿Que si te has acostado con él? —Repitió con voz ronca y sombría.
—¡No! —La palabra salió disparada de mi boca sin censurar mi respuesta—. Aunque no es que sea asunto tuyo con quien me acuesto —añadí.
—Lo estoy convirtiendo en asunto mío.
—Por Jett —supuse.
—No. Porque arriesgué vidas para salvarte el pellejo. No lo hice para que pudieras tirar esa vida con un perdedor como Gregory Becker.
—Es mi vida —espeté. Marcus estaba poniéndolo todo muy difícil.
—Rompe con él —exigió—. ¿De verdad quieres casarte con un hombre como él? Dios, Dani, es un criminal. Simplemente no ha sido atrapado todavía. Pero lo será. Y tú terminarás atrapada en todo el desastre o muerta a causa de sus enemigos. A él no le importas un comino. Si le importaras, no te querría que esperases en un bar lleno de borrachos y prostitutas.
—No me voy a casar con él —dije airada—. Solo estoy saliendo con él. Eso es todo.
—No más citas. No más encontrarte con él en su bar. No más nada. Dile que has perdido el interés y pasa página —dijo Marcus arrastrando las palabras.
—¡Pare! —Le grité de repente al conductor. Sorprendentemente, detuvo la limusina.
—¿Qué estás haciendo, Danica? —Marcus extendió la mano y me agarró de la muñeca.
Yo me sacudí su mano.
—Estoy en casa. Mi apartamento está en el edificio justo detrás de nosotros.
—No sabía que tenías casa aquí.
—Yo tampoco sabía que tú también —le dije mientras abría la puerta del auto—. Pero, por lo visto, sí.
Mi vecindario estaba bien iluminado, pero aún no podía ver la expresión de Marcus cuando se inclinó sobre el asiento trasero.
—Mi casa está cerca, así que estaré por aquí. Esta es un área decente. Solo mantente alejada del territorio de Becker.
Yo cerré la puerta sin responder y luego me apresuré hacia las escaleras del edificio de apartamentos tan rápido como me lo permitieron los altos tacones de aguja.
Marcus no salió del coche, pero no se fue hasta que pasé el control de seguridad y me metí en el edificio. Para cuando llegué a mi apartamento y miré por la ventana, Marcus ya no estaba.



Capítulo 3



Marcus

—¿Desde cuándo tiene Danica un apartamento aquí, en Miami? —Le pregunté a Jett, usando el manos libres del móvil para tener las manos libres y poder quitarme la corbata de un tirón.

El ático de lujo que poseía tenía paredes acristaladas con espectaculares vistas de la playa durante el día. Pero, como estaba oscuro, había muchas posibilidades de que algún vecino pudiera verme desnudarme hasta quedarme en ropa interior, aunque no me importó una mierda.

Era verano y hacía bastante calor y humedad en Florida del Sur. Quería quitarme la ropa sucia. De mala gana reconocí que también necesitaba darle un descanso a mi pobre pene. Llevaba duro como una roca desde el momento en que vi a Danica con la blusa tan escasa y una minifalda de cuero ajustada. Por desgracia, no había podido quitarme la imagen de la cabeza desde que saltó de la limusina prácticamente enseñando el trasero.

—En realidad, el apartamento es suyo y de Harper —me informó Jett—. A las dos les encanta la playa.

Me arranqué la corbata y la dejé caer sobre una silla.

—De momento, está allí —le dije empezando a desabotonarme la camisa—. Pero no estoy seguro de que se quede allí. Simplemente no logro entender qué es tan malditamente atractivo en Becker.

—No estoy seguro —musitó Jett—. Lo único que sé es que Dani está diferente desde que volvió de su secuestro.

—¿Diferente cómo?

—Esto puede sonar extraño, pero parece... triste. Solía ser capaz de divertirse más que cualquiera de nosotros. Ahora ya ni siquiera la veo sonreír.

Ahora que lo pensaba, yo tampoco la había visto sonreír. Cierto, ambos estábamos trabajando cuando nos encontramos en el pasado, pero antes eso no le había impedido sonreír y reír. Siempre había sido peleona, pero ahora parecía más bien una sombra de esa mujer. No es que ya no fuera descarada, pero tenía un punto más duro.

—Iba a estar cambiada, Jett. No se puede pasar por una experiencia como hizo Danica sin salir cambiado de dicha experiencia.

No le dije que Dani ya me había explicado que se sentía diferente, que ya no estaba segura de quién era.

Por algún motivo, eso me molestaba. Danica era la misma persona por dentro, pero parecía increíblemente... recelosa. Veía el mundo como un lugar diferente y mucho más aterrador. Aunque yo entendía por qué se sentía así, detestaba el hecho de que ya no pudiera ver los sitios y a las personas con la misma curiosidad que solía tener.

A pesar de que tenía un ingenio malvadamente agudo, la inocencia que tuviera otrora se había esfumado. Yo lamentaba la pérdida. Me hizo sentir aún más protector y decidido a asegurarme de que recuperase la sensación de asombro que antes formaba una parte tan importante de ella.

—Tal vez todo lo que hemos oído sobre Becker es un rumor —sopesó Jett en voz alta—. ¿Qué pasa si en realidad es un tipo decente? Me sentiría como un imbécil si intentara alejar de Dani a alguien que le importa si de lo único de lo que es culpable es de ser objeto de rumores.

Con los botones libres, me quité la camisa y la arrojé sobre el mismo sillón donde había aterrizado mi corbata.

¿Qué demonios podía contarle a Jett? Nadie, excepto mi familia, sabía que trabajaba como agente especial para la CIA. No podía explicar que la agencia había estado intentando reunir información sobre Becker durante años y que, un día, conseguirían lo que necesitaban para encerrarlo. Era lo peor de lo peor, un tipo que se hizo rico convirtiendo a las personas en adictas y prostitutas, y no siempre era por su propia elección. Estaba bastante seguro de que la sospecha de que Becker financiaba a los terroristas era cierta. Simplemente no habíamos podido encontrar la información que lo vinculara sin duda a los rebeldes.

—Imposible —respondí finalmente—. Es un imbécil.

—Odio estar lisiado, joder —dijo Jett frustrado—. Me gustaría estar allí contigo ahora mismo. Pero mañana tengo otra cirugía menor. Todo este trabajo para intentar que vuelva a verme presentable. Joder, sé que algunas de estas marcas nunca se curarán y probablemente siempre cojee cuando esté cansado.

Prácticamente oía su irritación a través de la línea telefónica y, como de costumbre, me sentí muy culpable.

—Ojalá nunca te hubiera metido en la ORP.

—No me arrepiento de ello, Marcus. Hicimos muchas cosas buenas, salvamos muchas vidas. Y, al final, no he terminado casado con una mujer que solo quería mi dinero. Pero ni siquiera ella pudo aguantar mis lesiones, aunque eso pudiera enriquecerla enormemente.

Hice una mueca al quitarme los pantalones y arrojarlos al sillón antes de dejarme caer sobre un sofá de cuero blanco, ataviado únicamente con unos calzoncillos bóxer.

—Tuviste suerte de salir de aquella con vida —accedí—. Pero me siento fatal por haberte metido en la ORP. Era mi operación.

Jett estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. Cuando cayó nuestro helicóptero, cualquiera que estuviera en el lado que mordió el polvo recibió heridas aplastantes al caer material pesado y provisiones sobre ellos. Jett recibió la peor parte. Estaba en el lado equivocado y en la zona equivocada. Yo solo sufrí heridas leves, algo por lo que me sentía muy culpable al ver que varios miembros de mi equipo habían resultado mucho más gravemente heridos. Los demás se habían recuperado, pero Jett nunca volvería a ser el mismo y eso me carcomía por dentro.

Durante algún tiempo, sus heridas internas fueron tan graves que nadie sabía si sobreviviría. Consiguieron que mi amigo y compañero se recuperase, pero su pierna no volvería a ser la misma y tenía muchas cicatrices.

—No lo haría de otra manera, aunque pudiera —respondió Jett pensativo—. Además, me necesitabas. Era el mejor en inteligencia tecnológica que pudiste encontrar.

Solté una carcajada, cosa poco habitual en mí, pero sabía que lo que decía era verdad. A Jett le debía el éxito de muchas misiones de la ORP. Era un puñetero genio en cuanto a tecnologías de Internet y programación.

Me levanté y fui a la nevera a por una cerveza, quitándole la chapa mientras respondía:

—Ahí me has pillado. No hay nadie mejor en el sector.

—Y que lo digas —bromeó Jett.

—¿En qué estás trabajando ahora? —pregunté con curiosidad.

—No mucho —respondió con aire taciturno—. No he tenido mucho tiempo. Pero los proyectos actuales de la empresa progresan bien.

Jett tenía una enorme empresa de tecnologías de la información y ciberseguridad, y siempre estaba llevando a cabo varios proyectos a la vez. Por suerte, su profesión era algo que podía manejar desde casa, en Seattle.

—Tú solo preocúpate de recuperarte —le dije—. Creo que eres lo bastante rico.

—No tanto como tú —protestó—. Pero nunca se ha tratado del dinero para mí, de todas maneras.

Los padres de Jett habían fallecido en un accidente de coche, dejando a todos sus hijos con miles de millones de dólares, igual que había sucedido con mi padre.

—Pero haces lo que te gusta —respondí.

—¿Tú no haces lo que te gusta, Marcus?

Di un trago de cerveza antes de volver a dejarme caer sobre el sofá. No me importaba llevar el conglomerado multinacional de mi padre, pero no podía decir que fuera lo que realmente me apasionaba.

—No tuve mucha elección. Cuando murió mi padre, tuve que ponerme las pilas lo antes posible. Yo era el mayor.

Cuando perdimos a nuestro padre, me sentí obligado a cuidar de su legado. Por desgracia, cuando fui lo suficientemente mayor, lidiar con sus negocios no podía hacerse sin un montón de viajes. Teníamos una dirección permanente establecida hasta que terminé los estudios, pero la compañía no era tan sólida como cuando vivía mi padre. Así que viajé para asegurarme de que se hacían las cosas correctamente, llevando yo mismo todos los problemas.

Excepto que en ocasiones sentía que, al hacer lo correcto con la empresa, de alguna manera le había perdido la pista a mi familia. Habiendo pasado tanto tiempo fuera, me había perdido muchas cosas. Chloe había tenido una relación de maltrato y yo no me enteré hasta que salió de la misma. Poco a poco me había distanciado de mi gemelo, Blake, que ahora era senador de Estados Unidos. Tate y Zane también habían pasado sus propias dificultades y, una vez más, yo no había estado ahí para ellos.

Lo cierto era que los extrañaba muchísimo, pero habiendo estado ausente durante tanto tiempo, no estaba seguro de cómo volver a formar parte de sus vidas. Teniendo en cuenta mi trabajo con la CIA, seguramente era lo mejor.

—Bueno, no es como si no tuvieras tiempo para perseguir lo que quieras ahora —respondió Jett finalmente.

Ahora mismo, solo quería perseguir a la preciosa y obstinada de su hermana pelirroja. Pero no podía contarle eso.

—Sí —convine sin comprometerme—. Me quedaré aquí unos días más para echarle un ojo a Dani. Quiero asegurarme de que no vuelve a ponerse cómoda con ese Becker.

Jett permaneció un momento en silencio antes de decir:

—¿Sabes? Si lo hace, no podemos hacer demasiado aparte de secuestrarla. Quiero protegerla, pero se merece su espacio. Si lo quiere, no puedo detenerla precisamente.

—Yo lo haré —gruñí, omitiendo a propósito que, técnicamente, ya había secuestrado a Danica

—. Se arruinará la vida si termina con Becker. Tarde o temprano, él caerá.

—¿Estás bien, Marcus? —preguntó Jett con cautela.

—Sí. ¿Por qué?

—Supongo que nunca te había visto tomarte tan en serio un asunto personal.

—Solo intento ayudar —respondí incómodo. Jett tenía razón. En raras ocasiones pensaba demasiado en asuntos personales que no tenían relación con mis negocios o con la información de la CIA.

Ella era mi perdición en cuanto a ser distante emocionalmente. Danica había sufrido tanto, por no hablar del hecho de que yo sentía una especie de posesividad extraña y salvaje hacia ella que no podía explicar ni entender. Durante mucho tiempo, lo único que había querido era desnudarla y sujetarla contra la pared mientras ambos nos saciábamos el uno del otro. Y estaba seguro de que tardaría muchísimo tiempo en librarme del deseo primitivo que albergaba de hacer mía a Danica. Quería oírle gritar que me pertenecía mientras penetraba su sexo contraído y caliente.

Sin embargo, después de haber compartido parte del dolor que tuvo que soportar durante su confinamiento con los rebeldes, estaba resuelto a asegurarme de que nunca volviera a sufrir.

—Cuéntame cómo va —pidió Jett—. Y gracias, amigo. Te debo una.

Terminamos la llamada y me puse en pie, inquieto al no tener nada que hacer por primera vez desde que podía recordar. Le había pedido a uno de mis mejores ejecutivos que me cubriera durante mi viaje y me había dirigido a Florida específicamente para hacerle saber a Dani que no podía seguir viendo a Becker.

«Algo no va bien. Lo presiento», pensé. Mi mente lógica me decía que era imposible que deseara a Gregory Becker. Dani era demasiado inteligente como para terminar con un hombre como él. No solo eso, sino que era reportera, una mujer que leía a las personas extremadamente bien. Por otra parte, mi respuesta irracional, primitiva y carnal quería apartar a Dani del peligro inmediata y completamente. Desearía poder decir que mi mente lógica iba a buscar respuestas, pero temía que, por primera vez en mi vida, sería incapaz de ignorar las emociones por completo.



Capítulo 4



Dani

Al día siguiente, tuve que inventarme una excusa para Greg en cuanto a por qué no estaba en el bar para verlo. Quería que realmente confiara en mí, así que decepcionarlo así no era precisamente un paso adelante en nuestra relación. Por suerte, había aceptado el hecho de que no me encontraba bien y me había quedado dormida. Lo realmente malo fue que quería venir a casa a verme en el apartamento para asegurarse de que me encontraba mejor.

«Cree que estoy enferma. Probablemente no se quede mucho tiempo», me dije. Me puse un bonito vestido de tirantes, amarillo e informal, y un poco de maquillaje. Me solté el pelo con un elegante corte estilo *bob* que apenas me llegaba a los hombros. De alguna manera, parecía irle bien a mi color rojo natural.

Sonó mi teléfono y me apresuré a desenchufar el móvil en la mesilla de café del salón para poder responder antes de que la llamada fuera desviada al buzón de voz.

—¿Hola? —respondí. No había mirado la identificación de llamada, así que esperaba que fuera Greg para decirme que llegaría tarde o que tenía que anular la visita.

—¿Dani? —preguntó una voz de mujer aterrada en tono nervioso.

—¿Ruby? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —pregunté sin aliento.

Me estresaba a diario por mi joven amiga. Después de una infancia y adolescencia de abusos, había terminado escapando y llegó a Miami a la edad de dieciocho años. Llevaba aquí y sin hogar casi cuatro años, algo de lo que no me había enterado hasta que la recogieron en la calle justo después de que nos conociéramos hacía uno o dos meses. Ahora tenía una habitación de hotel apestosa, pero todo lo que rodeaba al acuerdo que la había sacado de la calle me preocupaba.

—El tipo que me recogió dice que le debo dinero. Esto no es lo que yo pensaba, Dani. Me prometieron un trabajo y no me lo han dado. Ahora me dicen que les debo dinero por el techo que tengo sobre mi cabeza y por la comida. Como no tengo dinero para pagarles, quieren hacer una especie de subasta por mis servicios.

Se me revolvió el estómago con solo pensar en qué tipo de subasta participaría Ruby.

—¿Han dicho qué tipo de subasta?

—N-no ha-han dicho nada —tartamudeó—. Pero la mujer que viene a traerme la comida me preguntó si era virgen y le reconocí que lo soy. Al principio pensé que era un ama de llaves

interna o algo así. Pero empiezo a pensar que quieren que venda mi cuerpo porque es lo único que tengo.

Inspiré profundamente y solté el aire despacio. Estaba casi segura de que quienquiera que la recogiera esperaba beneficiarse de alguna manera por ayudar a Ruby. Era una situación vulnerable para caer en la trata de personas.

—¿Han dicho cuándo? —pregunté, intentando no sonar tan preocupada como me sentía.

—N-no. Creo que primero quieren hacer que engorde. Dani, tengo mucho miedo. Sé que ahora tengo un sitio donde quedarme y comida, pero casi desearía volver a estar sin hogar. He acumulado deuda con estas personas y ahora tengo que pagarles.

Dios, quería traerme a Ruby al apartamento y asegurarme de que nadie volviera a hacerle daño. Pero tenía varias razones por las que aquello no era posible en ese momento.

—Aguanta. Te prometo que te sacaré de allí antes de que pase nada.

—Me he metido en algo peligroso, ¿verdad?

—Sí, pero no es culpa tuya. Estas personas no sacan a mujeres y niños de la calle para ayudarlos. Creo que son traficantes de personas. —Me estremecí ante la idea de cuántas otras mujeres habían sido sometidas a su «bondad».

—No sé qué hacer. Han dicho que, si intento irme sin pagar mi deuda, me encontrarán —sollozó.

—Nos ocuparemos de eso. Sé fuerte, Ruby. Pregúntales cuánto les debes.

—Sea lo que sea, no puedo pagarlo sin un trabajo —respondió llanamente.

—Sé que no me conoces muy bien, pero ¿puedes confiar en mí? —le pregunté desesperada.

Ruby dudó un momento antes de responder.

—Me cuesta confiar en nadie —dijo sinceramente—. Pero lo intentaré. Ya me has ayudado mucho siendo una amiga. No tengo tanto miedo ahora que sé que alguien lo sabe y se preocupa por mí.

—Te sacaré de allí —prometí—. Tú mantenme al tanto de lo que esté pasando cuando puedas hacerlo con seguridad.

—Lo haré. Gracias.

Me rompió el corazón oírlo tan triste y asustada. Pero nunca había tenido nada por lo que estar feliz. Sus veintidós años de vida habían sido bastante duros.

Terminamos la llamada, pero seguí con un nudo en el estómago cuando colgué el teléfono. En realidad, yo estaba hecha polvo desde que había visto a Marcus en el bar de Greg. Nuestro encuentro me había inquietado, especialmente al darme cuenta de que volver a verlo me había recordado todos los sueños húmedos que había tenido con él en toda mi vida. Y eran demasiados como para llevar la cuenta.

Estaba muy confusa y herida después de que Marcus me rescatara, pero la atracción misteriosa que me llevaba hacia él seguía tan presente como cuando arriesgó el pellejo para sacarme de Siria. Sinceramente, me había sentido atraída por él casi desde que nos conocimos. Lo difícil era que ahora sabía exactamente lo que sentía. Me sentía increíblemente atraída por Marcus y no tenía ni la menor idea de cómo reprimirlo.

La química siempre había estado ahí, pero yo no había podido reconocer el deseo justo después de escapar de mis secuestradores. Sin embargo, había recibido bastante terapia para ayudarme a pasar página de aquella horrible experiencia y ahora era capaz de admitir que algo en Marcus me volvía completamente loca. Estaba buenísimo, sin duda, así que desear que me sujetara contra la pared para satisfacerme no era tan sorprendente. Supongo que eran las demás

emociones las que parecían enredarse con mi deseo apasionado de joder con él lo que me desconcertaba.

Admiraba lo que había estado haciendo con la ORP, aunque mi hermano había resultado herido en una de sus misiones. Marcus siempre parecía tenerlo todo bajo control de una manera que yo no había visto nunca. Ciertamente, se había mostrado arrogante y autoritario conmigo, pero parecía llevar consigo unos nervios de acero con la misma facilidad con la que otros hombres llevaban su teléfono móvil. Lo había visto en muchos lugares de conflicto, pero nunca parecía ser consciente del peligro que había. Vaya, ni siquiera estaba segura de haber visto una arruga en su traje cuando estaba haciendo negocios en todas las regiones del mundo assoladas por el conflicto del mundo donde habíamos coincidido.

Yo tenía que ir a los lugares más aterradores del mundo por mi trabajo, pero, en realidad, Marcus no tenía por qué estar en ninguno de esos lugares para nada. Resultaba extraño, pero trataba sus viajes como obligaciones cotidianas del trabajo, independientemente de dónde resultara estar en ese momento.

—Pero ¿qué está haciendo aquí, en Miami? —musité para mí misma esperando a Greg sentada en el brazo del sofá. «¿Y por qué le preocupa tanto con quién salga?», pensé. Sí, había dicho que Jett estaba preocupado, pero Marcus no era la clase de hombre que fuera donde no quería estar.

Todo nuestro encuentro en el bar de Greg había sido desconcertante. Nunca había visto a Marcus de ninguna otra manera que no fuera en modo de trabajo, excepto durante el peligroso rescate y el breve tiempo que habíamos pasado juntos después. Actuar como si algo le preocupara personalmente resultaba desconcertante en él.

Intenté quitarle importancia. No importaba si le gustaba Greg o no. Tendríamos que lidiar con el hecho de que yo estaba saliendo con alguien que él no consideraba un buen partido para mí. Nadie había interferido nunca en mi vida amorosa y no iba a ser así ahora. Mi relación con Greg era demasiado importante para mí.

Por fin sonó el timbre y me sacudí los pensamientos negativos para ir a abrir la puerta.

—Hola, preciosa —dijo Greg arrastrando las palabras cuando abrí la puerta.

—Hola —respondí sin aliento.

Me dio un beso en la mejilla y entró en el salón mientras yo cerraba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, poniéndose cómodo en el sofá.

—Mejor —contesté, esperando que no me interrogara por no haberme presentado en el bar para nuestra cita.

Greg era la clase de hombre que siempre se mostraba cauteloso, siempre cuidadoso. Era atractivo y estaba en forma, y tenía un bonito pelo rubio y espeso que hacía que casi todas lo persiguieran, aunque no fuera asquerosamente rico. Pero había un velo sobre sus ojos oscuros que nunca dejaba entrar a nadie.

Mi objetivo era conocerlo mejor que ninguna mujer nunca y enseñarle a confiar en mí. Por desgracia, el no haberme presentado en su bar, o al menos eso creía él, probablemente lo puso nervioso. Greg siempre estaba observando cualquier reacción o cosas que no encajaran en su mundo exactamente como él creía que debían. Mi ausencia de la noche anterior debía de haberlo vuelto paranoico, pero ya había descubierto que, con Greg, cualquier comportamiento extraño era sospechoso.

—Me alegro —respondió por fin, escudriñándome con la mirada como si quisiera comprobar si decía la verdad.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté cortésmente.

—No, preciosa. Solo he venido para asegurarme de que estabas... a salvo.

Me senté en el sofá junto a él. Solo habíamos salido un par de veces e ido a unos cuantos eventos benéficos juntos. La mayor intimidad que habíamos compartido era un beso en la puerta.

—Tal vez solo estuviera cansada —mentí.

—Creía que estabas enferma —dijo. Sonaba suspicaz.

Yo sacudí la cabeza.

—Lo estaba, pero puede que se debiera únicamente a que no había dormido lo suficiente.

Él estiró el brazo y tomó mi mano, apretándola con más fuerza de la necesaria para mostrar simple afecto.

—Entonces deberías descansar un poco, Dani.

—Lo haré —contesté, intentando no percatarme de que su apretón me estaba cortando la circulación de la mano.

—No me gusta que me dejaras plantado anoche. Pero lo superaré —dijo en tono de advertencia, un tono que me decía que no quería que volviera a hacerlo.

—Lo siento mucho —respondí con remordimiento.

—Soy poderoso en esta ciudad, Dani. Un hombre como yo no tiene que esperar.

—Lo sé —convine.

Gregory era alguien a quien no se ignoraba en Miami. Era extremadamente rico y donaba dinero a políticos y a las fuerzas del orden para mantenerlos en deuda con él. No tenía el poder de un Lawson o un Colter, pero su condición de multimillonario lo convertía en VIP en toda Florida del Sur.

Se puso en pie y me levantó con él debido al apretón sobre mi mano.

—Me alegro de que me entiendas —respondió con una sonrisa de superioridad.

—¿Ya te vas? —inquirí, alzando la mirada hacia él con una sonrisa temblorosa.

—Tengo cosas que hacer —afirmó—. Pero tenía que ver cómo estabas.

—Gracias —dije yo.

Me atrajo contra él y me plantó un beso en la boca antes de responder.

—Tenía que asegurarme de que supieras lo que sentía por no haberte visto ayer en mi club.

Sus emociones eran cristalinas, de hecho. Greg era un obsesivo del control y cualquier cosa que no pudiera hacer ir a su manera era inaceptable.

—No volveré a decepcionarte —prometí.

—Bien. Muy bien —respondió cuando por fin me soltó la mano—. Cuídate, Dani. Quiero verte en mi cama en cuanto te encuentres mejor.

Yo quería agitar la mano para hacer volver la circulación a la extremidad, pero no lo hice. Su anuncio acerca de querer acostarse conmigo no era ninguna sorpresa. Cuando nos conocimos ya había dejado muy claro que me deseaba.

Y estaba segura de que, hasta aquella noche, siempre había conseguido lo que quería. Lo acompañé a la puerta y me despedí, apoyándome contra la madera cuando hube echado el pestillo.

—No ha ido exactamente como esperaba —susurré para mí misma antes de exhalar una respiración que no era consciente de haber estado conteniendo. Greg nunca sería un tipo cálido y cariñoso. Tenía un punto extremadamente duro que debería hacerme querer huir de él lo más rápido posible. Pero no lo hice porque realmente quería acercarme a él.

Me enderecé y me impulsé contra la puerta, empezando a sentirme agotada como le había dicho a Greg que estaba la noche pasada.

—¿Cómo acercarme a él cuando nunca baja la guardia? —cavilé en voz alta mientras me dirigía a la cocina.

Greg no me había dicho cuándo quería volver a verme, pero sabía que habría más citas, más tiempo juntos, e intentaría todo lo que estuviera en mi mano para ser su confidente. Me negaba a aceptar que nuestra relación pudiera ir de ninguna otra manera.



Capítulo 5



Marcus

—¡Hijo de puta! —maldije al ver a Gregory Becker saliendo del apartamento de Dani. Estaba sentado en el aparcamiento cercano al edificio de su casa en mi coche de lujo alquilado, vigilando. Me resultó difícil obligarme a no seguir a esa comadreja. «¿Ha hecho daño a Dani ese cabrón?», me pregunté. «¿Qué estaba haciendo en su casa?». Había pasado mucho tiempo pensando en Dani y Becker juntos, pero aún me dolía el estómago cada vez que pensaba en Becker poniéndole una mano encima.

«¿Por qué estoy aquí sentado, solo en su aparcamiento, vigilando el edificio, joder?», me recriminé. Inspiré hondo y solté el aire mientras observaba a ese capillo de Becker meterse en su presuntuoso coche deportivo de lujo y marcharse. No podía acercarme a él. Todavía no. Necesitaba más información, lo cual respondía a mi pregunta sobre por qué vigilaba el apartamento de Dani. De alguna manera, sabía que Becker aparecía por allí.

Después de todo, era un maldito espía. Ser paciente y recopilar información era lo que hacía. Y era muy bueno en ello. Simplemente ahora no me gustaba demasiado, especialmente la parte de la tarea que consistía en ser paciente. No quería esperar. Quería enfrentarme a ese imbécil ya mismo.

No cabía preguntar si comprobaría o no que Dani estaba bien. Si Becker había estado en su casa, quería asegurarme de que estaba a salvo. Al menos así justifiqué acercarme más al edificio con el coche, salir del mismo y abrirme paso hasta la entrada. La seguridad en la puerta era mínima y no fue difícil conseguir escabullirme siguiendo a otro vecino por la puerta cuando introdujo el código.

No había sido complicado conseguir toda la información que quise sobre Dani en cuanto pedí una carpeta sobre ella a Washington. Y, sí, también justifiqué aquello diciéndome que necesitaba su dirección, así como cualquier otra información reciente que pudiera conseguir porque estaba saliendo con alguien en el radar del gobierno federal. Demonios, me mandaron un dossier cargado de información, pero nada era relevante a su estatus actual como nuevo interés romántico de Becker.

Hice una mueca al llamar al timbre. La mera idea de Becker tocándole un pelo de la cabeza a Dani hizo que se me encogiera el estómago. «Es una de las hermanas de mi mejor amigo. No es extraño que me preocupe», me dije.

En realidad, sabía que esa excusa era una mierda, pero me resbalaba. Danica Lawson estaba fuera de límites, aunque se me pusiera duro el pene cada vez que la veía. Ella siempre lo había estado. Dani era la hermana de Jett y de ninguna manera podía acostarme con ella sin más sin que todo se complicara. Yo odiaba las complicaciones. Ahora que tenía las prioridades en orden, estaba resuelto a conservar la calma.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Dani en tono reprobatorio mientras me miraba fijamente desde la puerta que acababa de abrir.

«¡Dios! ¿Ni siquiera se molesta en preguntar quién llama a la puerta antes de abrir así?», pensé exasperado.

—No respondiste todas mis preguntas —contesté yo, invitándome a su casa y pasando junto a ella.

—Yo no tengo que darte explicaciones —dijo de mal humor antes de cerrar la puerta, volverse hacia mí y cruzarse de brazos con obstinación—. Tienes que irte. Dudo que Greg siempre me esté vigilando, pero no quiero que sepa que estuviste aquí.

—¿Haces todo lo que él te dice que hagas? —comenté con tanta calma como pude—. ¿No te preocupa ni un poco el no estar segura de si un tipo te vigila?

Joder, me preocupaba a mí que Danica pudiera estar lo suficientemente comprometida con Gregory Becker como para que él pudiera haberle encargado a alguien que vigilara todos sus movimientos. Debería estar aterrorizada.

—No. No me molesta —dijo mirándome con suspicacia antes de añadir—: Veo que hoy te has quitado el traje a medida.

—Es sábado —respondí—. No llevo traje los fines de semana.

Ella resopló.

—Es bueno saber que te relajas un poco dos días a la semana.

Yo la miré con el ceño fruncido.

—Yo nunca me relajo. Simplemente llevo una vestimenta más informal.

Danica estaba preciosa con un vestido amarillo que hacía que su pelo se viera de un tono rojo más oscuro. Y si yo parecía más desaliñado de lo habitual, se debía a mi padre. Él siempre había intentado estar con sus hijos los fines de semana y, el sábado y el domingo, cuando estaba en casa, se quitaba el traje e intentaba ser únicamente nuestro padre. Por algún motivo, yo siempre seguía su ejemplo, aunque no tenía a nadie a quien le importara lo que llevara. Pero me hacía sentir que seguía sus pasos cuando llevaba pantalones y una camisa informal cuando no era un día de trabajo.

Mi atuendo de fin de semana me dificultaba el llevar pistola. Pero me las apañé.

—Te sienta bien —respondió acercándose más y mirándome con expresión airada—. Pero ¿qué estás haciendo aquí, Marcus? Todavía no se me ha olvidado el hecho de que me sacaste de una cita a hombros, literalmente.

—Supéralo —sugerí yo—, porque te estás asociando con alguien que posiblemente sea culpable de delitos internacionales. Necesitabas que te sacaran de problemas.

—¿A qué te refieres?

—Se rumorea desde hace años que Gregory Becker está envuelto en maneras muy feas de ganar dinero. No es ningún secreto en el mundo empresarial.

—Solo son rumores —dijo ella a la defensiva.

—Cuando el río suena, agua lleva —le advertí yo—. Ya sabes que detrás de todo rumor siempre hay algo de verdad. ¿Cómo has terminado enredada con alguien como él? ¿Y qué ha sido de tu trabajo como corresponsal internacional?

Ella dejó de mirarme a la cara mientras daba media vuelta y se sentaba en el brazo del sofá.

—Te dije que necesitaba un descanso. He perdido el gancho —reconoció dubitativa—. Estuve trabajando por Europa y otros países, pero nunca conseguí volver a Oriente Medio sin entrar en pánico. Decidí dejar la cadena.

Vi una mirada de vulnerabilidad reflejarse en su rostro con un destello. Generalmente, encontraba la manera de utilizar ese momento de debilidad en beneficio propio, pero no tenía estómago para hacer eso con Danica.

—Es comprensible después de lo que te ocurrió.

Ella sacudió la cabeza.

—Como reportera, no podía permitirme tener miedo. Mi neurosis podría poner en peligro a todo el equipo. Pero ya no era intrépida. No soy la misma desde... el incidente.

Dani tenía razones para querer permanecer lo más lejos posible de la ubicación de su secuestro. No sería humana si no se sintiera recelosa.

—Podría haber seguido como corresponsal en Europa.

—Necesitaba algo diferente —dijo rompiendo el contacto visual—. Solo quería un poco de tiempo.

—Entonces tómate todo el tiempo que necesites. Era una locura volver tan pronto después de lo sucedido. —Dudé un momento antes de preguntar—: ¿Qué parte del secuestro te atormenta todavía?

No estaba seguro de poder lidiar con su respuesta sin desear que los cabrones que la habían secuestrado volvieran a estar vivos para poder acabar con ellos yo mismo. Oh, sí, Dani había hablado conmigo, pero yo tenía la sensación de que estaba omitiendo gran parte de lo que le había ocurrido.

—¿Y qué importa? —preguntó—. No es como si fueran a cumplir condena o a pagar por lo que me pasó.

—No pueden porque están todos muertos —la informé llanamente—. Ella ya lo sabía, pero me sentí obligado a recordarle que ninguno de los rebeldes volvería a molestarla nunca. Personalmente, sentía que una muerte instantánea no era lo que se merecían.

Ella volvió la cabeza hacia mí, con expresión solemne.

—Lógicamente, lo entiendo, pero mi cabeza no siempre es razonable, Marcus. ¿Cómo conseguiste esa información? Nunca me contaste cómo lo supiste. Esa información debería haber sido confidencial.

Yo no podía contarle que tenía mucha información del gobierno. Nadie conocía mi implicación con la CIA y con la recopilación de información excepto mi familia. Ni siquiera su hermano, Jett. Mi equipo de la ORP solo sabía que tenía habilidades para operaciones de rescate privadas.

—Oí una conversación al respecto por casualidad. —Mentí con soltura porque estaba acostumbrado a tergiversar la verdad.

Su rostro cambió cuando empezaron a caerle lágrimas por las mejillas.

—¿Es terrible que diga que me alegro de que estén todos muertos? —inquirió temblando visiblemente.

—Claro que no —respondí—. Después de lo ocurrido, debes estar encantada de que hayan desaparecido de la faz de la tierra.

Observé con impotencia mientras las lágrimas seguían empapándole las mejillas. Ambos habíamos visto horrendas atrocidades que no deberían ocurrir en el mundo moderno, pero su experiencia había sido personal.

—¿Qué es lo que más te atormenta? —pregunté insistentemente, deseoso de ayudarla a acabar con aquellos fantasmas.

Ella se secó las lágrimas del rostro y volvió sus preciosos ojos turquesa hacia mí. Había una rabia ardiente en su mirada que probablemente haría encogerse al más fuerte, pero yo me negaba a retractarme.

—¿No podemos dejarlo? —espetó—. Porque quiero olvidarlo, pero no hago más que revivirlo una y otra vez en mis pesadillas. Llevo en terapia desde que ocurrió y todavía no puedo dejar de soñar con ello. He lidiado con el trauma emocional tanto como puedo ahora mismo, pero a veces no puedo evitar recordar cómo deseé que me mataran para no tener que aguantar ni un minuto más de dolor ni a ellos usando mi cuerpo.

Estaba sin aliento para cuando terminó, y yo miré enojado su figura diminuta y vulnerable y su mirada apesadumbrada. No estaba enfadado con ella por lo que había dicho. Dani tenía todo el derecho a odiar hablar de su experiencia. Me enfurecía la injusticia de lo que había soportado.

«¡Maldita sea!», pensé. Tal vez hubiera dicho una vez que ella ya conocía los riesgos de su trabajo. Pero eso no significaba que nunca quisiera que sufriera.

—Lo siento —dije con voz ronca—. No quería sacar algo de lo que te duele hablar.

—Ya no me duele —respondió ella—. Principalmente me enfada. Quiero pasar página. Pero a veces me paraliza el miedo. Creo que he superado lo ocurrido y vuelve en mis puñeteros sueños. He perdido mis habilidades en una profesión que me encantaba porque no parezco capaz de fingir que no pasó.

—Acabará desvaneciéndose, pero no estoy seguro de que uno pueda superar completamente una experiencia como esa —la informé sombrío.

—Evidentemente, yo no lo he hecho —respondió ella con voz trémula—. No del todo.

«¡Dios!», pensé sintiendo que experimentaba su dolor. El corazón me latía desbocado y necesité todas mis fuerzas para no volver a llevármela y ponerla en un lugar donde no volvieran a hacerle daño nunca. Había un dolor desconocido en mi pecho por todo lo que había sufrido. Me sentía como si me estuviera dando un ataque al corazón.

«No puedo soportar verla sufrir de nuevo», pensé.

—Renuncia a Becker —insistí—. Solo te hará daño.

Su mirada enfadada se encontró con la mía, obstinada.

—No puedo. No lo haré —respondió resuelta—. Es lo único que me mantiene con los pies en la tierra y ocupada ahora mismo.

Mi temperamento estalló inesperadamente.

—Salir con un criminal no está ayudándote.

—No tienes ni idea de lo que necesito ahora mismo. Vienes aquí sin nada más que rumores sobre un hombre al que parezco importarle. Nadie ha encontrado pruebas firmes de que Greg cometiera ningún delito.

«Oh, yo encontraré pruebas. Solo es cuestión de tiempo». Mientras tanto, no quería a Dani cerca de la investigación.

—Está en las listas de personas vigiladas de todos. Por Dios, ¿quieres verte envuelta en eso?

Ella se puso en pie.

—Si tengo que hacerlo, lo haré. —Fue a la puerta como un vendaval y la abrió—. Ahora, por favor, vete. Ya he lidiado con todo lo que puedo por hoy.

Yo estaba furioso, pero nada de lo que dijera la ayudaría ahora mismo. Vacilé al llegar a la puerta.

—¿Lo amas?

—Nunca he dicho que lo ame, pero ahora mismo lo necesito —replicó.

Lo último que yo quería oír era que ella creía necesitar a Becker. No lo necesitaba. Pero quizás estuviera confundida.

—No voy a dejar que te arrastre con él —gruñí al salir por la puerta.

Ella no respondió.

La puerta se cerró de un portazo a mis espaldas.



Capítulo 6



Dani

—**M**arcus me vuelve loca, Harper. No entiendo qué hace aquí —le confié a mi hermana al teléfono al día siguiente.

Harper era la única persona que entendía de verdad cómo me sentía. Finalmente me había desmoronado y le había contado todo lo que me había pasado mientras estaba secuestrada, justo después de presentar mi renuncia en la cadena.

—Puede que tenga razón, Dani. Tal vez no deberías mezclarte en todo esto. Quizás salir con Gregory Becker no sea buena idea —respondió en tono preocupado.

Me dejé caer en el sofá del apartamento. Mi hermana era arquitecta, pero trabajaba muy distante de las corporaciones. Y su marido era senador de Estados Unidos. Así que probablemente nunca había oído los rumores que yo sabía que circulaban en el mundo de la gran empresa.

—Empiezas a sonar como Marcus —le dije con voz disgustada.

—Marcus lleva en el mundo empresarial desde que llegó a la edad adulta. Si ha oído que este tipo es un problema, estoy segura de que sabe algo. Sin duda, no es la clase de persona que exagera las cosas.

—No voy a dejar de ver a Greg —la informé obstinadamente—. ¿Sabes por qué está aquí Marcus?

—No lo sé —reconoció ella—. Pero Blake mencionó que Marcus tiene bienes raíces por todo el mundo, así que no me sorprende que también tenga propiedades allí.

Sinceramente, a mí tampoco me sorprendía. Solo desearía que se fuera a pasar el tiempo a otra parte. Su presencia me resultaba perturbadora cuando estaba intentando sentar las bases de una relación. Especialmente cuando se me llevaba a rastras de las citas.

—Espero que se vaya pronto.

—No apuestes por eso —me advirtió Harper—. Obviamente, está intentando protegerte y, por lo que me ha contado Blake, puede ser muy obstinado.

—¿Y por qué habría de importarle? —pregunté con desesperación—. Apenas lo conozco. Salvó mi vida, pero no es como si nos hubiéramos mantenido en contacto.

A decir verdad, Marcus me había apoyado cuando compartí parte de lo ocurrido durante nuestro largo vuelo desde Turquía a Estados Unidos. Ciertamente, yo no había compartido cada detalle, pero lo que le había confesado era difícil de compartir. Sin embargo, me había sincerado lo

bastante con él como para no poder verlo como a un conocido más. Esa descripción no encajaba del todo. Había terminado quedándose conmigo hasta que me quedé dormida en la cama de su avión privado de puro agotamiento. Cuando me desperté, estábamos aterrizando en Washington. Pero tampoco podía decir sinceramente que Marcus fuera un amigo. No nos habíamos visto desde que nuestros caminos se separaron allí.

—Es protector con su familia —contestó Harper—. Y para él, ahora tú eres familia. Estoy casada con su gemelo.

—Bueno, eso es decir mucho —respondí yo—. Soy la hermana de su cuñada.

—Evidentemente, eso es lo bastante cercano para él como para preocuparse. —Harper suspiró antes de proseguir—. A pesar de su arrogancia, bastante irritante, es un buen hombre, Dani. Perdió a su padre cuando era poco más que un crío y Blake dice que siempre sintió que era su responsabilidad ocupar el lugar de su padre. Perdió su infancia. Él y Blake empezaron a distanciarse después de la muerte de su padre. Marcus se fue a la universidad y después viajaba la mayor parte del tiempo. Solo han empezado a reconstruir su relación recientemente.

Aunque estaba enfadada con Marcus, sentí un ápice de dolor en el corazón por el joven que había perdido a su padre demasiado pronto. Me imaginaba a Marcus intentando llenar el vacío en la familia. Y era el único que había continuado el legado de su padre en los negocios internacionales.

—¿Vuelven a estar unidos? —pregunté con curiosidad.

—Es mejor que antes. Pero Marcus sigue siendo demasiado retraído. Ni siquiera Blake está al tanto de lo que piensa la mayor parte del tiempo.

—Espero que Blake tenga mejor sentido del humor que Marcus —comenté—. No estoy segura de haberlo visto sonreír ni una vez.

No había visto mucho a mi hermana y a Blake. Habíamos hablado en la boda de mi hermana, pero fue caótica con toda la familia alrededor. Después de casarse, yo volví a viajar por Europa con mi trabajo. No había vuelto a Rocky Springs desde que dejé la cadena. Había venido directamente a Miami.

—Ahora que lo pienso, yo tampoco lo he visto sonreír nunca —observó Harper—. Y Blake tiene un sentido del humor maravilloso. Creo que me ha enseñado a divertirme otra vez.

Yo suspiré. Desearía poder recordar lo que era reír. Para ser franca, llevaba meses bastante abatida.

—Me alegre —dije sinceramente.

Harper se merecía ser feliz. Mi hermana hacía mucho por los demás. Como tenía montones de dinero como cualquier otro Lawson, no necesitaba trabajar para vivir. Pero pasaba la mayor parte de su tiempo construyendo refugios para gente sin hogar por todo el país para ayudar a marcar la diferencia en el mundo.

En otro tiempo, creí que yo estaba dejando mi propia impronta en el planeta. Hacía saber al mundo las atrocidades que estaban ocurriendo en otros países y en casa, frente a frente. Informar era bastante brutal la mayoría de las veces y yo lo hacía para crear conciencia de lo que ocurría en lugares de los que la mayoría de la gente probablemente ni siquiera había oído hablar.

Una vez, aquello fue importante para mí, más fundamental que mi propia seguridad. Pero después de mi experiencia en Siria, ya no podía hacer mi trabajo de la misma manera, y lo detestaba.

—¿Estás bien? —me preguntó Harper en tono amable.

—Todo lo bien que puedo estar, teniendo en cuenta que renuncié a mi trabajo —respondí con franqueza.

—¿Qué tal va la terapia?

—Bien. Todavía tengo *flashbacks* y pesadillas, pero aparte de eso estoy bien. Creo que solo necesito tiempo.

—Estoy preocupada por ti. Me gustaría que vinieras a pasar una buena temporada aquí, a Colorado. Ven a quedarte conmigo, estaré unos meses en casa. El Senado ha cerrado.

Aunque habíamos crecido cerca de los Colter, ya no teníamos casa allí. Después de la muerte de mis padres en un accidente de tráfico, vendimos la casa familiar de nuestra infancia. Ninguno de nuestros hermanos, ni Harper ni yo podíamos soportar el dolor de seguir viviendo en nuestro antiguo hogar. Había demasiados recuerdos y recordatorios de que habíamos perdido a nuestros padres antes de tiempo.

—Iré lo antes posible —respondí sin comprometerme. Ahora mismo, no quería hacer promesas. No estaba segura de qué iba a pasar con Greg—. Siempre podrías venir a visitarme cuando quieras al apartamento que compramos y que nunca ves —bromeé.

Miami había sido mi hogar durante la mayor parte del tiempo cuando estaba en Estados Unidos. O eso, o me quedaba en casa de Harper en California, un hogar que ahora había vendido para vivir permanentemente con su marido en Rocky Springs.

—He visto el apartamento de Miami —contradijo Harper—. Simplemente no paso allí tanto tiempo como tú.

—Sería un vuelo cómodo en el avión privado de tu marido —puntalicé.

Harper suspiró.

—Me encantaría ir, pero no tengo tanto tiempo con Blake como me gustaría y estará en casa hasta que el Senado reinicie el curso. Echo de menos el océano. Cuando estábamos creciendo, nunca echaba en falta el agua. Pero ahora la falta de agua es lo único que no me gusta de Colorado. Lo que la gente considera lagos aquí no son más que estanques.

Sonreí porque sabía exactamente a qué se refería.

—Bueno, el océano está aquí esperándote cuando estés preparada.

—Iré tarde o temprano, especialmente si sigues allí. Tengo que conocer a ese novio tuyo.

—Greg no es mi novio exactamente —negué—. No de momento, en cualquier caso.

—¿Sigue saliendo con otras personas? —preguntó Harper; sonaba confundida.

De hecho, estaba casi segura de que Greg seguía jodiendo con otras personas. No era precisamente el tipo fiel.

—Sí.

—¿Y tú? —inquirió Harper.

Dudé, preguntándome si sentirme tan puñeteramente atraída por el gemelo de su hermano contaba como una especie de infidelidad.

—No estoy viendo a nadie más.

—Si no ve el tesoro que eres, quizás no sea lo bastante bueno para ti —dijo Harper pensativa—. ¿Estás segura de que Marcus no está en lo correcto sobre este chico?

Yo puse los ojos en blanco.

—Marcus no tiene la razón en todo y no es asunto suyo entrometerse en con quién salgo, Harper. Es muy molesto.

—Creo que quizás te gusta Marcus —respondió ella—. Pasaste mucho tiempo con él mientras te recuperabas. Dijiste que era agradable contigo.

—No me gusta —insistí—. Y fue agradable entonces. Pero hace trampas jugando al ajedrez —gruñí.

Harper soltó una carcajada.

—¿Cómo se hacen trampas al ajedrez? Ay, Dios, ¿de verdad te ganó?

—Creo que cambió las piezas cuando no estaba mirando —expliqué, a sabiendas de que era una mentirijilla. Marcus había ganado limpiamente, pero yo era mala perdedora al ajedrez.

—¡Ganó! —Exclamó Harper en tono encantado.

—No suenes tan contenta al respecto.

—Necesitas a un hombre que te desafíe de vez en cuando —afirmó—. Eres demasiado inteligente para salir con un ignorante.

—Hablando de hombres perfectos, ¿cómo es Blake? —pregunté. Necesitaba cambiar de tema. Le contaba todo a Harper, pero, como Marcus era su cuñado, no me sentía cómoda sincerándome sobre cuánto me desconcertaba.

—Es increíble —dijo Harper con un suspiro de felicidad—. A veces me cuesta creer que haya vuelto a mi vida y que esté casada con él.

—Créelo. Fui tu dama de honor. Lo presencié.

—Lo sé. Pero sigue pareciendo surrealista. Solo desearía que tú y nuestros hermanos encontraseis la misma felicidad. Mason se ha vuelto muy cínico y me preocupa Jett después de lo ocurrido con Lisette.

—Le daría una bofetada a la muy zorra —confesé—. ¿Cómo dejas tirado a un chico al que quieres solo porque ha tenido un accidente y tiene unas cicatrices y cojera? El accidente no ha cambiado quién es en su interior.

—No lo amaba. Yo me alego de que haya salido de su vida —reconoció Harper—. Jett es demasiado bueno para ella. No había nada que no habría hecho para hacerla feliz y ella lo trataba como basura.

—¿Has tenido noticias de él? —Me preguntaba cómo iba el pequeño de mis hermanos mayores—. No he oído nada de él desde hace unos días.

—Tenía que hacerse otra cirugía menor. Pero hablé ayer con él y parecía estar bien.

Harper y yo nos pusimos al día sobre el resto de la familia y al final colgamos porque ambas teníamos cosas que hacer. Fui a la cocina y puse el teléfono a cargar. Acababa de enchufarlo cuando empezó a sonar.

Comprobé la identificación de llamada y se me aceleró el corazón al ver que era Greg quien llamaba. El subidón de adrenalina me recorrió el cuerpo, una sensación familiar porque la experimentaba cada vez que hablaba con Gregory Becker o lo veía. Inspiré profundamente y exhalé despacio para calmarme antes de contestar al teléfono finalmente.



Capítulo 7



Marcus

No había sido difícil conseguir entradas para el evento benéfico que se celebraba en un club sofisticado de Miami Beach donde nunca había estado. Todo lo que tuve que hacer fue desembolsar el dinero necesario para el boleto y conseguí entrar en la exclusiva fiesta, el lugar al que Gregory Becker entraría por la puerta con su cita en unos instantes. Por ahora, él no me interesaba. Estaba allí porque, por lo visto, Danica asistiría con él esa noche.

Evidentemente, ella no estaba preparada para seguir mi consejo, así que yo tendría que ser más asertivo y claro acerca de que se mantuviera alejada de Becker.

«¡Maldita sea! ¿Por qué tiene que ser tan terca? ¿Por dónde la tiene pillada Becker?», me pregunté, negándome a aceptar que era posible que ese imbécil le gustara.

Eché un vistazo por la sala de baile, que se estaba llenando de invitados rápidamente. Había tomado una mesa que me daba una vista perfecta de la única entrada a la sala y ya me había bebido más de una copa de *whisky* escocés mientras esperaba.

George me había llevado allí y estaría esperándome cuando quisiera irme, lo cual deseaba que fuera pronto. La gran sala estaba aclimatada, pero la humedad era implacable y el esmoquin empezaba a resultarme incómodo a medida que el lugar se llenaba a rebosar de invitados.

Sí, había asistido a bastantes eventos de este tipo, pero no solía asistir porque estuviera enfadado con una pelirroja cañón que no escuchaba mis consejos. Generalmente, tenía un motivo para asistir a un acontecimiento formal. De lo contrario, me limitaba a enviar un cheque a las organizaciones benéficas, que se contentaban con eso.

Me subió la presión arterial cuando Becker por fin entró por la puerta, con el mismo aire pretencioso que tenía las pocas veces que nos habíamos visto en el pasado. Pero la hipertensión me la provocaba la mujer a la que llevaba de malos modos, rodeándole la cintura a Danica con sus manazas como si fuera de su propiedad.

«¡Si alguien la posee, soy yo!». Ese pensamiento fortuito me dejó anonadado. Yo no era un tipo posesivo y nunca había querido a una mujer toda para mí. Claro que había tenido mis aventuras con mujeres. Mi apetito sexual siempre había sido sano. Bueno, lo era antes de que se me ocurriera besar a un ángel que me hacía sentir toda clase de emociones extrañas que nunca había experimentado.

En realidad, no quería poseerla, ¿verdad? Eso era enfermizo y retorcido. Tal vez, «poseer» no fuera la palabra adecuada, porque yo no tenía deseos de controlarla para ninguna otra cosa además de para apartarla del peligro. «De acuerdo. Sí. Tampoco quiero que ningún otro hombre la toque», pensé.

Después de observar a Dani durante unos segundos más, decidí que definitivamente, yo era un enfermo y un retorcido cuando se trataba de ella. El deseo de darle un puñetazo a Becker y apartar a Dani de él era tan fuerte como cuando entraron por la puerta. ¡Puede que incluso peor!

No ayudó recorrer la figura de Dani con la mirada. La conocía lo bastante bien como para darme cuenta de que su aspecto no era su estilo habitual. El vestido negro que llevaba era formal, pero tenía un diseño que abrazaba su figura y el dobladillo caía muy por encima de sus rodillas. De nuevo, volvía a llevar unos tacones de aguja negros ridículamente altos y tuve que dejar de pensar mal al preguntarme qué clase de lencería llevaría debajo de ese vestido calentapollas.

Llevaba el pelo en un elegante corte *bob* que realzaba el rojo de sus mechones flexibles. No tenía ni idea a qué venía tanto maquillaje. Por lo que había observado, no parecía la clase que llevaba capas y capas de pote en la piel. Sin duda, tampoco lo necesitaba para verse sensual. En realidad, lo único que tenía que hacer era respirar y se me ponía duro el pene. Estaba seguro de que cualquier chico con un deseo sexual sano sentiría lo mismo.

Hice un gesto a un camarero para que me trajera otro escocés. Dani permanecía en silencio junto a Becker; la expresión en su rostro no era lo que yo esperaba de una mujer emocionada de estar con su cita. Su sonrisa era débil y poco natural y su actitud era sumisa, lo cual yo sabía perfectamente que no era normal.

El evento estaba abarrotado y ella no se percató de mi presencia; era exactamente lo que yo quería. Me había situado así a propósito. Yo podía observarla a ella, pero ella no me veía.

Durante el último año, me había vuelto muy bueno acechándola sin ser detectado, algo de lo que no me enorgullecía precisamente. Pero había aceptado el hecho de que no lograba librarme del deseo acuciante de protegerla. La tendencia era demasiado fuerte, incluso para mí, como para reprimirla e ignorarla.

Al final, se trasladaron a la barra. Becker puso en la mano de Dani una bebida rosa y algodonosa y aceptó lo que supuse sería una ginebra de la mano del barista. Parecía que Becker era el único que hablaba, porque ella solo asentía obedientemente con la misma sonrisa falsa.

Por fin, dejó la bebida en la barra y se alejó sola. Era el momento que yo había estado esperando y la seguí discretamente. Ya que había estado viendo a mujeres entrar y salir del aseo, tuve que esperar a que la última que había visto entrar saliera antes de entrar yo.

Dani estaba secándose las manos cuando me colé por la puerta.

Me miró por encima. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, volvió la mirada hacia mí, atónita.

—¿Marcus? ¿Qué demonios haces aquí? Y no puedes estar aquí. Es el baño de señoras.

A mí no me importaba dónde estábamos. Todas habían salido del baño y yo necesitaba hablar con ella. Me crucé de brazos al apoyarme contra el lavabo. No iba a ir a ninguna parte.

—No hay nadie más aquí. ¿Por qué estás con él, Danica? Te advertí acerca de Becker. No estoy aquí sin motivo. Es peligroso.

—Y yo recuerdo haberte dicho que no iba a seguir tu advertencia, Marcus —respondió tensa.

Intentó esquivarme después de secarse las manos, pero fracasó miserablemente. Yo me moví para bloquearle la salida.

—¿Qué hay entre tú y Becker? ¿Tiene algún control sobre ti? Porque, desde luego, yo no creo que te lo estés pasando bien.

Ella se encogió de hombros.

—Está bueno. Es rico. Muchas mujeres quieren estar con él.

Mi determinación, tranquila, empezaba a flaquear. La clavé contra el tocador de granito en el que se situaban los lavabos, impidiendo que escapara.

—Y una mierda, Dani, y ambos lo sabemos. —Le rocé la mejilla con la mano—. ¿Cuántas capas de maquillaje llevas?

—A Greg le gusta que lo lleve así —protestó ella, empujándome del pecho—. Y a mí no me importa.

—¿Qué demonios necesitas de él que no tengas ya? ¿Qué está haciendo por ti? Me dijiste que no estás acostándote con él.

—No lo estoy. Pero puede que quiera estar con él —respondió airada—. ¿A ti qué coño te importa?

Mi capacidad de pensar racionalmente se vio desafiada y estaba tan encendido ante la idea de que podría querer acostarse con Becker que le acaricié el *sexy* y elegante pelo rojo mientras bajaba la cabeza antes de aterrizar con mi boca sobre la suya.

No fui delicado con ella, pero podía serlo. ¡Joder! Su sitio estaba en mi cama y no en la de Becker. ¡Nunca en la de Becker! Le daría cualquier cosa que necesitara para alejarse de ese gilipollas.

Lo sentí en el preciso instante en que se rindió al beso, su cuerpo derritiéndose contra el mío y sus brazos enredándose alrededor de mi cuello.

Todo sentido común me había abandonado cuando levanté la cabeza, respirando entrecortadamente como si acabara de correr una maratón. ¡Joder! No podía resistirme a esa mujer por alguna extraña razón. Quería reivindicarla como mía, pero no podía hacerlo allí, desde luego.

Mis manos descendieron por su espalda hasta aterrizar en su trasero bien torneado. Besé la piel sensible de su cuello mientras le levantaba la minifalda en un frenesí. Se me puso el pene duro como una roca al darme cuenta de que no llevaba casi nada debajo del vestido. Solo unas braguitas diminutas y un ligero para sujetar las medias transparentes.

Su gemido sin aliento de puro deseo estuvo a punto de hacerme perder el control cuando mi mano llegó entre sus muslos, donde mis dedos se encontraron con el calor sedoso bajo las bragas apenas existentes.

—¿Te hace sentir esto él, Danica? —pregunté en tono exigente, viendo como echaba atrás la cabeza a medida que acariciaba sus pliegues húmedos para jugar con el pequeño manojito de nervios que prácticamente suplicaba que lo tocaran.

—Marcus. Podría entrar alguien —dijo jadeante.

El tono gutural y necesitado de su voz cuando pronunció mi nombre hizo que el miembro me palpitate desesperadamente. Lo ignoré. No se trataba de mí. Sin embargo, ella tenía razón acerca de estar demasiado expuestos, así que tiré de ella rápidamente hasta uno de los servicios y cerré la puerta. El lujoso cubículo del baño se cerraba completamente excepto por la abertura superior. Ofrecía más intimidad, pero lo oiría si entraba alguien.

La espalda de Dani descansaba contra la pared de madera, su gesto crudo y confundido.

Yo le acaricié la mejilla.

—¿Te excita eso, Dani? ¿La idea de que puedan pillarte mientras te vienes?

Era aventurera. Yo ya lo sabía. Y, sinceramente, no me importaba un bledo si gritaba mi nombre cuando entrara alguien. Demonios, daría la bienvenida a que cualquiera supiera que era mía.

—No, es una locura —dijo con voz temblorosa.

—¿Lo es? —pregunté con los dedos de nuevo en su sexo.

Su cabeza volvió a golpear la madera, pero ella no pareció percatarse.

—Ah, Dios. ¿Por qué haces esto?

—Porque te deseo tanto como tú a mí, Danica. No quiero que Becker te toque. Quiero ser yo quien te haga venirte cada puñetera vez —carraspeé junto a su cuello.

Mi roce era firme en su clítoris, pero no lo suficiente como para hacerla caer al abismo. Estaba disfrutando demasiado viendo su placer como para que aquello terminara rápido.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? —dijo con voz temblorosa de pasión desatada.

—No tengo ni puñetera idea, pero ya no me importa —respondí con voz ronca.

La vi apoyada contra la pared, totalmente perdida en el deseo de llegar al clímax, las caderas apretando frenéticamente contra mi mano.

«¡Dios!», pensé. Era preciosa con el rostro relajado, los bonitos ojos llenos de deseo.

En cualquier otro lugar, la degustaría, me daría un festín con ella y después la jodería hasta que se desatara por completo. Pero no quería perder la noción de dónde estábamos ni las limitaciones que aquello implicaba.

Independientemente de lo que dijera, yo estaba seguro de que no se había acostado con nadie desde que la besé. Sabía por lo que había pasado a manos de los terroristas. Haría falta un hombre que comprendiera lo que necesitaba. Y ese sería yo.

Oí abrirse la puerta del baño y puse un dedo sobre sus labios. Le acaricié más rápido el clítoris, añadiendo la presión que ella anhelaba.

—Sí —susurró, consciente de que alguien había entrado al servicio, pero incapaz de contenerse totalmente. Se le cerraron los ojos y se mordió el labio inferior, intentando mantenerse en silencio desesperadamente.

Yo utilicé ese momento para introducirle el dedo en la vaina resbaladiza, a punto de gemir al ver lo apretado, húmedo y apetecible que era su vagina al tiempo que añadía un segundo dedo y la embestía mientras seguía jugando con su clítoris.

Tenía una mano en su trasero, acariciándole las nalgas expuestas porque llevaba una tanga muy seductora.

—¡Marcus! —suspiró con urgencia—. No puedo.

—Oh, sí, si puedes —le dije en tono áspero y grave.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y sentí que su cuerpo empezaba a temblar, muy cerca del desahogo.

Cuando abrió la boca y su cuerpo se tensó, dejé caer mis labios con fuerza sobre los de ella, tragando su grito cuando el orgasmo atravesó su cuerpo. Mi mano sobre su trasero la sostuvo, ya que sus piernas parecieron ceder. Levanté la boca y le besé la sien, extendiendo la mano hacia atrás para bajar la tapa del inodoro antes de ayudarla a sentarse encima.

Ella jadeaba sin aliento cuando saqué un pañuelo limpio del bolsillo de mi esmoquin, me agaché y le limpié el sudor de la cara con delicadeza.

Había escuchado el agua corriendo en el lavabo, y la invitada salió del baño, dejándonos solos nuevamente. Al menos, por ahora.

—¿Estás bien? —Le pregunté, preocupado de haberla presionado demasiado.

Ya no me tenía miedo, ni tenía miedo de su propia sexualidad. Saber que se había excitado sin pensar en lo que le había sucedido a manos de sus captores me dijo lo lejos que había llegado con la terapia.

Ella sacudió la cabeza y luego tomó el pañuelo de mi mano para secarse el cuello y la cara con suaves toquitos.

—No sé qué me ha pasado —confesó, todavía conmocionada.

—Te viniste —expliqué amablemente.

—No es así para mí.

—Tal vez sea lo que necesitas, Dani. Y no vas a conseguirlo con Becker —gruñí.

Ella se puso en pie de pronto, obligándome a enderezarme con ella.

—Ay, Dios —dijo con ansiedad—. Greg. Se pondrá furioso. Llevo aquí demasiado tiempo.

La tomé de los brazos y la sacudí ligeramente.

—No puedes seguir bailando a su son, Danica —farfullé, enfadado por su respuesta preocupada.

—Tengo que hacerlo —dijo en tono desesperado—. Necesito que confíe en mí.

—No, joder, no lo necesitas —dije enérgicamente—. No lo necesitas para nada.

—No lo entiendes —dijo en tono suplicante—. Tengo que volver.

—No vas a hacerlo —respondí—. No hasta que yo tenga respuestas. ¡Dios! Acabo de hacer que te vengas, Dani. ¿Y quieres volver corriendo con Becker? —Estaba a punto de perder los estribos.

—Necesito volver a la fiesta —respondió e intentando salir del cubículo con uñas y dientes.

La dejé marchar porque no podía soportar verla tan aterrorizada. No después de lo que había sufrido. Ella salió corriendo por la puerta e intentó arreglarse el pelo y el maquillaje rápidamente.

Por fin, dije.

—Vuelve. Vuelve con él. Pero estaré observando. No lo amas. Demonios, ni siquiera creo que disfrutes el tiempo con él. —Había visto cómo miraba a Becker y, sin duda, no era como me miraba a mí con ojos desesperados de pasión, suplicándome con la mirada que la hiciera llegar al orgasmo.

Salí del lavabo dando un portazo, más furioso que cuando había entrado para encontrar a Dani. «¡Dios!». Aquella mujer iba a hacer que me diera un infarto. Me deslicé en el asiento en mi mesa, con el pene aún tan duro como el granito.

Dani salió unos minutos después, buscando con la mirada a Becker hasta encontrarlo no muy lejos de donde yo estaba sentado. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no bloquearle el paso cuando su trasero sensual se fue acercando cada vez más. Pero, para mi sorpresa, se detuvo en mi mesa. Estaba buscando a Becker, pero él nos daba la espalda.

Sin perder un segundo, tomó mi copa de escocés de la mesa y se la bebió de dos grandes tragos antes de volver a colocarla sobre el mantel blanco impoluto.

—Odio las bebidas alcohólicas y rositas —musitó antes de ir con su cita.

Yo sonreí con superioridad. Tenía que admirar a una mujer que podía beberse así un buen *whisky* sin parpadear. Sin dejar de mirar a Dani, hice una seña al camarero para que me llenara la copa.



Capítulo 8



Dani

Greg estaba enfadado. Lo supe desde que me lanzó esa mirada al volver del baño en el evento benéfico. Había permanecido demasiado tiempo lejos de él y, cuando volví a su lado, estaba distraída. De acuerdo, estaba muy distraída.

No había sido fácil permanecer junto a mi cita cuando sabía que el tipo que acababa de provocarme un orgasmo alucinante hacía tan solo unos instantes estaba clavándome la mirada en la espalda.

«¿Qué bicho me ha picado en el servicio?», pensé. Había perdido todo control sobre mí misma y me había dejado llevar por el placer que Marcus me había proporcionado.

Mi cuerpo anhelaba el roce de Marcus tan desesperadamente que ni siquiera había pensado en mi cita. Me había nublado los sentidos y lo único que pude hacer fue montar una ola de deseo tan asombrosa que estaba bastante segura de que saldría bastante chamuscada. No me había recuperado del orgasmo explosivo y, ahora que Greg y yo habíamos vuelto a mi apartamento, sabía que él iba a desahogar un poco de su ira.

—¿De qué demonios iba lo de esta noche? —preguntó en tono airado cuando cerré la puerta del apartamento después de entrar ambos.

«Bueno, no ha tardado mucho», pensé.

—¿Quieres una copa? —pregunté educadamente mientras pasaba junto a él hasta la cocina.

Él me siguió.

—No, no quiero una puñetera copa. Quiero que me digas por qué estuviste tanto tiempo en el baño. ¿Cuánto se tarda en mear? Esta noche me he sentido como si estuvieras con otra persona, porque está claro que no has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho.

Di media vuelta para mirarlo, percatándome de que sus ojos echaban chispas de rabia.

—Estaba ahí. ¿Qué más quieres de mí? Nunca me han gustado las recaudaciones de fondos elegantes.

Siempre donaba dinero de buena gana, pero prefería hacerlo en privado. No necesitaba la adoración pública por donar dinero a una buena causa como Greg parecía ansiarla.

Me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás.

—Quiero todo lo que tienes —dijo con amargura—. No quiero que estés con la cabeza en otra parte cuando te hablo.

—Greg, eso duele.

—Me da igual si duele. Quiero que duela. Quizás así recuerdes a quién respondes y con quién estás.

Su mirada venenosa empezaba a asustarme, pero no quería que lo supiera.

—Suéltame. —Intenté que no me viera sudar.

Por suerte, por fin me soltó el pelo, pero yo no me esperaba la fuerte bofetada que me dio con el dorso de la mano en la cara. Sentí que la mejilla me explotaba y se me fue la cabeza a un lado. Se me llenaron los ojos de lágrimas del dolor. No se había contenido. Había soltado toda su fuerza.

Me llevé la mano a la cara y di un paso atrás.

—¿Por qué has hecho eso?

Él me miró con desdén.

—Porque puedo —respondió en tono sombrío—. Soy tu puto amo, Dani. ¿No lo has descubierto a estas alturas? Estoy a cargo de cualquier mujer con la que salgo.

—Me he puesto lo que querías. He hecho lo que querías —le recordé.

—Pero no tenía toda tu atención. ¿La tengo ahora?

Lo miré y asentí porque no me creí capaz de aguantar otra bofetada como la que acababa de recibir.

—Bien —respondió en tono engreído—. Creo que es hora de que te joda. Ya estamos tardando. Estate en mi casa el próximo viernes por la noche y ponte algo *sexy*.

Tragué un nudo en la garganta y me mantuve en silencio a medida que él avanzaba y me acariciaba la mejilla dolorida.

—No quería tener que hacerte eso —dijo con una voz espeluznantemente tranquila—. Tú me has obligado. No puedo perder el control de nada, especialmente de mis mujeres. Yo no comparto, Dani. Nunca compartiré.

Yo no podía decir precisamente que no tenía que compartir. Lo cierto era que lo único en lo que había pensado durante toda la noche era Marcus.

Sus dedos presionaron mi pómulo palpitante de manera sádica.

—Eso dejará mi marca —caviló—. Me gusta. Tendrás la cara azul y negra por mi mano.

«¡Dios!». Esperaba que aquello fuera suficiente. Había sufrido peores palizas a manos de los terroristas. Mucho peores. Pero era mucho más difícil lidiar con el maltrato de alguien cuando no era prisionera.

Dejé escapar un suspiro silencioso de alivio cuando dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—El próximo viernes. Estate allí o vendré a buscarte y no será agradable para ti —me amenazó.

—Estaré allí. ¿A qué hora?

Pareció sopesar mi pregunta durante un momento antes de responder.

—A las ocho. Sé puntual y haz planes para pasar la noche allí. Normalmente, mis chicas no son capaces de irse cuando he terminado con ellas. Me gusta duro. Muy duro.

Me encogí por dentro, pero por fuera no di muestras de reaccionar a su comentario. Estaba bastante segura de que manejaba a sus mujeres en la cama igual que hacía fuera de ella. Lo seguí despacio hasta la puerta y después la abrí para él.

—Hasta entonces —musité.

Me lanzó una mirada totalmente desprovista de emoción.

—No me decepciones. Odio que me decepcionen.

—No lo haré —accedí con resignación.

Sabía que Gregory Becker tenía una faceta muy dura cuando decidí salir con él. Nada de lo que estaba ocurriendo debería sorprenderme, pero contrastaba fuertemente con lo ocurrido con Marcus.

Él se volvió y salió por la puerta. Yo cerré con un suspiro apesadumbrado.

Mi primera prioridad era ir a la cocina y tomar una bolsa de hielo para la cara. Dolía muchísimo y ya no estaba acostumbrada a recibir palizas. Podría haber sido mucho peor, pero el impacto explosivo de su mano al chocar con mi rostro estaba haciendo que me palpitase la mejilla. Sostuve el hielo contra la cara y me quité de una patada los tacones altos, que me estaban destrozando los pies.

Lo único que quería era limpiarme las capas de maquillaje de la piel, quitarme el vestido apretado que llevaba y darme un baño caliente.

No quería pensar en lo que había dicho Greg. Quería recordar lo que Marcus le había hecho a mi cuerpo y cómo había respondido yo. Sí, sabía que no podía volver a permitir que ocurriera algo parecido con Marcus, pero me había sentido más viva encerrada en ese baño que hacía mucho tiempo.

—No le entiendo —musité para mí misma. Marcus podría haberme jodido fácilmente contra la pared del baño, pero lo único que había hecho era hacer que me viniera. ¡Intensamente! Era casi como lo que había dicho él, que realmente le daba un enorme placer verme llegar al orgasmo—. ¿Qué clase de hombre hace eso? —me pregunté.

Solo había una respuesta: Marcus Colter.

Había estado tan perdida en su aroma, en su sabor, en la pasión de su beso y en la sensualidad cruda del momento que él podría haberse dado placer a sí mismo fácilmente. Pero no lo había hecho.

El resto de la velada había sido incómodo y no tenía la cabeza en la cita. Greg había tenido que repetirse varias veces y mi mente se apartaba de las conversaciones superficiales que él estaba manteniendo con otros invitados.

Podía sentir a Marcus observándome, aun cuando le daba la espalda. Seguía en la misma mesa donde había estado sentado toda la noche cuando Greg y yo salimos del evento.

Justo cuando me dirigía a la ansiada bañera para preparar el agua, sonó el timbre de la puerta. Se me aceleró el corazón al pensar que Greg había vuelto a por otra ronda de maltrato. Dejé caer la bolsa de hielo en la mesilla junto al sofá.

Después de acercarme a la puerta, la abrí con cautela, preparada para lo que Greg fuera arrojarme esta vez.

—Marcus —dije sin aliento. Mi cuerpo se debilitó de alivio, feliz de no tener que volver a enfrentarme a Greg. Le dejé entrar y cerré la puerta deprisa a sus espaldas, percatándome de que todavía llevaba el esmoquin.

—¿Estás bien? —inquirió con voz ronca.

—Sí, estoy bien —contesté—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesitaba hablar contigo —me dijo con urgencia—. Dani, de alguna manera necesito hacerte entender que no necesitas a Becker. No quiero verte lastimada.

El tono ronco y preocupado de su voz estuvo a punto de hacer que me desmoronase. Lo miré suplicante.

—Por favor, Marcus, ahora no.

No podía lidiar con más conflicto. Aún tenía dificultades con algunos problemas derivados de mi secuestro y seguía agitada por el trato de Becker de hacía unos instantes.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó con voz atterradoramente airada.

Yo di un paso atrás para alejarme de él, pero Marcus avanzó, envolviéndome la cintura mientras me inclinaba el rostro hacia arriba.

—Dani, ¿te ha pegado ese cabrón? —Sus dedos me recorrieron la mejilla ligeros como una pluma.

—No pasa nada. Le he hecho enfadar —dije intentando apartarme, no porque me doliera su roce, sino porque Marcus me afectaba de maneras que yo no comprendía.

—Voy a matarlo —gruñó, los ojos grises remolinos de furia—. ¡Qué cojones! ¿Por qué permites que ocurra, Danica? Hazme entenderlo y luego iré en busca de ese capullito.

Yo sentía la tensión en su cuerpo y sus ganas de salir corriendo por la puerta para perseguir a Greg.

—Marcus, no. No puedes hacerle frente ahora mismo.

—Oh, sí. Claro que puedo, y lo haré. Solo un puto cobarde abofetea a una mujer a la que le dobla el tamaño —despotricó—. ¿Y a quién le importa una mierda si se enfadó? Eso no es excusa. Nunca hay excusa para tocar a una mujer con intención de hacerle daño de ninguna puñetera manera. Yo me enfado. Mis hermanos se enfadan. Tus hermanos se enfadan. Mis amigos se enfadan. Lo que no hacen es darle un puñetazo en la cara a una mujer.

—No me dio un puñetazo. Me dio una bofetada.

—El mero hecho de que te tocara es un buen motivo para perseguirlo. No puede hacerte daño así, Dani. ¡Dios! ¿Sabe por lo que has pasado? ¿Le importa siquiera?

—No —dije en voz baja—. No a todo. No me conoce en realidad. Se me escapó un sollozo. Luego otro. Y luego otro. Empezaron a fluir las lágrimas libremente en un río por mi cara—. No me dejes ahora. No vayas a buscarlo —supliqué.

—Dame una buena razón por la que no deba hacerlo —gruñó. Dudaba y su mano subía y bajaba por mi espalda en caricias reconfortantes.

—Porque yo te necesito más —dije en tono indefenso, abrazándome a su cuello, consciente de que necesitaba desprenderme de mis secretos y compartirlos.



Capítulo 9



Dani

Sollozar sin pensar no era algo a lo que estaba acostumbrada, pero parecía muy fácil dejar que sucediera cuando Marcus me abrazaba y su cuerpo firme me hacía sentir a salvo. Me levantó fácilmente y se sentó en el sofá, abrazándome en su regazo mientras yo liberaba toda mi pena, frustración y miedo.

No hizo preguntas. No intentó hacer que dejara de llorar. Lo único que hizo fue sostenerme y reconfortarme, dándome algo que nunca había tenido.

—Odio llorar —reconocí finalmente con hipo.

Su boca junto a mi oído dijo en tono de sorna:

—Para ser algo que odias, parece que lo haces demasiado.

Yo sonreí un poco, pensando que era el típico comentario de Marcus. Pero había un hilo de bondad en el tono jocoso y eso me hizo sentir protegida. Sinceramente, Marcus hacía que me sintiera a salvo para ser yo misma y ahora mismo lo necesitaba de veras.

—Creo que ya he terminado.

—De todas formas, eres libre de seguir —respondió secamente—. Tener tu trasero torneado rodeándome la verga no me molesta en absoluto.

—Eres un perverso total —lo acusé mientras me frotaba los ojos lentamente.

—No, Dani. Estoy preocupado por ti.

Esas cuatro sencillas palabras me partieron el corazón. Estaba acostumbrada a viajar, a cuidar de mí misma. Estaba sola. Siempre sola. Había tenido una relación en la universidad e intentado tener un vínculo con un corresponsal, pero no había terminado bien. Ambos viajábamos tanto que rara vez nos veíamos y parecía más bien una amistad con derecho a roce. Terminamos rompiendo y nunca lo había vuelto a intentar siquiera. ¿Qué sentido tenía? Siempre estaba en movimiento y ninguna relación tendría una oportunidad cuando viajaba tanto.

La mayor parte del tiempo no me importaba ser independiente. Estaba acostumbrada a ir sola. Pero, desde que Harper había encontrado a Blake y después de haber estado cautiva de un grupo de rebeldes despiadados, reconocí el vacío en mi alma. El problema era que no podía llenarlo simplemente estando con alguien. Muchas veces, estaba en una habitación repleta de gente, pero aun así me sentía sola. Nunca me había dado cuenta de cuánto anhelaba a esa persona que me hiciera sentir que no estaba sola.

Mis experiencias vitales me habían cambiado y parecía incapaz de volver a ser totalmente como era antes del secuestro. Supongo que mis prioridades cambiaron con mi personalidad.

—No tienes que preocuparte por mí —discutí. Sabía que podía moverme ahora que había dejado de llorar, pero el aroma y el tacto de Marcus me hacían sentir tan bien que ni siquiera lo intenté.

Sus brazos me estrecharon con más fuerza.

—Joder, Dani, estás saliendo con un sociópata que acaba de dejarte un moratón en la cara de una bofetada. —Me acarició el pelo con la mano antes de añadir—: Lo cual me recuerda que hay que curar esa mejilla.

—Tengo hielo —le informé, estirándome hacia la mesilla para tomar la bolsa fría.

—Deja que la sujete yo —farfulló apoyando la bolsa con delicadeza sobre mi cara antes de deslizarme lentamente sobre el sofá para poder levantarse.

—¿Dónde vas? —Detestaba que mi voz sonara ligeramente aterrada.

—Necesitas tomar algo para el dolor y la inflamación. ¿Tienes eso aquí?

Había movido la mano para sujetar la bolsa sobre mi rostro y, cuando fui a levantarme, él protestó.

—Quédate ahí —exigió—. Lo encontraré.

Intenté no percatarme de que el hosco instinto protector de Marcus era una de las mejores cosas que había experimentado desde el secuestro. Quizás no debería parecerme tan dulce. No era como si estuviera utilizando sus encantos, porque en realidad no era muy encantador. O quizás no lo fuera con la mayoría de la gente. Pero a mí me parecía prácticamente irresistible. Las palabras y los gestos vacíos no eran su estilo, lo cual hacía de su instinto protector algo desgarradoramente adorable.

Lo dirigí hacia el armario de la cocina. No veía su rostro cuando abrió la puerta, pero lo oía rebuscando impacientemente entre los productos hasta que encontró lo que quería. Me trajo un ibuprofeno y un vaso de agua con hielo.

—Nadie ha cuidado de mí en mucho tiempo —mencioné al aceptar lo que me ofrecía y tragaba la pastilla obedientemente.

—Empiezo a pensar que necesitas un puñetero guardaespaldas —dijo en tono contrariado al volver a sentarse a mi lado en el sofá para acogerme entre sus brazos y encargarse de sostener la bolsa de hielo.

Yo suspiré mientras recogía los pies bajo mi cuerpo y me apoyaba sobre él.

—¿Vas a presentarte al puesto?

—Ni hablar. Probablemente mataría a cualquiera que se te acercara a tres metros. No puedo ver esto, Danica. No puedo ver que alguien vuelve a hacerte daño —respondió en tono ronco y molesto—. Casi me mata ver lo que te habían hecho los rebeldes y no puedo sacarme de la puñetera cabeza las imágenes de ellos maltratándote. Sé que cometiste un error al cruzar la frontera, pero lo hiciste para salvar a unos adolescentes estúpidos. Lo entiendo. Pero ¿por qué demonios permites que Becker te haga esto? ¿Por qué?

Yo tomé una profunda bocanada y la solté despacio antes de responder.

—Tardé un tiempo en recomponerme cuando volvimos a Estados Unidos. Recibí terapia intensiva, pero sufría síndrome de estrés postraumático y ansiedad. Estaba tan mal que me daba miedo casi todo y casi todo el mundo al principio.

—Es comprensible —comentó Marcus—. Cualquiera habría sentido lo mismo.

—Pero yo lo detestaba. Nunca he tenido miedo de nada. Viajaba sola por todo el mundo.

—Decididamente, eres intrépida —convino él.

—No, Marcus, era intrépida —dije—. Ahora tengo que obligarme a aceptar el miedo que nunca había sentido antes. He progresado mucho con la terapia y, después de estabilizarme un poco, recordé algo que había oído durante mi cautiverio. Lo recordé después de superar el trauma inicial.

—¿Qué?

—Te dije que hablo y entiendo árabe, ¿verdad?

—Sí.

—Los terroristas mencionaron el nombre de Gregory Becker. Marcus, está ayudando a financiar a los rebeldes. Está blanqueando fondos para ellos. Y me refiero a muchísimo dinero. Lo consideran su líder en su guerra para hacerse con territorio porque él es el dinero que hay detrás de ella. Sus negocios asquerosos como el tráfico de personas y de drogas ayudan a llevar a los rebeldes a más y más regiones.

Marcus no puso en duda mi conocimiento.

—¡Santo Dios! ¿Por qué? Había oído que financiaba a terroristas, pero nunca lo comprendí. ¿Qué demonios tiene que ganar? —carraspeó.

—Dinero y poder —le dije—. Cree que los rebeldes van a hacerse con el control, lo cual le dará a él control sobre el petróleo y los recursos. No le importa una mierda su motivación. Lo único que quiere es ser el rey de los recursos que lo conviertan en el hombre más rico de la tierra. Es una locura, pero eso es lo que piensa.

—Entonces, ¿por qué estás con él, Dani? Si escuchaste esto, ¿qué haces aquí? ¿Por qué querrías estar con un imbécil como él?

Yo suspiré, consciente de que era hora de ser franca con Marcus.

—No podía recuperar mi gancho con Oriente Medio, así que decidí conseguir un reportaje exclusivo aquí, en mi propio país. Hay que detenerlo. Y nadie logra conseguir las pruebas para condenarlo. He oído que lleva un registro de todas sus transacciones ilegales para saber cuánto dinero se ha canalizado a los terroristas y por qué método o empresa fantasma. Si encuentro ese diario, tendré la información para hacer que lo encierren para siempre. La financiación a los terroristas terminaría y él no podría seguir haciendo que mujeres caigan en la trampa de la prostitución o la trata.

—¡Joder! ¿Planeabas desenmascararlo misma? —estalló Marcus.

—No exactamente. Iba a llevarle la información a las autoridades y a publicar la exclusiva el mismo día que lo arrestaran. Evidentemente, tendrían que localizar pruebas más sustanciales que simplemente un diario. Pero ese registro les daría la información que necesitan para hacerlo.

—¿Entonces no amas a Becker?

Intenté sacudir la cabeza contra su hombro.

—No.

—¿Por qué dijiste que lo necesitas?

—Lo necesito. Tengo que ganarme su confianza. Por fin me ha pedido que vaya a su casa, así que puedo acceder a su despacho allí y conseguir lo que necesito.

—¿No te gusta estar con él?

—Me gusta estar con él tanto como estar en una habitación cerrada con llave llena de serpientes venenosas —dije estremeciéndome—. Apenas puedo estar a su lado. No lo soporto cuando me toca y tengo que reprimir el odio cuando me besa.

—¿Ese cabrón te ha besado? —preguntó Marcus en tono enojado.

—¿Qué elección tenía aparte de fingir que me excita? Pero cada momento de ello ha sido pura tortura. Sin embargo, si puedo ayudar a derribarlo, merecerá la pena.

—¿Y la ropa?

—El elige exactamente qué aspecto quiere que tenga. Becker es un controlador. Por desgracia, le gusta la ropa de puta. Es un imbécil que se cree dueño de todas las mujeres con las que sale o jode. No tiene ni un gramo de decencia, Marcus y, créeme, la he buscado. Es pura maldad.

Sentaba bien contarle a alguien por fin por qué estaba intentando acercarme a Becker, pero sabía que provocaría complicaciones.

—Me siento aliviado de que no hayas perdido el sentido común por completo y de que veas a Becker como lo que es, pero no puedes hacer esto sola. Y no puedes volver a verlo, Danica. A partir de ahora el maltrato solo empeorará y estás volviendo a poner tu pellejo en peligro... otra vez.

—No voy a renunciar. Ya me he acercado a él, lo bastante como para conseguir la información que necesitamos para encerrarlo.

Sabía que tenía que contarle la verdad a Marcus. Se lo merecía. Me había salvado la vida y no quería que siguiera pensando que estaba sometiéndome a un lunático desquiciado. Esperaba que, si le contaba la verdad, dejara de darme la lata con que no volviera a ver a Becker. Por lo visto... no.

—Vas a renunciar. Si hace falta, te secuestraré yo mismo —dijo en tono exigente.

Me puse en pie y lo miré a los ojos.

—Inténtalo. No voy a moverme. Hay demasiadas vidas en juego. Hay que pararle los pies a Greg. Está sediento de poder y las cosas podrían ponerse mucho peor de lo que están. ¿Qué pasa si decide que necesita ganar más terreno, más guerras? Es un experto en cubrirse las espaldas. Es desconfiado, paranoico y muy retorcido. Evidentemente, es sospechoso desde hace mucho tiempo, pero nadie ha podido derribarlo. Las autoridades necesitan información, datos que yo puedo proporcionarles si los consigo.

—Así que, ¿vas a ir sin más a su casa, a joder con él y a buscar la información después?

Sacudí la cabeza lentamente.

—No creo que pueda permitirle que me toque así. Creo que vomitaría. Tengo que pensar en otra manera.

—Me vuelves loco, mujer. Primero, te rescato de las manos de una gente que habría terminado matándote y ahora te metes hasta el cuello en casa. Esto es arriesgado y peligroso.

—Puedo lidiar con esto, Marcus. Sé que puedo. Tengo que hacerlo para demostrar que aún puedo hacer algo importante. Cuando no pude volver a Oriente Medio, lo echaba de menos. Allí sentía que estaba contando historias importantes. Quería que la gente comprendiera el sufrimiento humano que se está produciendo en la región. Lo que hacía significaba algo por entonces, y aunque fuera un poco peligroso, sacar información de esas zonas era vital. He perdido eso. Ahora quiero hacer algo que vuelva a ayudar a la gente. Quiero dejar de tener miedo y hacer algo útil.

—No vas a hacer esto sola —insistió atrayendo mi cuerpo contra el suyo una vez más—. No puedo verte asumir esa clase de riesgos.

—No tengo elección. Hasta que consiga la información, nadie podrá tocarle un pelo. —Suspiré—. Tengo una amiga que conocí aquí, en Miami. Estaba viviendo en la calle y la recogió lo que creo que es una red de trata de personas de Greg. La atrajeron contándole que la ayudarían a empezar de nuevo con un trabajo, alojamiento y comida. Ahora le dicen que les debe dinero y que no puede marcharse hasta que les pague. Estos cabrones hacen presa de las personas más vulnerables. Ruby era joven. Ni siquiera ha cumplido los veintitrés todavía y quieren subastarla para que un ricachón pueda usar su cuerpo. Esto lo convierte en algo mucho más personal para mí. Y lo peor es que no puedo acogerla. No puedo ayudarla y traicionar la confianza de Greg ahora

mismo. Pero algo tiene que ocurrir pronto. Tengo que rescatar a Ruby y para lo único para lo que servirá el dinero es para fortalecer a los rebeldes.

—¡Dios! Qué terca eres, maldita sea. ¿Por qué no puedes entender que nunca permitiré que hagas esto sola? Entiendo por qué quieres hacerlo, pero es un riesgo que no puedes asumir tú sola. Y no puedes volver a encontrarte con Becker. Si veo en ti el menor rasguño, perderé los estribos.

—Pelearé con él. No me contendré ni permitiré que vuelva a hacerme daño. No puedo. No es bueno para mi psique.

—Eso no basta. Voy a ayudarte, Dani. Y será conforme a mis condiciones.

Yo me alarmé.

—Marcus, no puedes. Ya es lo suficientemente peligroso para mí, pero seguirlo es suicida. Mataría a cualquiera que intentara sacar a la luz sus trapos sucios.

—No sospechará de mí —dijo él con indiferencia.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque hay cosas que tú tampoco sabes de mí, Dani, cosas que no sabe nadie excepto mi familia.

—¿Qué? —pregunté sin aliento porque su voz se había tornado muy sombría de repente.

—Tengo el conocimiento y la experiencia para ayudarte a atrapar a Becker.

—¿Cómo?

—Porque llevo mucho tiempo recopilando información. No soy únicamente un empresario internacional.

Permanecí en silencio, esperando su explicación.

Él prosiguió en tono realista:

—También soy espía.



Capítulo 10



Dani

«¿Espía? Que Dios me ayude», pensé. Nunca había creído que Marcus alucinara, pero lo que acababa de decir no tenía sentido.

—¿A qué te refieres? —pregunté dubitativa.

Él respondió con calma.

—Me refiero a que trabajo con el gobierno de Estados Unidos para recopilar información de todos los países que visito. Tengo una red de contactos y consigo la información que puedo para proteger la seguridad nacional.

—La inteligencia es asunto de la CIA —respondí yo, aún preguntándome adónde quería ir a parar con aquella conversación.

—Técnicamente, no estoy en nómina en la CIA. Soy agente especial porque elegí serlo.

Recordé como un destello todos los lugares donde había visto a Marcus en el pasado. Se me había ocurrido muchísimas veces que no necesitaba ponerse en peligro, pero estaba en todas las zonas de conflicto del mundo.

«¡Santo Dios! ¿Será verdad lo que dice?», me pregunté.

—¿Có-cómo? —tartamudeé, aún incapaz de reconciliarme con la idea del Marcus empresario y un Marcus como una especie de James Bond. Aunque no era como si la CIA realmente trabajara como se la representaba en las películas, pero aun así...

Él se encogió de hombros.

—No es gran cosa. Principalmente recopilo información y nunca se ha sospechado realmente de mí porque viajo por todo el mundo para hacer negocios.

—Marcus, lo haces en países extranjeros donde podría matarte cualquiera que averigüe que has estado compartiendo su información —dije atónita de que un hombre tan rico como Marcus arriesgara el pellejo de aquella manera.

—No suelo publicar a los cuatro vientos lo que hago —respondió secamente.

—Es peligroso —protesté yo—. ¿Quién te respalda?

—Nadie. Solo respondo a los altos funcionarios del gobierno. Nadie más lo sabe.

—¿Qué piensa tu familia de estas actividades extracurriculares? ¿Les has contado que vas de James Bond cuando viajas al extranjero?

Él soltó un suspiro masculino.

—En primer lugar, los agentes especiales no vamos de James Bond. A veces es realmente aburrido, en realidad.

—¿Llevas pistola? —lo reté.

—Por supuesto. Pero mucha gente lo hace.

—Marcus, no me engañes. Husmear en algunos países del tercer mundo podría hacer que te asesinaran.

—Ser corresponsal internacional puede ser igual de malo. Si mal no recuerdo, yo saqué tu precioso trasero de una situación bastante fea.

En eso tenía razón. Mi trabajo me había acercado demasiado al frente en ocasiones.

—Lo hacía por una causa. La gente tiene que saber lo que ocurre en el mundo.

—Y yo hago lo que hago por mi país. Odio la política y no me gusta estar envuelto en las mierdas de Washington. Por eso son discretos con respecto a mi ayuda. Yo no duraría ni diez minutos haciendo el trabajo de Blake como senador. Ahora mismo, el país no va por delante del partido para la mayoría en Washington. Todo se trata de dinero. Le daría un puñetazo a alguien en la cara si tuviera que pasar mucho tiempo en Washington.

Intenté no sonreír porque estábamos hablando de algo muy serio, pero me imaginaba a Marcus perdiendo la paciencia en un santiamén en el barrio del Capitol. No tenía la personalidad para ese ambiente.

—No has respondido mi pregunta sobre tu familia. ¿Lo han sabido siempre? ¿Cuánto tiempo llevas siendo agente? —inquirí, deseosa de saberlo todo a la vez. Sinceramente, su revelación me había dejado boquiabierta. No es que no creyera que Marcus no tenía agallas para esa clase de trabajo, pero era una parte de él que nunca había visto y estaba fascinada.

—No lo sabían hasta hace poco. Tuve que contárselo cuando una de mis investigaciones se acercó demasiado a casa.

Escuché atentamente mientras me contaba cómo su hermano Tate y una agente del FBI se habían visto involucrados involuntariamente en un trato de tráfico de armas.

—¿Entonces Tate terminó casándose con la agente? —inquirí cuando terminó la historia. Yo no había vuelto a Colorado desde había años, así que no tenía ni idea de qué estaban haciendo los Colter. Jett me hablaba de Marcus de vez en cuando, pero aparte de alguna mención de pasada a la familia por parte de mi hermano, yo no sabía nada.

—Sí. Me alegro de que conociera a Lara. Es buena para él, pero nunca me he perdonado realmente el que ambos estuvieran a punto de terminar asesinados. Desde entonces, nunca hice nada que pudiera poner en peligro a nadie de la familia ni remotamente. Si no puedo manejar la situación fuera del país, no me involucro. Siento que le debía a mi familia informarles de qué estaba haciendo.

—¿No se preocupan?

—Todo el jodido tiempo —respondió con voz contrariada—. A mi madre le aterra que alguien me mate cada vez que me voy.

—¿Puedes culparla? Te quiere.

—Tate era miembro de las Fuerzas Especiales. Eso era mucho más peligroso que lo que hago yo.

—De haber sabido lo que hacíais tú y Jett con la ORP, yo me habría puesto nerviosa cada vez que os marchabais —dije sinceramente.

Mi hermano había mantenido su implicación en la ORP en secreto hasta la misión donde resultó herido, cuando el equipo dejó de funcionar. Si hubiera sabido que estaban entrando a hurtadillas

en territorio peligroso para rescatar a prisioneros políticos, sé que tanto Harper como yo nos habríamos muerto de preocupación.

Ahora tenía sentido el que Marcus organizara la ORP. Evidentemente, había adquirido sus habilidades de operaciones encubiertas durante sus años espionando a otros países.

—Salvamos vidas —afirmó—. Pero dudo que deje de sentirme culpable por las heridas de Jett. Es el único que probablemente nunca se recupere del todo. Siempre llevará las cicatrices.

Vi la tensión en su mirada y estiré el brazo para relajar las arrugas de su rostro.

—No lo hagas. No puedes cambiar el pasado. Fue un accidente. Está vivo. No fue culpa de nadie, Marcus. Salvasteis vidas y Jett me dijo que volvería a hacerlo.

Tomó mi mano en la suya y se llevó ambas al muslo.

—Él me ha dicho lo mismo varias veces. Pero perdió todo lo que significaba algo para él.

—Perdió a Lisette y eso fue lo mejor que pudo pasarle. No lo amaba. Habría terminado infeliz.

—Sí. Y tengo entendido que ella se ha metido en problemas. Algo de un fraude fiscal —mencionó de pasada.

Le lancé una mirada de curiosidad.

—¿Fraude fiscal? ¿Cómo lo sabes? ¿La conoces?

—No. Nunca la he visto. Pero tengo un amigo en el Servicio de Rentas Internas. Parece que no ha sido del todo sincera en cuanto a pagar sus impuestos.

—¿La has metido en problemas? —pregunté incrédula.

—Por supuesto que no. Es ella quien no pagó sus impuestos. Debe de ser difícil ahora que Jett ha cerrado el grifo.

Me resultó gracioso que Marcus compartiera aquella información sin siquiera mostrar sus cartas. De no saber que él había instigado la investigación a Lisette, juraría que era completamente inocente.

—Qué malo eres —le dije, feliz en secreto de que la mujer que había dejado abandonado a mi hermano de manera tan cruel estuviera ahora en un lío—. Sinceramente, me alegro de que pague de alguna manera por lo que le hizo a Jett.

—Pagaré, ya lo creo —observó Marcus en tono informal.

El mero hecho de que intentara vengar a Jett era alucinante. Nunca había visto ese lado de Marcus. En realidad, no lo conocía en absoluto. Su arrogancia me molestaba a veces, pero si espionaba a países extranjeros, debía tener unas agallas de acero.

—Gracias —dije en voz baja.

—Jett es mi amigo —afirmó llanamente—. Y ahora tenemos que dejar de hablar de mí y volver a este asunto de Becker.

—No puedo renunciar, Marcus. Y no se trata de la exclusiva. Hay que pararle los pies a Becker por muchas razones. —Las personas como Ruby y todas aquellas a quienes Greg estaba poniendo en peligro necesitaban que alguien peleara realmente por ellas. Si yo podía ayudar a encerrarlo, lo haría.

—Lleva mucho tiempo en nuestro radar. Pero, sin pruebas firmes, no podemos hacer demasiado. Es un cabrón escurridizo —farfulló Marcus.

—Es un paranoico —convine—. Es muy quisquilloso con eso de prepararse para cualquier imprevisto.

—¿Qué planeas? —preguntó descontento.

—Voy a poder entrar en su casa el próximo viernes. Quiere que lo vea allí por la noche. De alguna manera tengo que colarme en su despacho. Creo que allí es donde guarda los registros de

sus transacciones no comerciales. Si logro conseguirlos, podrán rastrearlos y confirmarlos rápidamente.

Marcus tomó la bolsa de hielo que yo había dejado escurrir y volvió a sostenerla con delicadeza sobre mi mejilla.

—Todo esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad? Becker es un criminal internacional y nunca ha dudado de eliminar a nadie que se haya interpuesto en su camino.

Yo asentí.

—Lo aprendí por las malas.

—¡Dios! Odio esto, Dani. Odio que te relaciones con él. Odio que te pongas en peligro. Odio a ese cabrón que te ha pegado y no poder matarlo por ello. El mero hecho de que te haya tocado de cualquier manera me vuelve loco —terminó con un gruñido.

El corazón me golpeaba el pecho, la mirada intensa en el rostro de Marcus recordándome nuestro encuentro previo.

—Entonces, ayúdame —supliqué, a sabiendas de que podría utilizar su pericia. Estaba metida hasta el cuello y era lo suficientemente inteligente como para saberlo. No quería que se implicara, pero sabía que era la única manera en que no sabotearía mis esfuerzos.

—Voy a hacer más que ayudarte. Voy a ser tu compañero. Y si haces una sola cosa con la que no esté de acuerdo, saldrás de allí —exigió.

—Vale —musité, dispuesta a aceptar sus términos. No me cabía duda de que podía ejecutar un plan mejor que yo.

—Aún deberías estar recuperándote, no poniéndote en otra situación peligrosa —murmuró enojado.

Yo le lancé una sonrisa débil.

—Supongo que nunca se me ha dado bien estar mano sobre mano.

—Me aseguraré de que no resultes herida y luego insistiré en que te tomes un descanso. No ha pasado tanto tiempo desde que estuviste a punto de morir, Danica. Necesitas tomarte unas vacaciones, tanto si quieres como si no. Puedes encontrar algo mucho menos peligroso que hacer.

No permanecer ocupada solo servía para recordarme cuánto me había aislado. Antes, pasaba tanto tiempo persiguiendo reportajes que nunca pensaba realmente en lo sola que me sentía. Claro que tenía unos hermanos geniales, pero todos estaban ocupados con sus propias vidas.

—El tiempo libre se hace muy solitario —reconocí antes de poder contenerme.

El brazo de Marcus serpenteó mi cintura y me atrajo contra su cuerpo muy firme y cálido.

—Ya no estás sola, Dani —afirmó con voz ronca.

Absorbí su calor, empapándome en él como una esponja. Sinceramente, tal vez la razón por la que Marcus y yo discutíamos tanto en el pasado era que ambos nos parecíamos mucho de muchas maneras. Ninguno de nosotros había tenido nunca a nadie en quien apoyarse o con quien hablar de cómo nos sentíamos. Ambos habíamos dejado de lado las emociones como si no fueran importantes.

El problema era que yo ya no podía seguir ignorando cómo me sentía. Apoyé la cabeza contra su hombro e inspiré su aroma masculino, sintiendo que realmente no estaba sola. Al menos, durante un tiempo.



Capítulo 11



Marcus

—Oye, amigo, ¿qué le pasa a mi hermana pequeña? —preguntó Jett Lawson cuando abrí la puerta de mi apartamento a la tarde siguiente.

Me quedé sorprendido, pero probablemente no debería estarlo. Nada contenía a Jett durante demasiado tiempo.

—Creía que tenías una operación —respondí dándole una palmada en la espalda cuando entró con una bolsa de lona al hombro.

—Fue ayer. Nada grave —respondió dejando caer la bolsa al suelo—. ¿Qué te parece tener visita? Quería ver si podía hacer que Dani recapacite un poco.

—Nunca tienes que preguntar si puedes quedarte conmigo. Las puertas están abiertas siempre. —Me alegraba de verlo, pero me sentía un poco culpable por desear a su hermana, cosa que empeoraba día tras día.

—Gracias. Entonces, ¿qué pasa con Dani?

Pasé al salón para prepararnos una copa. Jett me siguió cojeando ligeramente. Estaba bien, pero la pierna le molestaba cuando se esforzaba demasiado, lo cual era prácticamente todo el tiempo. Mi amigo tenía una tenacidad que a veces era una lección de humildad. Yo sabía que había salido del accidente con lesiones a las que no mucha gente sobreviviría, pero se mantenía en óptima forma, lo cual probablemente le había salvado la vida. Era testarudo, pero era una cualidad que ahora le venía muy bien.

—Están pasando muchas cosas que no sabes —le advertí acercándome al bar a servir una copa.

Jett se dejó caer sobre el sofá.

—¿Buenas o malas?

Yo hice una mueca.

—Ambas. La buena noticia es que tu hermana no está enamorada de ese imbécil. La mala es que se ha metido en una situación que va a ser bastante complicada.

Lo puse al tanto de la situación con Becker y respondí sus preguntas después de haberle entregado una copa y tomado asiento en el sillón junto al sofá.

Jett sacudió la cabeza.

—Quiero a mi hermana, pero a veces desearía que se dedicara a algo un poco menos aventurero.

—Ya no se trata solo de un artículo para ella, Jett.

—¡Mierda! Lo sé —contestó con frustración—. Pero me siento inútil para hacer algo para ayudarla.

—Yo voy a ayudarla —le aseguré—. Una señal de peligro y la saco de allí.

—¿Y ella ha accedido? —inquirió Jett con escepticismo.

Yo me encogí de hombros.

—Más o menos. Probablemente menos que más, pero está fuera si Becker se atreve a mirarla mal.

—Saber que la golpeó hace que quiera matar a ese cabrón —dijo Jett airado.

Yo sabía exactamente lo que sentía. Dani había sufrido muchísimo y hasta la pasada noche, nunca la había visto derrumbarse. Era condenadamente valiente, pero su coraje me ponía nerviosísimo. Quizás se había vuelto un poco más precavida después del secuestro, pero su sentido de la justicia y del deber seguían siendo tan fuertes como siempre.

—No podemos matarlo —respondí finalmente, descontento—. Tenemos que averiguar quién más está implicado.

—¿Tienes un buen sistema aquí? Podría intentar hacer unas comprobaciones —se ofreció—. Creo que, si eliminamos al cerebro, el resto caerán. Pero no haría daño intentar buscar un poco de información.

Le lancé una mirada cómplice.

—¿Quieres decir *hackear* un poco?

—No, por favor. Eso sería completamente ilegal —fingió protestar.

Le sonreí con la comisura de los labios, consciente de que Jett no tenía ningún problema con piratear un sistema si necesitaba información vital. Lo había hecho multitud de veces para las misiones de la ORP, y era uno de los mejores.

—Siempre lo tengo todo dispuesto en el despacho. No dudes en buscar información. Pero antes de que empieces, tengo que contarte algo.

Puesto que me había sincerado con Danica, tenía que hacer lo mismo con Jett. Quería que tuviera la confianza de que podía ayudar a su hermana y contarle mi historia probablemente ayudaría. Demonios, Jett era como un hermano para mí, así que sería como contárselo a la familia. Le confiaría mi vida, así que también podía contarle mis secretos. Le informé acerca de mi doble carrera con tanta brevedad como pude.

—Joder, hombre —dijo Jett—. Así que vas al extranjero como todo un James Bond.

Le lancé una mirada de disgusto y puse los ojos en blanco.

—Tú, mejor que nadie, deberías saber que nadie va a lo James Bond. Son películas. Personajes ficticios. Estoy bastante seguro de que la mayoría de los agentes se pasan la mayor parte del día sentados a una mesa intentando buscar información por ordenador. —Dudé antes de añadir—. Quizás tú deberías ser agente especial en vez de yo. Creo que necesitan tus habilidades más que las mías.

—No le restes importancia a lo que estás haciendo, amigo —dijo Jett en tono serio—. Es peligroso y es bastante patriótico arriesgar tu pellejo para mantener a nuestro país a salvo.

—No es gran cosa. Tengo que viajar de todas maneras.

—Pero no tienes que espiar para obtener información. Eso podría hacer que te mataran. No conozco a muchos ricos que harían lo mismo.

—Tú lo harías —lo desafié.

Jett se encogió de hombros.

—Tal vez. Los dos somos unos locos yonquis de la adrenalina. Puede que por eso seamos tan buenos amigos.

—Igual que tu hermana —la acusé—. Está tan loca como nosotros. No es una buena cualidad para una mujer que ya ha pasado por un infierno.

—Siempre ha sido así —comentó Jett pensativo—. Incluso cuando éramos niños, era bastante intrépida.

No podía contarle a Jett que ahora mismo odiaba su valor. Dani me volvía medio loco y tenía que controlar mi irritación. La hermana de Jett estaba fuera de límites. Quería acostarme con ella más que con ninguna otra mujer. Pero también la admiraba y lo último que quería era una desavenencia con mi mejor amigo por tener un rollo con su hermana pequeña. Dani y yo no podíamos tener nada más que una breve aventura. Yo no era capaz de mantener una relación. Nunca lo había sido. Viajaba demasiado y tenía muy poco que ofrecerle a una mujer excepto dinero.

—No me gusta esto —reconocí—. No me gusta nada de todo esto. Becker es un cabrón. Tu hermana podría verse envuelta en algo que no sea capaz de manejar.

—A mí tampoco me gusta —confesó Jett—. Me la llevaría de aquí ahora mismo si pudiera, pero sabes lo terca que puede ser cuando se decide a hacer algo. Todos intentamos convencerla para que dejara la carrera que había elegido, especialmente el ser corresponsal para Oriente Medio. Ninguno conseguimos hacer que cambiara de opinión. Le encantaba su trabajo, Marcus. Dani es la clase de mujer que quería sacar a la luz todo lo que hay de malo en el mundo.

—Ya lo sé, joder. Es parte de lo que me vuelve loco. Tiene buenas intenciones, pero se pone en grave peligro.

—Eh. Pareces muy preocupado. ¿Estás bien? —preguntó Jett.

Yo sabía a qué se refería. Solía ser un imbécil, bastante libre de enredos emocionales. Pero había algo en Danica que me hacía querer protegerla. Podía decirme a mí mismo que se debía a su experiencia pasada a merced de unos locos, pero, para ser sincero, esa inclinación siempre había estado ahí. Simplemente, cada vez resultaba más difícil ignorarla.

No sé cómo, de un modo absurdo, nos entendíamos. Yo la comprendía y, por extraño que parezca, ella se me había metido en la cabeza. Una fuerza nos juntaba y yo me sentía prácticamente incapaz de detener la riada de sentimientos desconocidos que se erguían cada vez que la veía. Pero mi implicación emocional tenía que terminar. Debía pensar como un profesional, ayudarla como pudiera y dejar de preocuparme tanto por ella.

—Sí —respondí finalmente—. Estoy bien.

—¿Pasa algo entre tú y Dani? —preguntó Jett con suspicacia.

—No, en absoluto —respondí hábilmente.

«Nada excepto cierto encuentro donde hice que tu hermana se viniera en un baño público para verla correrse», pensé. Pero no iba a entrar en ese tema con Jett.

—Es una mujer increíble —insistió él—. No sería nada sorprendente que te sintieras atraído por ella. En realidad, os parecéis mucho.

—No me siento atraído por ella —negué—. Me gusta y es tu hermana. Quiero ayudarla.

Jett tenía aspecto de querer decir más, pero dejó el tema.

—Si Becker es tan paranoico como dice Dani, dudo que ella pueda conseguir los documentos que necesitáis sacar de su casa.

—Ya he pensado en eso —le informé—. Voy a conseguir equipo especial del departamento.

—¿Dispositivos espía? —preguntó Jett en tono jocoso.

—De hecho, sí. A veces, ser agente es útil. Tienen tecnología que la mayoría de la gente no tiene.

Jett vació su copa y se puso en pie.

—Sabes que querré verlos.

—Lo sé —respondí de manera esquivada.

—Voy a probar tu sistema. A ver qué puedo averiguar sobre Becker.

—Simplemente no hagas nada ilegal con mis ordenadores —le advertí, a sabiendas de que Jett era tan bueno en lo que hacía que nunca lo atraparían.

—No prometo nada —musitó él—. Si la vida de mi hermana está en juego, haré lo que tenga que hacer. Puede que no tenga muchas capacidades físicas, pero sí tengo habilidades.

—Soy muy consciente de eso —le dije. Sabía que era uno de los mejores en espionaje por ordenador, recopilación de información y cualquier cosa relacionada con Internet o con el Internet profundo.

—¿Pedimos comida para cenar? Estaría bien una pizza. Me muero de hambre.

—No suelo tomar pizza. Joder, todavía no entiendo cómo puedes comer tanta comida basura y seguir en forma. —Jett siempre había sido fuerte físicamente y, aunque resultó herido, seguía estando muy musculoso.

—Entreno —dijo a la defensiva—. Y no siempre como comida basura.

—Solo el noventa y nueve por ciento del tiempo —dije yo en tono sarcástico.

Él sonrió.

—Entonces, ¿reconoces que de vez en cuando como comida saludable?

—Casi nunca.

—Mira quién habla —bromeó Jett—. La mitad del tiempo comes con prisas y tomas bebidas de proteínas. A ambos nos vendrían bien unas proteínas y carbohidratos ahora mismo.

—Vale. Pediré pizza —accedí.

No es que no me gustaran la pizza, las hamburguesas, las patatas fritas y todas esas cosas que de seguro me provocarían un fallo cardíaco temprano, pero intentaba evitarlas y entrenaba tan a menudo como podía. Ya mediaba la treintena y no iba a rejuvenecer. Con todos los viajes y el trabajo que hacía para la CIA, tenía que ser capaz de mantenerme en la mejor forma posible.

—La quiero bien cargada —insistió mientras se dirigía hacia mi despacho.

—¿Tan grasienta como sea posible? —pregunté.

—Me has entendido —respondió con una carcajada antes de desaparecer por la puerta que conducía hasta mi sofisticado sistema informático.

Me rugió el estómago y me di cuenta de que yo también tenía hambre. Normalmente, enviaba a George a comprarme una comida saludable. En lugar de eso, me encontré buscando pizzerías y haciendo un pedido enorme.



Capítulo 12



Dani

—Toca el último trozo de pizza y eres hombre muerto —le advertí a mi hermano Jett mientras robaba el último pedazo de la pizza muy cargada y apartaba su mano de un manotazo.

Generalmente, no era la clase de persona que se autoinvitaba a casa de nadie, pero cuando oí que mi hermano estaba en la ciudad, salí pitando a casa de Marcus. Por suerte, llegué cuando traían la pizza. Tenía un don de la oportunidad increíble cuando se trataba de comida.

—Yo no voy a pelearme contigo por él —comentó Marcus secamente.

Mastiqué y tragué un bocado divino de la pizza grasienta antes de responder.

—No has comido mucho.

—Es un esnob de la comida —me informó Jett—. No le gusta la comida basura.

—No he dicho que no me guste —contradijo Marcus—. Simplemente no es saludable.

Estábamos sentados alrededor de la mesa del comedor en el apartamento de Marcus. Por supuesto, yo me aseguré de ser la que más cerca estaba de la comida.

—¿Y qué es saludable hoy en día? —pregunté.

—Desde luego, no un montón de grasa y cartón —respondió Marcus con desaprobación.

Yo no podía discutir el hecho de que el hombre estaba en excelente forma. Pero seguía demasiadas reglas.

—Entonces, ¿nada de chocolate?

—Rara vez —confirmó.

—Y supongo que no comes comida callejera de vendedores ambulantes.

—Nunca.

Santo Dios, necesitaba relajarse un poco. Sí, probablemente yo comía demasiada comida rápida y cosas para llevar. Solía ser demasiado impaciente para cocinar, y viajar todo el tiempo dificultaba comer nada más que comida rápida.

—¿Cómo comes cuando viajas?

Marcus se encogió de hombros,

—Suelo hacer que uno de mis asistentes me encuentre algo decente.

—¿Y dónde están ahora tus asistentes?

Me lanzó una mirada contrariada mientras respondía.

—No tuve tiempo de hacer que viniera alguien a verme aquí y era personal. Tenía que perseguir a una loca. Y como no eran negocios, vine solo.

Me gustaba el hecho de que Marcus hubiera hecho algo espontáneo y específicamente porque estaba preocupado por mí, aunque acabara de llamarme «loca».

—Entonces, ¿ninguno sabe que ayudas al gobierno? —Jett se metió en la conversación.

—Nadie fuera de la familia lo sabe excepto vosotros dos.

—¿Cómo lidias con eso? —preguntó Jett.

—No dejo que mis empleados se vean envueltos en mi vida privada.

Terminé la porción de pizza y la empapé con un refresco azucarado que había llegado con el pedido. Normalmente las prefería sin azúcar, pero me conformé. Tenía que ahorrarme algunas calorías en alguna parte y prefería sacrificar las bebidas en vez de la comida.

Observé en silencio mientras Jett y Marcus se enfrascaban en un debate sobre ciberseguridad, uno de los temas preferidos de mi hermano. No pude evitar darme cuenta de lo cerrado que parecía Marcus, aunque sabía que podía ser atento cuando quería. Siempre lo había considerado arrogante, pero parte de su arrogancia probablemente provenía de ser tan reservado. Había pasado la mayor parte de su tiempo viajando, así que solo había podido apoyarse en sí mismo y no había compartido mucho de su misión personal para mantener nuestro país a salvo. Tenía que ser difícil no poder compartir mucho de su vida personal.

Yo sabía perfectamente cómo funcionaba porque había pasado gran parte de mi propia vida de la misma forma. Quizás no ocultara el hecho de que era una especie de espía internacional, pero sabía qué era tener que guardármelo todo. A excepción de mi breve amorío con otro corresponsal, que era más bien un amigo con derecho a roce y conocido, siempre me había sentido sola. Simplemente estaba demasiado ocupada y centrada como para reconocer dichas emociones. O quizás nunca había conocido a nadie con quien realmente quisiera hablar de mis viajes excepto mis hermanos, que tenían sus propias vidas e intereses.

Sabía que la última persona por la que debería sentirme atraída era Marcus, pero no parecía capaz de sacudirme la química y la atracción emocional que sentía cuando estaba con él.

Hoy llevaba un atuendo casual y ese estilo le quedaba bien. Su trasero llenaba unos pantalones como yo nunca los había visto. Marcus estaba bueno, pero era mucho más que su aspecto físico lo que me hacía querer acercarme lo suficiente a su calor como para quemarme.

«Puede que esté aquí ahora, pero pronto se irá. Es un empresario internacional que viaja la mayor parte del tiempo. Ni siquiera puedo pensar en empezar una relación con él», me dije.

Mi cuerpo quería decir «sí», pero mi sentido común me gritaba que ignorase cuánto lo deseaba. Yo seguía intentando averiguar quién era después de todo lo que me había ocurrido durante mi secuestro. Estaba garantizado que Marcus interferiría en mi recién encontrada sensación de paz.

Tal vez no fuera la mujer que era hacía un año, pero ahora lo había aceptado. La vida estaba llena de dolor y cambios y yo estaba pasando por un momento de la mía en que tenía que buscar algo nuevo.

Mi prioridad era encerrar al hombre que financiaba a un grupo de terroristas para que no pudieran hacer daño a nadie más. Mi sentido de la justicia no me permitiría descansar hasta que lo hiciera.

—¿Dani? —me llamó mi hermano en voz alta.

Yo lo oí de pronto y salí de mi ensimismamiento.

—¿Sí?

—¿Me has oído? —preguntó Jett en tono preocupado—. ¿Estás bien? Te he preguntado dos veces qué pensabas sobre el objetivo de Becker al financiar a los rebeldes.

—Lo siento —respondí—. Estaba pensando en otra cosa.

«Estaba ocupada soñando despierta con encaramarme al cuerpo increíblemente duro de Marcus y suplicarle que me joda».

—¿En qué pensabas? —inquirió Marcus.

—En nada importante —respondí a toda prisa—. ¿Qué querías saber?

—¿El móvil de Becker? —repitió Jett.

—Nunca me ha hablado específicamente de sus actividades ilegales —informé a mi hermano—. Pero creo que está delirando. Su móvil para todo es el dinero, pero creo que también quiere poder. Al financiar al grupo terrorista, creo que tiene la impresión de que eso le dará el control de los recursos de la región si consiguen tomar posesión de la zona. Nada más tiene sentido y lo he observado muy de cerca. El dinero y el poder son las cosas más importantes en la vida para él.

—Sin duda, no valora a las mujeres de su vida —gruñó Marcus.

—No, no lo hace —concurrí yo—. Solo son algo que quiere controlar. Algo que puede utilizar para descargar su ira. Yo no soy una persona para él. Soy una posesión.

—¡Joder! Odio utilizarte para conseguir información —estalló Marcus—. Es una locura pensar que no vayas a resultar herida.

—Es posible. Pero para mí merece la pena el riesgo. He hecho mucho trabajo de investigación arriesgado, Marcus.

—Lo sé. Te he visto en acción y me da muchísimo miedo.

—A mí también —añadió Jett.

—Soy adulta —discutí—. Lo soy desde hace mucho tiempo. Llevo años ahí fuera buscando reportajes.

—No creo que ninguno de nosotros dude de tu valor, Dani —respondió mi hermano—. Demonios, creo que tenías tanta autoconfianza que ninguno de nosotros entendimos realmente lo vulnerable que eras en realidad. De haberlo hecho, creo que te habríamos puesto guardaespaldas.

—Me habría librado de ellos —repliqué—. Una de las razones por las que me teñí de rubia e intenté cambiar mi aspecto era desligarme de los multimillonarios Lawson. Muy pocas personas sabían que estaba emparentada con una de las familias más ricas del mundo y yo quería que siguiera siendo así.

Al igual que Marcus, yo no dejaba entrar a nadie en mi vida privada. Quería que todo el mundo se centrara en los problemas que investigaba y la historia que tenía que contar, no en mi identidad. Mi firma en artículos escritos era Dee Lawson y utilizaba el mismo nombre con mis reportajes en el aire.

Le había pedido a la cadena utilizar el nombre de «D. Lawson» al principio de mi carrera y terminaron publicándolo como «Dee Lawson». El apodo se quedó conmigo durante el resto de mis años como reportera, haciendo menos probable que nadie reconociera mi poco común nombre de pila y me asociara de inmediato con la pudiente familia Lawson.

—Entonces, ¿nadie sabía realmente quién eras? —inquirió Marcus.

Yo sacudí la cabeza.

—Nadie me conocía realmente. Solo era una reportera estadounidense agresiva para la mayoría de la gente. Mi equipo ni siquiera lo sabía.

Los únicos individuos que estaban al tanto de esa información eran los del Departamento de Recursos Humanos de la cadena y mis jefes. Por lo demás, yo era Dee. Y esa libertad se había convertido en algo importante para mí mientras escalaba en la cadena.

—Yo te conocía, Danica —respondió Marcus con voz áspera.

—Lo sé. Siempre tenía miedo de que me delataras, pero nunca lo hiciste.

Generalmente nos ignorábamos mutuamente o discutíamos cuando estábamos fuera del alcance de los oídos de otras personas. De muchas maneras, había intentado apartarlo de mí tanto como podía.

—Podrías habérmelo contado. Nunca te habría descubierto.

—No lo hiciste en cualquier caso. Apenas nos hablábamos.

Mi hermano se puso en pie y se terminó el refresco de un trago antes de decir:

—Me voy. Quiero sacar todos los trapos sucios de Becker que pueda.

Yo también me puse en pie.

—Debería irme.

Jett ya había salido del comedor cuando Marcus preguntó en voz baja.

—¿Por qué tienes que irte? ¿Tienes una cita?

Sabía que le preocupaba que volviera a quedar con Becker.

—No voy a salir con Greg sin decírtelo.

—¿Con alguien más? —preguntó mientras me acompañaba hasta la puerta.

—¿Y qué si lo hago? —respondí con irritación—. ¿Qué importa a quién vea si no salgo con Greg?

Él puso la mano en la puerta cuando fui a abrirla y me arrinconó en un espacio diminuto poniendo la otra mano sobre la pared.

—Importa —respondió sencillamente.

Yo alcé la mirada hacia él, el cuerpo temblando de deseo cuando nuestras miradas se encontraron en una batalla acalorada que yo no alcanzaba a comprender.

—¿Sí? —pregunté con un susurro ronco.

—Sí. Importa. No salgas con nadie más, Danica.

—¿Tienes miedo de que Greg se entere?

—Que se joda Becker. No me importa una mierda lo que piense. No quiero verte con otro hombre.

Yo no estaba segura de qué quería él de mí, pero sus ojos resplandecían al sostenerme la mirada. Su aroma masculino asaltó mis sentidos y se me aceleró el pulso. Finalmente le respondí sin aliento en la voz, lo cual no tenía nada que ver con el miedo.

—Tengo que irme a... lavar la ropa.

De acuerdo, probablemente era una excusa mala para irse como si tuviera un petardo en el trasero, pero me sentía confundida y sabía que no soportaría mucho tiempo más la presencia de Marcus sin querer desnudarlo. Cuando mis palabras hicieron efecto, empezó a sonreír con la comisura de los labios.

—En ese caso, tengo unas camisas sucias que necesitan un lavado.

Le lancé una alegre sonrisa falsa.

—Entonces supongo que tú también estarás ocupado esta noche —respondí con tono de listilla—. Buenas noches, Marcus.

Tiré de la puerta y por fin me liberó de su poderosa mirada para que pudiera salir. Se inclinó hacia abajo antes de que yo pudiera abrir la puerta y su aliento cálido sopló sobre mi oído, haciendo que me detuviera con un escalofrío.

—En cuanto te vayas, voy a darme una ducha para masturbarme mientras pienso en todas las cosas sucias que me gustaría hacerte. No puedo mirarte sin que se me ponga duro. Nunca podría —compartió con una voz tan delicada como un buen *whisky* que me volvió loca.

—Gracias por compartirlo —respondí nerviosa, a sabiendas de que iba pasarme toda la noche pensando en la imagen precisa que acababa de traerme a la mente.

«Marcus... desnudo. Húmedo. Duro. Tocándose mientras piensa en hacerme cosas sucias. Esforzándose cuando su cuerpo por fin encuentre el desahogo».

Una oleada de deseo se deslizó entre mis muslos.

—Te odio por hacer eso —le informé.

—No, no me odias —me contradijo—. Estás excitada y ambos lo sabemos.

—Tú sigue soñando —dije en tono altanero mientras tiraba del pomo y salía a toda prisa por la puerta abierta, incapaz de seguir intercambiando burlas con él cuando lo único que quería hacer era quitarle la ropa y encaramarme a su cuerpo como si fuera un árbol. Cuando me apresuraba hacia el ascensor, oí un ruido que era completamente desconocido para mí. Tardé un momento en relacionar el sonido con su fuente. Era la risa traviesa de Marcus Colter.



Capítulo 13



Dani

Estuve ocupada el resto de la semana. Marcus y Tate insistieron en que trasladase mi ropa y mis pertenencias al apartamento de Marcus en caso de que me pillaran y tuviera que ocultarme tras mi encuentro con Gregory Becker.

De hecho, la mayor parte de las órdenes provenían de Marcus y, a lo largo de varios días, descubrí lo cuidadoso, cauteloso e increíblemente quisquilloso que podía ser. Sabía que el hecho de que se preparase para todas las posibilidades provenía de sus años recopilando información para la CIA, pero no era precisamente sutil en cuanto a lo que quería. Cuando sugería algo, lo que quería decir en realidad era que moviera el trasero e hiciera lo que él quisiera. Aunque me fastidiaba que me mandoneara, respetaba su experiencia, así que obedecía agradecida, preguntándome por qué nunca había pensado ni planeado algunas de las cosas que mencionaba.

«Probablemente porque nunca he sido espía». Estaba segura de que la vida de Marcus dependía de que fuera muy meticuloso con sus planes.

—¿De verdad estás preparada para hacer esto, Dani? —preguntó Jett con nerviosismo al ponerme en pie en el salón de mi apartamento el viernes por la noche, preparada y vestida exactamente como le gustaba a Greg.

Mi hermano y Marcus habían venido a casa en cuanto oscureció y solo entraron después de comprobar que no me vigilaban. El tono preocupado de Jett hizo que se me encogiera el corazón. Aunque no estuviera preparada para intentar conseguir información de casa de Greg, no dejaría que Jett lo supiera. Había sufrido demasiado él mismo como para preocuparse por mí. Si mostraba la menor sombra de duda, sabía que mi hermano y Marcus cancelarían toda la misión.

—Estoy bien. Creo que Marcus ha pensado de sobra en todas las posibilidades —respondí con confianza, tirando de mi diminuta falda roja para que me cubriera todo el trasero.

—No, no lo he hecho —dijo Marcus en tono estoico—. Nadie puede estar preparado para todo nunca. Pero hemos tomado algunas medidas de precaución para asegurar que estés a salvo.

Mi teléfono móvil sonó en el diminuto bolso de mano que sostenía y busqué en el bolso, preocupada de que Greg estuviera llamándome para cancelar la cita.

Pero no era Becker.

—Es Ruby —le dije a Marcus, dándoles la espalda para responder al teléfono y avanzando hacia mi dormitorio, donde Ruby no pudiera oír a los dos chicos que estaban en mi apartamento.

—¡Hola, Ruby! —respondí en tono alegre.

Habíamos hablado una vez aquella semana y ella estaba a salvo. Yo llamé a Marcus después de la conversación para hacerle saber que tenía que sacar a Ruby de la mala situación en la que se había metido.

—Dani —contestó con voz aliviada—. Es esta noche. La subasta es esta noche. La gente que cuida de mí acaba de llamar. Me dijeron que me duche y que me depile. Entera.

Se me cayó el alma a los pies. Esperaba poder pasarme y sacarla del hotel esta noche después de mi último encuentro con Becker. Ese era mi plan. En el momento en que terminase de reunir información para trincar al cabrón, no tendría motivos para no recoger a Ruby y llevarla a un lugar seguro.

—¿Dónde es? —pregunté sin aliento.

—Creo que es en un club clandestino al final de la calle, por lo que pude entender de las conversaciones. Se llama *Dark Satisfactions*. He oído a gente hablando aquí. Eso es lo único que sé. Van a venir a recogerme y a asegurarse de que esté completamente depilada. Entiendo por qué lo hacen. Puede que sea virgen, pero no soy estúpida. Sirven a gente con perversiones.

Yo estaba totalmente segura de que el club servía a preferencias poco comunes y querían que Ruby pareciera lo más joven posible.

«¡Dios! ¿Qué demonios voy a hacer?», pensé. Me volví y miré a mi hermano y a Marcus. Al recordar cuánta información había podido conseguir Jett sobre Becker, se me ocurrió una idea.

—¡Jett! —dije con urgencia, alejándome el teléfono de la boca.

Mi hermano interrumpió su conversación con Marcus para responder.

—¿Sí?

—¿Viste algo de información sobre el Dark Satisfactions cuando buscabas? Es un club clandestino.

Él asintió.

—Relacionado con Becker, pero de una manera muy enrevesada. Está en el Internet profundo.

La conexión de Becker con el club no era realmente ninguna sorpresa. Siempre había sospechado que estaba implicado de alguna manera con el apuro de Ruby.

—No discutas nada de lo que quieras. Tenemos la ubicación y voy a enviar a alguien a ayudarte. Por favor, confía en mí. No dejaré que te pase nada malo. ¿Me crees?

La línea permaneció en silencio mientras Ruby parecía reflexionar sobre lo que había dicho. Finalmente, respondió:

—Ahora mismo, eres todo lo que tengo, Dani. Eres mi única esperanza a menos que tenga oportunidad de escapar.

—No soy una esperanza, cariño —le aseguré—. Voy a enviarte algo seguro. Pero no provoques que te hagan daño intentando una locura. Alguien va a sacarte sana y salva de la subasta.

—De acuerdo —respondió con una chispa de fe en la voz.

Yo sabía que Ruby no tenía verdaderos motivos para creer en nadie ni tenía razones para confiar. No podía probarle que no todo el mundo quería explotarla o hacerle daño, excepto mostrándole que valía la pena depositar su confianza en algunas personas.

Colgué y me acerqué a Jett.

—Necesito que seas un héroe esta noche —le informé—. Por favor, necesito tu ayuda.

Él me miró con el ceño fruncido.

—Siempre estoy dispuesto a ayudarte, pero no soy el héroe de nadie.

—Esta noche, lo serás. Necesito que te abras paso al Dark Satisfactions y ayudes a una amiga. No es solo un prostíbulo. Están traficando con personas, Jett. Al menos, en el caso de Ruby. —

Estaba casi segura de que había más y necesitábamos cerrar por completo esos negocios. Se lo expliqué rápidamente a mi hermano y a Marcus, consciente de que tenía poco tiempo.

—Dios, odio a este cabrón aún más que antes —maldijo Jett—. Yo me encargo. La sacaré de esa coyuntura y después podremos acudir a las autoridades.

Puse la mano con delicadeza sobre el brazo de mi hermano.

—Está asustada, Jett.

Acababa de contarle la historia de Ruby, pero quería que comprendiera que tal vez no confiara en él.

Jett asintió.

—Dudo que se sienta amenazada por mí. Cojeo y podría dejarme atrás corriendo ahora mismo si quisiera.

Yo lo abracé, muy agradecida de que tuviera un corazón tan grande.

—Ten cuidado.

Él me devolvió el abrazo y después miró a Marcus.

—Cuida de ella —advirtió a su amigo.

—No te preocupes por eso —afirmó Marcus.

Jett solo se tomó un momento para planearlo todo y salió pitando por la puerta.

—Estará bien —me aseguró Marcus—. Es, con toda probabilidad, uno de los tipos más inteligentes con los que he trabajado en cualquier puesto.

—Pero sus heridas seguirán siendo una desventaja —lo contradije.

—Menos de lo que crees —dijo Marcus arrastrando las palabras—. Puede que cojee, pero es condenadamente fuerte. Y a veces más vale maña que fuerza. Necesito que te concentres en lo que estamos haciendo. Jett estará bien.

Yo asentí.

—Estoy preparada.

—No del todo —negó él, llevándose la mano al bolsillo para sacar una cadena y un colgante.

No lo detuve cuando fue a colocar la joya alrededor de mi cuello y sacó mi cabello de la cadena de oro.

—¿Qué es esto? —Pregunté dubitativa, tocando el camafeo.

Marcus dio la vuelta al colgante.

—Como Becker es un cabrón paranoico, no dudo que no vaya a dejar que te quedes con tu móvil para sacar fotos. Esto es un refuerzo.

—¿Me estás diciendo que esto saca fotos? —El colgante era relativamente diminuto.

Me demostró cómo se abría, dónde estaba el botón para tomar fotos y cómo utilizar el dispositivo antes de volver a cerrarlo.

—Hace muy buenas fotos siempre y cuando hagas lo que te he dicho.

—¿Cómo es posible? —inquirí.

—Te lo diría, pero después tendría que matarte —dijo en tono burlón.

Yo le lancé una sonrisa trémula.

—¿Confidencial? —pregunté.

—De hecho, sí. Y esto también —dijo sacando otra cosa de su bolsillo.

—¿Qué?

Deslizó una sencilla pulsera de cuentas en mi muñeca. Era del montón y, al igual que el colgante, nada llamativa. Supuse que debía ser anodina para no llamar la atención.

Ajustó las cuentas cuidadosamente mientras me explicaba:

—Toca las cuentas, pero no las retuerzas.

Puse el dedo índice con cuidado sobre las piedras frías y artificiales.

—Una de ella es suave —reflexioné en voz alta.

Marcus me explicó rápidamente cómo funcionaba el espray de pimienta. Era bastante sencillo. Con un giro rápido y fuerte de la piedra suave, se liberaba un potente concentrado de espray de pimienta a los ojos del agresor si uno tenía puntería.

—Apunta bien y asegúrate de tener una vía de escape —aconsejó—. Si no mueves el trasero, terminarás recibéndolo tú misma. No lo uses en un espacio cerrado o si no puedes escapar.

Me maravillé ante algunos de los geniales dispositivos a los que Marcus tenía acceso.

—Entendido —confirmé—. ¿Qué pasa? ¿No hay un anillo a juego?

—No, pero tengo pendientes —dijo en tono informal mientras extraía un par de pendientes de piedra negra sencilla de su otro bolsillo.

Yo llevaba unos pendientes colgantes a juego con mi camisa blanca, pero él hizo un gesto para que me los quitara y enseguida me libré de ellos.

—¿Quiero saber qué hacen estos? —pregunté mientras me introducía ambos pendientes en las orejas perforadas.

—Presiona el botón interior en cualquiera de ellos y la señal llegará directamente a mí —explicó—. Y es mejor que los uses a la primera señal de problemas —gruñó.

—¿Botones del pánico? —pregunté yo.

—No esperes hasta que cunda el pánico —me aconsejó—. Cuando creas que pueda sospechar de ti, aprieta el condenado botón. Voy a seguir tus pasos de todas maneras, pero necesito que me hagas una señal si hay algún problema.

A pesar de lo buenas que pudieran ser las herramientas diminutas, lo que me conmovió realmente fue el hecho de que Marcus Colter pareciera preocupado.

—Oye —dije en voz baja—. Estaré bien.

Su firme expresión no se suavizó cuando pasó una mano alrededor de mi cuello.

—Más te vale. No te arriesgues, Danica. Prométemelo.

Alcé la mirada hacia él, encontrándome con sus tormentosos ojos grises. El corazón me dio un vuelco al ver la tensión en su rostro.

—No lo haré. Lo prometo.

—Tengo que estar jodidamente loco para ayudarte a hacer esto —carraspeó.

—Yo estoy loca —lo corregí—. Tú solo estás cuidando de mí.

—Parece ser un trabajo que se me da bien —dijo con voz ronca mientras bajaba la cabeza para capturar mi boca.

No pude evitar sumergirme en su cuerpo duro, abriéndome a él cuando exigió mi sumisión. Le rodeé el cuello con los brazos, perdiéndome en su fuerza por un momento, permitiéndome sentir.

Me prepararía para mi encuentro con Becker en cuanto Marcus me soltara, pero durante solo un instante, necesitaba sentirme protegida, y el único hombre que podía hacer que me sintiera menos sola era el que me abrazaba ahora como si nunca quisiera dejarme ir.



Capítulo 14

Marcus

Había sido la peor clase de tortura ver a Dani subir a su coche y alejarse. Sí, la seguía en un sedán muy corriente, pero sabía que tenía que mantener la distancia y lo detestaba. «Debería haberla sacado de todo esto. ¿En qué demonios estaba pensando?», me dije. Había cuestionado mi propia cordura varias veces durante los últimos días. Por lo general, con una amenaza a la seguridad nacional yo utilizaría cualquier contacto que pudiera obtener, y Becker era decididamente peligroso debido a su enorme financiación a los rebeldes. Pero ella no era un contacto normal y corriente. Y cómo me sentí al dejarla vulnerable fue una auténtica locura.

No quería que estuviera con Becker. Ni siquiera la quería en la misma ciudad que él. Sin embargo, necesitaba su ayuda para acceder a información crucial, información que podría hacer caer a Becker de una vez por todas.

Jett había hecho progresos increíbles desenterrando trapos sucios de Becker en el Internet profundo, pero no era suficiente para presentárselo a los departamentos pertinentes y que lo atraparan. Demonios, Becker tenía tantos delitos que iba a ser difícil decidir quién llevaría qué en los delitos contra el gobierno. Pero eso no era problema mío.

Quería arruinar a Becker a muchos niveles, pero el sentido de proteger a nuestro país de gobiernos extranjeros y terroristas estaba muy arraigado en mí. Lo que más quería era hacerlo caer definitivamente. Después de eso, quería que toda la puñetera organización que había hecho a daño a Dani dejara de existir y ya no fuera una amenaza para nuestro planeta.

Todo lo que era insistía en que dejara a Dani acceder a la información. Yo había estado utilizando cualquier método necesario para impedirselo a cualquiera que intentara dañar a Estados Unidos de cualquier forma. Sin embargo, como hombre, estaba pasando un infierno viendo a Danica ser una especie de sacrificio.

—La sacaré rápido —musité, todavía intentando convencerme de que estaba haciendo lo correcto. En teoría, una persona por toda una nación era un intercambio justo. Pero no era así como me sentía en ese preciso instante. Si Becker pillaba a Dani en acción o dudaba de su lealtad, la mataría sin pensárselo dos veces—. ¡Joder! —Estallé, golpeando el volante con la mano. Mi único consuelo era que tenía a varios departamentos del gobierno cubriéndome las espaldas, aunque técnicamente yo no existía para la CIA.

Yo no era un empleado. Nadie tenía un expediente sobre mí. La información que obtenía se añadía a archivos de investigación y mi participación desaparecía con prontitud. Tal y como a mí me gustaba.

Sin embargo, había ayudado a suficientes funcionarios de camisa almidonada en el gobierno como para poder pedir ayuda a mucha gente, incluidos el FBI y algunos de mis compañeros agentes de la CIA.

Observé a Dani cuando se detuvo en un camino de entrada delante de mí, y me quedé atrás; aparqué a cierta distancia y apagué los faros. Ahora no era el momento de dudar de mí mismo. Necesitaba mantener la cabeza en orden y pensar como un espía.

Ella tenía todos los artilugios disponibles de los que pude echar mano para protegerla y ayudarla a pasar desapercibida. Sí, empecé a sudar al verla salir de su coche compacto con una falda tan corta que tuvo que tirar de ella para cubrirse los cachetes del trasero. No era que yo no apreciase su aspecto. Pero no quería que ningún otro tipo mirara a Dani de la misma manera. Como de costumbre, se había maquillado demasiado, pero estaba tan preciosa como siempre y la codicié, deseoso de quedármela para mí solito.

Cuando desapareció en la lujosa casa, tuve que reconocer para mis adentros que era la mujer con más agallas que había conocido en toda mi vida. Nunca se estremeció al intentar llevar las noticias internacionales al mundo y no se había desmoronado bajo el cautiverio de los hombres que la habían atormentado de todas las formas posibles.

Ahora, había vuelto a ponerse en peligro. Quizás fuera cautelosa, pero estaba resuelta. En el momento en que la conocí, quise hacérselo contra la pared. Pero el modo en que la ansiaba ahora estaba a un nivel completamente diferente. «¡Mía! Es mía, joder», pensé. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no salir del puñetero coche e ir a buscarla, alejarla de cualquier cosa que pudiera hacerle daño.

El problema era que era la mujer más obstinada del mundo. Tamborileé los dedos sobre el volante con impaciencia al sentir la vibración de mi móvil en el bolsillo de los pantalones. Me había vestido para estar cómodo y tener facilidad de movimiento, intentando resultar lo más corriente posible. Sin dejar de mirar la casa, saqué el teléfono y respondí.

—Colter —dije bruscamente al teléfono.

—¿Marcus? ¿Todo bien? —Preguntó Jett en voz baja y solemne.

—Acabo de llegar —respondí—. Dani está adentro. Solo mantengo la casa bajo vigilancia.

—Maldita sea —juró Jett—. Odio esto.

—Yo también, amigo —admití—. ¿Qué tal va por allí?

—Es bueno que yo valga miles de millones —dijo en tono de mofa—. Entrar en el club es exhaustivo y caro. Pero estoy dentro. La subasta empieza en breve.

—Cueste lo que cueste, te lo devolveré —le dije sin reservas. Ruby era amiga de Dani y teníamos que sacarla de peligro.

—Ah, no, ni hablar. Si voy a comprar una virgen, pago yo, —respondió—. Estoy haciendo esto por mi hermana. Y tal vez un poco por Ruby, también. Dios. No ha tenido la vida más fácil.

Dani nos había explicado a mí y a su hermano cómo se había convertido Ruby en víctima de la trata de personas.

—Siempre eligen a los más vulnerables —le dije a Jett en tono disgustado.

—Sí, bueno, es una mierda —contestó él rotundamente—. ¿Qué clase de asquerosos hacen esta mierda?

—La gente como Becker y sus secuaces —dije arrastrando las palabras.

—No solo venden vírgenes —respondió Jett—. Aquí se produce toda clase de mierda ilegal y no creo que la mayoría de las mujeres aquí presentes lo estén por voluntad propia ni trabajando voluntariamente.

—Ese sitio tiene que ser clausurado —le dije—. Tú límitate a sacar a Ruby sin que resulte evidente y dejaremos que los cuerpos de seguridad se encarguen de ello. Consigue toda la información que puedas.

—Ruby tendrá que testificar probablemente —dijo Jett en tono pesaroso.

—Sí. Pero, con un poco de suerte estará tan feliz de escapar que lo hará.

Jett dudó antes de decir:

—Tengo que irme. Cuida de mi hermana.

—Siempre lo he hecho —le recordé.

—Es verdad —reconoció—. Probablemente más de lo que ella sea consciente. Tengo la sensación de que siempre le has echado un ojo de una u otra forma. Incluso cuando ella no se daba cuenta.

No pensaba cantar ante su afirmación, a pesar de que era cierta.

—Quizás —respondí sin comprometerme.

—¿Ella sabe lo que sientes? —Preguntó Jett.

—¿Qué? —Respondí yo inocentemente—. Es como una hermana para mí también.

Jett bufó.

—Y una mierda, amigo. Pero puedes resolver eso más tarde si no estás preparado para lidiar con ello. Tú solo mantenla a salvo.

—Eso planeo —respondí en tono sombrío.

Hablamos un minuto o dos más, desarrollando nuestros planes para más tarde y luego colgamos para enfocarnos en nuestros objetivos.

Jett iba a llevar a Ruby de regreso a mi apartamento, pero, si todo salía bien, yo tendría el trasero de Dani en mi avión privado en cuanto saliera de casa de Becker. Yo tenía a gente trasladando nuestras pertenencias al aeropuerto y a mi avión. No la quería en la zona cuando se desatara el infierno.



Capítulo 15



Dani

Mentiría si intentara convencerme de que no tenía miedo. Pero mientras intentaba no encogerme bajo el intenso escrutinio de Becker, sentí la seguridad de saber que Marcus estaba fuera, esperando una señal si me metía en líos. Estaba resuelta a que este hombre al que llevaba semanas siguiendo no escapara del enjuiciamiento. Era un traidor a mi país y pura maldad en todos los demás aspectos.

Intenté no demostrar mi aversión hacia él mientras me acariciaba la mejilla toscamente.

—He estado esperando esta noche, Dani.

Estaba segura de que lo había hecho. La noche en que me había dejado el moratón todavía estaba fresca en mi memoria cada vez que lo miraba. Las mujeres no éramos nada más que basura para él.

—Yo también —musité, sin ser totalmente falsa. De hecho, estaba esperando que lo pusieran contra la pared. Me sentía agradecida por las herramientas que me había dado Marcus, ya que Becker me quitó las llaves y el bolso en cuanto crucé la puerta y las guardó en un lugar desconocido. Era un paranoico, pero aquel movimiento no me lo esperaba.

—Necesito ir a refrescarme —le dije mientras me levantaba de mi sitio junto a él en el sofá. Tenía que orientarme por su casa y el hecho de estar tan cerca del hombre que me había golpeado tan fuerte que todavía tenía un tenue contorno azul y negro en la cara me daba náuseas.

—Date prisa —insistió en tono molesto. Se puso en pie y se quitó la chaqueta del traje mientras añadía—: Tengo planes para ti.

Sonreí débilmente mientras me estremecía, sin siquiera querer saber cuáles podrían ser sus planes.

—Ahora mismo vuelvo —respondí alegremente.

Él giró la cabeza hacia la izquierda.

—El baño está al final del pasillo. No entres en las demás habitaciones.

—De acuerdo —respondí mansamente mientras daba media vuelta y me apuraba por el pasillo.

Cerré la puerta del baño lo suficientemente fuerte como para que él pudiera oírla y luego me apoyé contra ella.

«¡Maldición! ¿Cómo voy a llegar ningún lado si vigila como un halcón?», pensé.

—Puedo hacer esto. Puedo hacer esto —susurré una y otra vez como si fuera mi mantra.

El problema era que había visto la faceta fea y violenta de Gregory Becker y me había asustado muchísimo. Había visto las mismas expresiones cuando mis secuestradores me maltrataban. Sin vida. Muertas. Sin emociones. Donde no había conciencia, no había dudas en herir, mutilar o matar.

No me cabía dudas que, al igual que mis secuestradores en Oriente Medio, a Becker le gustaba causar dolor y miseria a la gente. De hecho, estaba bastante segura de que destacaba en ello.

Me aparté de la puerta del baño con un impulso, viendo mi reflejo en el espejo al moverme. Mi blusa blanca era casi transparente, pero llevaba un sujetador deportivo blanco debajo. Parecía una prostituta intentando atraer a un hombre con capas de maquillaje y pintalabios rojo pasión. La expresión de miedo en mis ojos simplemente no serviría. No importaba qué ocurriera, no me acobardaría ante Becker. Estaba representando un papel que me proporcionaría lo que quería.

Le di la espalda al espejo con la mente acelerada. Creía haber visto lo que parecía un despacho casero en camino al baño. Tenía sentido que estuviera situado en la planta baja.

La casa era mucho más que pretenciosa, la decoración opulenta, en oro, hecho que me decía que él sentía que tenía que demostrar algo. Todo lo que había visto hasta ahora era de muy mal gusto y sumamente extravagante.

Tiré de la cadena del inodoro para que sonara como si realmente lo hubiera utilizado y para ahogar el ruido mientras giraba con delicadeza el pomo de la puerta lo suficiente como para escapar. No escuché nada proveniente de la sala al escabullirme por la puerta abierta que había visto en camino al baño. La tenue luz de la luna bañaba la habitación.

Me apresuré al escritorio y encendí la pequeña lámpara, escuchando cualquier rastro de pasos que se acercaran por el pasillo. Sin ruido, abrí todos los cajones del escritorio, buscando cualquier indicio de papeleo.

«¡Maldita sea! ¡Nada!», pensé frustrada. Estaba a punto de rendirme cuando vi una estantería junto a la mesa. El corazón me batió con fuerza contra el pecho al ver un gran libro de contabilidad que parecía fuera de lugar justo al lado de algunos de clásicos. Saqué el gran libro sin título y luego lo abrí sobre el escritorio.

«¡Bingo!», me dije. Era un libro de transacciones, dinero ilegal enviado a través de varias empresas fantasma y cuentas en el extranjero para ocultar los ingresos de sus negocios más oscuros. No lo pensé; simplemente empecé a utilizar el pequeño camafeo que Marcus me había dado para conseguir registros y nombres de las compañías.

Me moví lo más rápido posible, fotografiando tanta información como pude en un corto período de tiempo. Los importes y las fechas no eran tan importantes como capturar los nombres de las empresas y las cuentas.

Me sorprendió el hecho de que Becker ni siquiera se hubiera molestado en intentar ocultar de dónde procedía el dinero exactamente. En el libro mayor se enumeraba el tráfico de personas, la prostitución y los negocios de drogas.

«Tal vez es demasiado arrogante como para cubrir sus huellas. Evidentemente, lo ha hecho durante años. Nadie ha indagado lo suficientemente profundo como para seguir el dinero», pensé. Estaba colocando el gran libro en su sitio cuando escuché pasos.

—¿Qué cojones estás haciendo aquí? —Dijo Becker en tono furioso.

Moví la mano lentamente.

—Solo estaba admirando tu colección de libros. Tienes algunos grandes clásicos —mentí, pensando rápidamente cómo excusarme.

«¡Maldita sea!», pensé frustrada. Casi conseguido salir antes de que me siguiera.

—Te dije que no fueras a ninguna parte, excepto al cagadero —dijo en tono malhumorado.

Me encogí de miedo cuando él se situó a mi lado; la furia en su expresión era aterradora.

—¿Qué más estabas haciendo? ¿Me estás espiando, perra?

—Por supuesto que no —respondí en tono inocente—. Simplemente me gustan los libros.

—Entonces, ¿entraste aquí de un tropezón?

—Sí.

—Y una mierda —explotó—. Odio a los mentirosos, y no estás diciéndome la verdad.

—Sí. Te juro que sí —respondí con voz suplicante—. ¿Por qué iba a estar aquí, si no?

—No lo sé. ¿Por qué no me lo dices tú?

Me sobresalté cuando él agarró un gran mechón de mi pelo, tiró de mi cabeza hacia atrás y sentí el metal frío contra la cara. Por el rabillo del ojo, comprobé lo que ya sabía. Me apuntaba a la sien con una pistola.

—¡Dímelo! —Bramó—. ¿Qué demonios estabas buscando?

—Nada. Paré aquí porque vi la estantería.

Tragué saliva, intentando no pensar en el arma apuntada a mi cabeza.

Él, sin aflojar el tirón de mi cabello y manteniendo el arma cerca de su objetivo, me empujó frente a él.

—Muévete —dijo con voz amenazante, empujándome a ponerme en marcha.

—¿Adónde? —Pregunté, intentando no dejarme dominar por el miedo.

—Vamos a dar una vuelta en coche. No confío en ti aquí.

Se me aceleró el corazón cuando tropecé con los tacones altos delante de él; la forma en que me tiraba del pelo parecía arrancarme el cuero cabelludo.

«¡Marcus! Una señal para Marcus», pensé de pronto. Era imposible que me alejara del agarre mortal de Becker. Si rociaba el spray de pimienta, no tenía garantías de que no me dispararía de inmediato.

La única forma de conseguir ayuda era meter a Marcus en el lío que acababa de montar. Pero me aterrorizaba que resultara herido o terminara muerto. No tenía forma de advertirle que Greg llevaba una pistola.

Dudé cuando Becker me empujó afuera y hacia su vehículo en el camino de entrada, intentando pensar en cómo podría salir de aquella situación sin provocar que Marcus resultase herido. Según lo ordenado, me subí al asiento del copiloto al lado del conductor, con su arma apuntándome todo el tiempo.

—Pagarás por tu traición, zorra. Nadie fisga a mi alrededor y vive para contarlo —se jactó cuando se sentó en el asiento del conductor.

—Greg, no estaba fisgando. Estaba viendo tu despacho —dije, intentando razonar con un loco.

—Te dije qué hacer, pero tú tenías que ir a indagar. Dije que no entraras en las otras habitaciones. Tú te lo has buscado.

«¡Santo Dios!», pensé. Estaba tan paranoico que no iba a poder razonar con él.

Becker presionó el botón para arrancar el vehículo y yo empecé a pensar si debía accionar el botón del pánico para que Marcus me respaldara. A esas alturas, probablemente nos había visto. La casa estaba protegida, pero si estaba en la calle, quizás sabía lo que estaba sucediendo. Si se metía en la situación sabiendo que Becker tenía un arma, quizás fuera más cuidadoso.

Mis pensamientos se disiparon al instante cuando las luces del coche volvieron a encenderse y un hombre de pie junto a la puerta abierta del conductor hizo que Becker se distrajera momentáneamente. El arma con la que me apuntaba tembló un momento y solo me llevó unos segundos descubrir por qué.

—Me llevo este vehículo, gilipollas. Vete o te vuelo la cabeza —gruñó Marcus en tono grave y agitado. Al igual que Becker, Marcus tenía una pistola y le apuntaba a la cabeza.

Yo, como si estuviera a cámara lenta, vi que el arma dejaba de apuntarme y se dirigía hacia Marcus. Giré una de las cuentas y alcancé el blanco con el espray de pimienta de mi pulsera. Un aullido de dolor escapó de la boca de Becker mientras yo intentaba arrebatarle el arma. Marcus se movió más rápido que yo, agarró la camisa de Becker y lo sacó del vehículo a rastras. Luego lo estrelló contra el suelo mientras, de paso, interceptaba la pistola de Becker.

Subió de un salto al asiento del conductor y se alejó a toda velocidad, asegurándose de que tenía las llaves en el vehículo antes de dejar la figura aullante de Becker en el suelo.

Yo busqué el mando de las ventanillas, abriendo la de mi lado lo antes posible debido al espray de pimienta disparado. Respiré entre jadeos, con el corazón galopante al darme cuenta de que había escapado con Marcus.

—¿Qué estás haciendo? ¿Dónde vamos? —Pregunté con voz de pánico.

—No muy lejos —respondió él sucintamente.

Nos detuvimos a unas manzanas de la casa de Becker.

—¿Vamos a salir?

—Métete en mi sedán. ¡Vamos! —Dijo en tono urgente.

Salí con torpeza del deportivo de lujo y me dirigí al vehículo que había visto conducir a Marcus aquel mismo día, más temprano. Apenas había cerrado la puerta cuando él pisó el acelerador y se alejó del coche abandonado a toda velocidad. No hablé mientras Marcus conducía. Mi cuerpo seguía temblando y yo todavía estaba intentando comprender qué demonios acababa de ocurrir.

Marcus había aparecido de la nada y yo definitivamente había estado buscando señales de él cuando Becker me llevó fuera. Todo había sucedido muy rápido. Lo único que había podido procesar era el hecho de que Becker estaba intentando disparar a Marcus. Yo había actuado completamente por instinto cuando rocié el espray de pimienta.

Finalmente, dije con un susurro ronco:

—Estás a salvo. Los dos estamos a salvo.

—Podría haber usado un poco de ayuda antes de que utilizaras los químicos —dijo Marcus severamente—. Si estabas en problemas, ¿por qué no me hiciste una señal?

Era una pregunta razonable. Simplemente, yo no estaba segura de cómo responderla.



Capítulo 16



Jett

Había hecho algunas locuras de mierda en mi vida, pero lo que estaba sucediendo ante mis ojos era una de las cosas más sobrecogedoras que había visto.

Ví como una mujer desnuda salía del escenario, visiblemente feliz de que su cuerpo hubiera alcanzado un alto precio, a juzgar por su sonrisa. Por lo visto, no todas las mujeres allí eran víctimas, pero no tenía dudas de que a muchas de ellas les habían lavado el cerebro o las habían coaccionado.

«¡Santo Dios!», pensé horrorizado. ¿Qué mujer querría ser vendida como si su valor no fuera más que monetario? Probablemente, no muchas.

Yo había hecho cosas malas en el pasado, generalmente para salvar vidas o evitar que gente resultara herida. Había hecho mucha piratería ilegal. Incluso había utilizado una pistola para disparar contra terroristas cuando trabajaba con Marcus para la ORP. Tal vez fuera el tipo de la tecnología, pero todos y cada uno de nosotros éramos diestros con armas de todo tipo.

Sin embargo, nunca en mis sueños más salvajes había imaginado las atrocidades que estaban ocurriendo allí, en aquel club, aquella noche.

Mi cuerpo se tensó cuando me percaté de que la gran apoteosis de la noche, la venta de una chica virgen, estaba a punto de producirse. Escuché a los hombres hablando con susurros roncós cuando una mujer desnuda apareció en el centro del escenario bajo el foco. Luego, se me paró el corazón por completo.

La mujer parecía joven, probablemente apenas tenía edad legal para beber, si no era más joven. No me cabía duda de que se trataba de Ruby y ya sabía que tenía casi veintitrés años, pero parecía recién salida del instituto. Su cuerpo era juvenil y escultural, su sexo obviamente depilado para que se viera todavía más joven de lo que naturalmente era. Por el amor de Dios, incluso llevaba el pelo recogido en dos coletas a los lados de la cabeza y estaba completamente desprovista de maquillaje; aunque no es que lo necesitara.

Ella era hermosa de una manera totalmente terrenal. Pero su expresión era lo que hacía que mi corazón hiciera cosas extrañas que nunca había hecho.

Iba con la cabeza alta, pero yo podía ver el miedo en sus ojos. Había conseguido una mesa cerca del escenario y pude verla tragar saliva con fuerza mientras intentaba reunir el valor para mantener el mentón levantado. Estaba temblando, aunque intentaba abrazarse para tratar de parar y

ocultarlo. Cuando el hombre que sostenía una delgada cadena alrededor de su cintura le apartó las manos del cuerpo de un golpe para exhibirla mejor, tuve que contenerme de saltar al escenario y estrangular a ese cabrón.

La voz del maestro de ceremonias sonó por el altavoz.

—¿Qué darían para llevar a esta jovencita a su habitación? Es cien por cien virgen y está lista para lo que tenga planeado para ella. O quizá prefiera una mazmorra donde pueda atormentarla lentamente antes de llevarse lo que pagó. Un premio como este vale cualquier precio. Tiene miedo y tengo la sensación de que dará una buena pelea. Imagínense castigarla por ser una chica mala. Señores... hagan sus ofertas.

Se me revolvió el estómago. «¡Dios!», pensé. Tenía que reconocer que había visto mundo y que podía ser tan fetichista como cualquiera. Pero era demasiado difícil para mí sentirme cómodo observando aquello. La joven parecía desesperada y yo casi sentía su dolor y humillación. Intenté llamar su atención, pero ella seguía mirando al frente, con la cabeza erguida como si estuviera intentando salvaguardar su orgullo.

Fruncí el ceño al mirar con más atención y percatarme de que estaba mordiéndose el labio inferior. El instinto protector se levantó en mi interior; la necesidad de salvar a aquella mujer de más dolor y humillación era tan fuerte que tuve que obligarme a permanecer en mi asiento. La subasta fue ridícula, una tortura lenta que sentía deseos de terminar ofreciendo cualquier precio por ella.

«Sigue así. Mantén la calma», me dije. Miré alrededor de la sala y observé a algunos viejos ricos que prácticamente salivaban por poner sus manos sobre la mujer que adornaba el escenario.

Demonios, yo también la deseaba. No era inocente. Pero estaba más desesperado por rescatarla que por joderla en ese preciso instante. No deseaba a una mujer aterrorizada. Lo único que quería era a una mujer que realmente me deseara ahora que era un bien defectuoso. Pero Lisette ya me había enseñado una lección acerca de desear más de lo que podría obtener nunca. Estaba dañado y era imposible que en la vida encontrara a alguien que no se estremeciera ante mis cicatrices. Demonios, a veces incluso me hacían apartar la mirada de las lesiones de mi propio cuerpo.

Le hice una seña al subastador, si realmente podía llamarlo así, de que subía la puja. No iba a salir del edificio sin Ruby. La oferta alcanzó seis cifras y los hombres empezaron a abandonar lentamente con miradas insatisfechas. La cantidad de dinero que se ofrecía no era nada para mí. Tenía más dinero del que podía gastar en muchas vidas. No me importaba que alcanzáramos siete cifras o más.

No había hecho más que hacer mi oferta cuando de repente alcé la vista y me encontré con la mirada de Ruby. Su expresión inalterable y atormentada me hizo querer tomarla en brazos, envolverla en algo cálido y llevarla a casa conmigo.

Sabía algo sobre su vida, cosas que Dani había compartido conmigo. Era una mujer que nunca había conocido la bondad realmente. Solía estar helada, indefensa y sola en las calles. Había pasado hambre. Había tenido miedo. Y, por Dios, iba a demostrarle que no todas las personas eran malas. Ruby merecía mucho más que la mano horrible que la vida le había dado.

Le lancé un guiño conspirador y una sonrisa. Fui recompensado con la primera señal de emoción en sus ojos oscuros y torturados. Durante solo un instante, vi un destello de esperanza atravesar su rostro antes de que desaparecer con la misma prontitud. Dani no le había dicho a Ruby cómo la ayudaría exactamente, pero yo esperaba que ella entendiera que lo último que quería era hacerle daño.

«Por fin. Ruby está adjudicada a la de una. A la de dos...».

—Adjudicada, al caballero de la primera fila.

Respiré un suspiro de alivio. Ruby volvía a casa conmigo.



Capítulo 17



Dani

—**M**arcus, ¿es realmente necesaria esta gran estampida? —Pregunté mientras me abrochaba el cinturón de seguridad para despegar en su enorme avión.

—Sí —respondió sencillamente.

De acuerdo, estaba enfadado conmigo por no hacerle señales de que viniera a ayudarme. Quizás debería haberle explicado que me aterrorizaba que le sucediera algo, pero en lugar de eso me había inventado una excusa estúpida. A él no le había gustado mi explicación. Así que había permanecido prácticamente en silencio mientras conducía hacia el aeropuerto como alma que lleva el diablo.

Sinceramente, la idea de fingir el robo del coche había sido brillante. La estratagema y la falta de conexión entre Marcus y yo habían sido perfectas. Yo ya le había entregado la diminuta cámara a un funcionario del gobierno que la aceptó en cuanto llegamos al avión de Marcus y se marchó casi de inmediato para hacer analizar la información.

Si lograban obtener lo que necesitaban, Becker se hundiría. Si Greg pensaba que Marcus no era más que un simple ladrón de coches o un matón, realmente no se pondría nervioso por el hecho de que alguien pudiera andar tras su pista. Lo más probable era que creyera que el criminal que se había llevado el automóvil y a la mujer dentro del vehículo se hubieran echado atrás al encontrarme en el coche y que ambos habían huido. O al menos eso era lo que esperaba que creyera. Daría tiempo a los cuerpos de seguridad para hacer lo necesario para arrestar a aquel imbécil.

Yo sabía que nos dirigíamos a Rocky Springs. Había escuchado a Marcus hablando con el piloto.

—Ni siquiera tengo casa en Colorado —le informé.

—Te quedarás conmigo—, respondió con una voz que no daba lugar a discusiones.

—¿Tengo alguna opción en esta decisión?

—No —respondió él llanamente.

—¿Y seguirás enfadado conmigo?

Yo podría haber mencionado que tenía una hermana en Colorado, una con la que seguramente podría quedarme cuando llegara. Sin embargo, me di cuenta de que ahora no era el momento de discutir con él.

Marcus era... bueno... era Marcus. Eso significaba que era muy mandón, lo cual podía ser increíblemente molesto. Pero era difícil enojarse con un hombre que me salvaba el pellejo una y otra vez.

—Es lo más probable —refunfuñó.

—Desearía que no lo estuvieras —compartí—. Me has salvado la vida esta noche.

—Otra vez —dijo él en tono malhumorado.

Por supuesto, ahora me había salvado el trasero dos veces. Y yo estaba agradecida. Pero no quería pasar todo el viaje a Colorado con él de mal humor.

—Gracias —dije, poniendo una mano sobre su brazo en agradecimiento.

—No me lo agradezcas. Empiezo a pensar que mi objetivo en la vida es asegurarme de que tú sigas con vida.

El hecho de que le importara lo suficiente como para seguir salvándome era una lección de humildad. Marcus era uno de los hombres más ricos del mundo y tenía muchas cosas en la cabeza. No tenía que preocuparse, pero lo hacía. Aquello decía mucho de su corazón y de la bondad enterrada bajo su exterior sarcástico y arisco.

—No quería que Becker te hiciera daño —dije apresuradamente—. Yo tenía miedo porque él tenía una pistola. No quería que te pillara desprevenido ni que terminaras herido o muerto por mi culpa.

Marcus guardó silencio durante un momento antes de decir:

—Si alguna vez dejara que alguien me pillara desprevenido, ya estaría muerto. Por el amor de Dios, Danica, no es como si no supiera que ese imbécil no tenía más de una pistola.

—No podía arriesgarme —le dije mientras retiraba la mano de su brazo.

—Deberías haberlo hecho —argumentó—. ¡Dios! Nunca lo superaría si te hubiera pasado algo. Me habría destruido.

El corazón me dio un vuelco al percatarme de que toda su ira se debía a mí, generada por su miedo por mi seguridad.

«Ay, Marcus. Eres mejor hombre de lo que crees», pensé. Quizás fuera formidable, pero el tipo tenía buen corazón.

—Yo estaba dispuesta a asumir el riesgo —le recordé.

Él giró la cabeza y me dejó clavada con su mirada de color de acero.

—Yo, no —farfulló—. Detesté toda esta maldita idea desde el principio. ¿Te hizo daño?

Yo sacudí la cabeza lentamente, hipnotizada por la emoción volátil que veía en su mirada.

—No. En realidad, no.

Podía sentir que el jet se nivelaba y la señal del cinturón de seguridad se apagó.

—Tengo que ir al baño —dije cuando la cabeza empezaba a darme vueltas. Me desabroché el cinturón y me puse de pie.

Marcus me estabilizó.

—¿Estás bien?

—Sí —musité—. Estaré bien.

Utilicé los asientos para mantener el equilibrio mientras corría hacia el baño. Una vez que cerré la puerta, bajé el asiento del inodoro y me senté.

Llegué justo a tiempo. El sudor rociaba mi frente y el corazón empezó a latirme desbocado hasta que me faltó el aliento. Un fuerte sonido empezó a zumbar en mi cabeza y me cayeron lágrimas por las mejillas. Puse la mano sobre el tocador junto al lavabo, deseando que la sensación de impotencia desapareciera.

Pero parecía hacerse eterna.

—¿Danica? ¿Dani? ¿Qué demonios pasa? —Oí que decía Marcus, su voz amortiguada por el zumbido en mis oídos.

Fui arrastrada a mi mundo interior mareado, palpitante y sin aliento durante lo que pareció un período interminable de tiempo antes de volver a bajar a la tierra.

—¡Dani! —Marcus me llamó, exigiendo que respondiera.

El problema era que no podía decir nada. No hasta que mi cuerpo me perteneciera de nuevo.

Apoyé mi mano temblorosa sobre el muslo, inclinándome para tomar aire. Sentía que me estaba ahogando, pero sabía que no lo estaba. Finalmente, la niebla empezó a disiparse y comencé a respirar profundamente.

—Voy a hacer un aterrizaje de emergencia —dijo Marcus categóricamente—. Creo que tenemos que llevarte a un hospital.

Cuando volví a mi cuerpo, protesté.

—No. No lo hagas.

Estaba arrodillado frente a mí, sosteniendo un paño frío en mi frente sudorosa.

—No sé qué pasa...

—Yo lo sé. Solo dame un minuto —le supliqué. Empecé a inspirar profundamente y me erguí, tomando el pañuelo de su mano para limpiarme el rostro empapado.

—Estás recuperando un poco de color. ¡Dios! Estabas tan blanca como una sábana. ¿Qué ha pasado?

—Un ataque de pánico —respondí—. No he tenido un ataque fuerte en mucho tiempo. Supongo que lo que pasó esta noche lo provocó. No me matará.

Me avergonzaba haberme desmoronado frente a él, pero había olvidado que el baño tenía una entrada desde la habitación donde había entrado él.

—¿Tienes ataques de pánico? —Preguntó en voz baja—. ¿Desde el suceso de hace un año?

Yo asentí cuando empecé a sentirme más estable y al recuperar un ritmo regular mi corazón.

—Creía que ya los había superado. Eran bastante malos después de volver a Estados Unidos hace un año. Por medio de la terapia, me he recuperado lentamente de mi trastorno de estrés postraumático y ansiedad. Pero supongo que todavía no lo he hecho del todo. Lo siento.

Él estrechó mis manos entre las suyas y me dijo:

—No pidas perdón por algo que no puedes controlar. Si lo único que te queda es un ataque de pánico ocasional, vas muy bien. Dios, Dani. Has pasado por el infierno y has vuelto. ¿Por qué no puedes darte un descanso?

—Ayuda estar ocupada —dije débilmente.

—Puedes mantenerte ocupada con algo seguro —dijo con voz grave—. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Ahora estoy bien. Detesto no tener control cuando se producen. Siento que no puedo respirar, me mareo muchísimo y desconecto, y el corazón me late a mil por hora. Es humillante y me siento muy indefensa. Mi última experiencia con esto fue hace meses. Aprendí a lidiar con ellos, pero supongo que todavía se producirán en ocasiones, especialmente si estoy estresada.

—Te ayudaré. Solo dime lo que necesitas y yo lo conseguiré.

Sonaba tan sincero que hizo que se me encogiera el corazón.

—Ya ha pasado. Estaré bien. Solo necesito darme una ducha y quitarme esta ropa.

Estaba casi segura de que la cantidad de sudor proveniente de mi cuerpo estaba haciéndome apestar.

—¿Qué puedo hacer? —Preguntó empezando a sacar mi pie de los zapatos de tacón ridículamente altos.

—Ya lo estás haciendo —respondí con una sonrisa.

—¿Qué?

—Ayúdame a quitarme esta ropa —pedí.

Él arrojó los zapatos a un lado, se enderezó y luego me levantó despacio.

—Voy a esperar en caso de que vuelvas a marearte.

—No creo que vuelva a suceder. No suelen darme ataques tan juntos. Pero aun así me gustaría que me ayudaras. —Me temblaban las manos cuando empecé a desabotonarme la blusa.

Marcus apartó mis manos y empezó a desabrochar los botones con seguridad.

—Yo lo haré.

—¿Te duchas conmigo, Marcus? —No estaba sufriendo ningún efecto secundario aparte de cansancio. Ahora que había liberado el estrés contenido, estaba bien. Había aprendido en terapia que los ataques de pánico no iban a matarme, pero un lunático había estado a punto de acabar con mi vida aquella misma noche. Quizás fue el recordatorio de lo frágil que podía ser la vida lo que hizo que quisiera alargar el brazo y tomar exactamente lo que quería.

—¿Por qué? Has dicho que estarás bien —me recordó mientras me retiraba la blusa de los hombros.

—Porque quiero que lo hagas —confesé—. Me has preguntado si necesitaba algo. Lo único que necesito realmente eres tú.



Capítulo 18



Marcus

No estaba seguro de poder verla desnuda y no querer joder con ella. Demonios, no podía verla vestida sin querer agarrarla.

Después de haber hecho que me cagara de miedo aquella noche y hacía solo unos minutos mientras sudaba a chorros e hiperventilaba, mi necesidad de estar en lo más profundo de ella era aún más fuerte.

Odiaba el hecho de que aún tuviera secuelas prolongadas de su tiempo como cautiva, pero era comprensible. Ella había sido increíblemente valiente y yo sabía que esta última investigación tenía que haberla afectado sobremanera.

Quería hacerla sentir segura y protegida. Sin embargo, también quería verla venirse para mí. Ella me lo estaba ofreciendo y me sentía jodidamente incapaz de rechazarlo. Pero...

—Dani, no voy a aprovecharme de ti ahora mismo. Ha sido un día muy estresante. Todavía perdura el subidón de adrenalina.

Vi como ella se sacudía la falda contoneándose.

—La forma en que te necesito no tiene nada que ver con la adrenalina, Marcus. Está ahí. Siempre ha estado ahí. Simplemente intenté ignorarla. Pero cuando me di cuenta esta noche de que podía morir en cuestión de segundos, entendí que a veces tengo que dejar de ser precavida. Tengo que pedir lo que necesito.

Ella tenía razón. Nuestra conexión instantánea que había prendido hacía años mientras los dos estábamos en zonas de conflicto siempre había estado presente. Yo había deseado a Dani durante mucho tiempo, pero ambos habíamos optado por ignorarlo. Demonios, había llegado al punto en que ya no podía controlar mi deseo y estaba harto de luchar contra él.

Era la hermana de mi mejor amigo. Dani debería estar vetada. Sin embargo, no podía negárselo en este momento.

—No quiero que te arrepientas de esto —dije con franqueza.

Agarrando la cinturilla de mis pantalones, ella respondió:

—Nunca me arrepentiría de ti.

—Esto no va a ser una aventura para ninguno de los dos —le advertí—. Nos quedamos juntos y vemos dónde va esto desde aquí. No se separarán nuestros caminos hasta que ambos estemos listos.

—Está bien —accedió ella de buena gana.

—No podremos volver atrás —le advertí.

—No me importa —farfulló al liberar los pechos más perfectos que había visto en mi vida cuando se quitó el sujetador deportivo por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo.

—Entonces, a la mierda —murmuré, recorriendo con la mirada su cuerpo terso y curvilíneo que ahora estaba prácticamente desnudo, excepto por unas medias y la ligerísima ropa interior—. Nunca he afirmado ser un maldito santo y, desde luego, no me siento como uno ahora mismo. Si me deseas, soy tuyo.

—Te deseo —respondió ella casi de inmediato.

—Entonces, que Dios nos ayude a ambos —dije, alzándola en mis brazos para poder llevarla a la cama.

—Probablemente apesto —avisó—. Estaba toda sudorosa.

—No apestas —le aseguré. Olía tan dulce como el pecado para mí.

La ansiedad entre nosotros dos se disipó y yo era incapaz de pensar en nada, excepto en lo bien que se sentía tener su cuerpo contra el mío, piel con piel. La bajé a la cama con cuidado. Tenía que asegurarme de no moverme demasiado rápido.

—¿Has estado con alguien desde que esos cabrones te violaron?

Yo estaba casi seguro de conocer la respuesta a mi pregunta, pero tenía que preguntárselo de todas formas. Si yo era el primero para ella desde el suceso del secuestro, teníamos que tomarnos las cosas con calma y tranquilidad.

—No. No deseaba a nadie más. Solo había estado con dos chicos antes y con nadie desde que los terroristas me violaron. Ahora, el único hombre que deseo eres tú.

«¡Mierda!», pensé. ¿Qué demonios podía contestar a eso? Me alegraba de ser el primer tipo que había deseado en mucho tiempo, pero también recelaba de que todavía no estuviera preparada para estar con alguien. Me quité los pantalones y los dejé caer al suelo.

—Dani, ¿estás segura de que estás lista para esto?

Mi pene ya estaba bastante duro, pero se puso aún más firme a medida que sus ojos recorrían mi cuerpo como si quisiera devorarme.

—Estoy más que preparada. Por favor, Marcus —suplicó en tono vulnerable.

Me dejé caer a su lado y luego me cerní sobre ella mientras me encontraba con su mirada deseosa.

—¡Dios! Eres increíblemente guapa —le dije con voz ronca. Me estremecí cuando ella puso sus manos en mi pecho para acariciar los músculos y luego pasó a mis bíceps.

Me detuve durante un momento, simplemente empapándome de la sensación de sus manos sobre mi cuerpo. Había deseado aquello durante tanto tiempo que casi resultaba surrealista. Finalmente, bajé la cabeza para besarla.

En el momento en que se abrió a mi exigencia, supe que estaba jodidamente perdido. Había deseado a aquella mujer durante tantísimo tiempo que mi cuerpo estaba tenso de tanto contenerme. Tomé todo lo que ella me dio, y luego pedí más.

Al final, levanté la cabeza y enterré el rostro en el lateral de su cuello, dándome un festín con la delicada piel mientras la oía gemir. Lo único que quería hacer era explorar su hermoso cuerpo, hacerla gemir más fuerte.

—Marcus —dijo con voz apasionada mientras me cerraba la boca en torno a uno de sus pezones, resuelto a asegurarme de arruinarle a cualquier otro tipo, excepto yo.

«¡Mía! Siempre tenía que haber sido mía», pensé codicioso. Escuché y observé sus reacciones atentamente porque no quería hacerla entrar en pánico. De ninguna manera pensaba no saborear

aquella experiencia, pero mi pene me instaba a apresurarme.

—Qué rico, Marcus —dijo, con voz trémula.

—Está a punto de ponerse mucho mejor —respondí, enderezándome un momento para poder quitarle la tanga que llevaba.

Ella ayudó levantando el trasero mientras yo sacaba el pequeño trozo de seda de su cuerpo.

«¡Maldición!», pensé. Un movimiento en falso y su trasero se habría salido de su minifalda. Lo único que tenía que hacer era doblarse en la dirección equivocada.

—Tengo una relación de amor-odio con estas —retumbé, tirando las braguitas de la cama.

La escuché reprimir una carcajada y estuve bastante seguro de que ella sabía exactamente lo que estaba pensando cuando dijo:

—¿Quieres que me quite las medias?

Le llegaban casi hasta la parte superior de los muslos y estaban aseguradas con un ligero negro de encaje.

—No —decidí—. Déjatelas.

Recorrí cada uno de sus muslos con una mano, adorando la sensación sedosa de sus medias, pero fue mucho mejor cuando llegué a su piel de satén.

Ella dio un respingo, pero no rehuyó cuando descendí con mi cuerpo entre sus muslos. El corazón se me aceleró mientras exploraba con los pulgares la pequeña franja de piel sensible que se extendía por encima de las medias; luego ascendí con cautela para sumergir un dedo en su sedoso sexo, separando sus pliegues, solo para encontrarme con una humedad que me hizo recuperar el aliento.

«¡Dios! Realmente me desea», pensé. Tenía el sexo mojado, húmedo y más que preparado para mi miembro insistente. Pero lo ignoré. Lo que realmente quería era degustarla, devorar sus jugos hasta saciarme. La escuché gemir cuando enterré el rostro entre sus muslos, probando cada centímetro de su dulce sexo con una lengua estirada y presionando sutilmente su clítoris.

—Ah, Dios. Marcus. Sí.

Un fuerte agarre a mi cabello siguió a sus palabras desesperadas, instándome a hacerla estallar de placer. Me tomé mi tiempo, haciendo aumentar la tensión en su cuerpo lentamente mediante la estimulación del pequeño manojito de nervios que sabía que la llevaría al orgasmo.

Sus caderas se levantaron, el movimiento hecho con el único objetivo de intentar conseguir su satisfacción. Apretó las caderas contra mi boca, instándome en silencio a darle más. Yo me emborraché de su sabor y del movimiento erótico de sus caderas encontrándose con cada caricia de mi lengua.

Dani estaba desesperada cuando jadeó:

—Haz que me venga, Marcus. Por favor, haz que me venga.

Yo no quería parar, pero oía la tensión en su voz y lo último que quería era confundirla. Había tiempo suficiente para retrasar la gratificación. Por ahora, solo quería darle todo lo que ella quería. Me concentré en la pequeña protuberancia palpitante, acariciándola con fuerza con la lengua y permitiendo así que Dani volara un poco más alto.

Su agarre en mi cabello se intensificó y mi boca se mostró cada vez más y más tosca a medida que escuchaba sus jadeos.

«Vente para mí, Dani. Venga. Déjate llevar», pensé.

Me quedé en su clítoris, pero usé la otra mano para penetrar su vaina, utilizando un dedo para abrirla y luego dos para joderla.

Ella se retorció bajo mi boca con la respiración fuerte y rápida cuando sentí que su cuerpo se tensaba. Un grito ahogado abandonó sus labios cuando sentí las paredes internas de su vagina

contrayéndose contra las embestidas de mis dedos.

—Sí. Sí. Sí. —Su canto era incoherente y yo no me enteré de ninguna otra palabra que pudiera haber dicho. Lo único que pude escuchar fuerte y claro era su aceptación de su orgasmo inminente.

Yo sudaba a chorros al imaginarme su vaina apretada y resbaladiza tomando mi miembro. Su vaina musculosa se cerró sobre mis dedos y su cuerpo empezó a temblar mientras ella montaba el clímax con toda su fuerza. Su espalda se arqueó en la cama y sus caderas se levantaron mientras sus dedos se aferraban a mi cabello como a un clavo ardiendo.

Lamí el flujo de jugos liberados que fluían de su sexo, saboreando cada gota.

—Dios, Marcus. ¿Qué demonios ha sido eso? —Exclamó cuando su cuerpo empezó a descender de la nube.

Yo ascendí por su cuerpo lentamente.

—Creo que se llama orgasmo —la informé.

—He tenido orgasmos. Me los proporciono yo misma. Eso ha sido... diferente.

Yo intenté con todas mis fuerzas no pensar en ella masturbándose. Era una imagen que probablemente ahora estaría perpetuamente grabada en mi mente. Me dejé caer junto a ella mientras recuperaba el aliento, moviendo uno de mis dedos resbaladizos hacia sus labios.

—Así sabes —gruñí, mirando como su boca se abría y luego se aferraba a mi dedo.

Mi pene palpitó, imaginando que esa boca sensual tomaba algo más que uno de mis dedos. Ella lamió mi dedo durante un momento antes de soltarlo.

—Increíble —dijo simplemente.

Yo le aparté el cabello húmedo de la cara.

—Sí, lo eres —respondí, malinterpretando deliberadamente lo que quería decir ella. Era muy receptiva. Estaba tan dispuesta para mí. Era increíblemente valiente. La besé en la frente mientras recuperaba el aliento y luego me dejé caer de espaldas. Todos los instintos de mi cuerpo la deseaban, necesitaban joderla y hacerla mía. Pero mis instintos protectores intervinieron, diciendo que tal vez la había presionado a llegar tan lejos como me atrevía por el momento.



Capítulo 19



Dani

Tenía los ojos cerrados y me sentía como si mi cuerpo estuviera tan sensibilizado que notaba cada aliento que tomaba entrando y saliendo de mis pulmones. Lo que Marcus había hecho y la manera en que me había hecho sentir me había deslumbrado por completo. Había entrado en un mundo de placer puro y sensual, un espacio del que jamás quería escapar.

—Eso ha sido... —Demonios, no tenía palabras para expresarlo. Quería decirle a Marcus lo que sentía, pero ¿cómo se dan las gracias por algo que no se sabía que existía?—. Orgásmico —terminé diciendo con un susurro áspero, a sabiendas de que era un comentario muy pobre, pero sin saber cómo describirlo de otro modo.

Tenía un poco de experiencia sexual previa, pero nada se había sentido así nunca. El placer había sido tan intenso que resultó casi doloroso. El hecho de que Marcus pareciera haber disfrutado de cada segundo de la experiencia hizo que fuera mucho más potente.

Me recuperé despacio y luego me percaté de que Marcus estaba tumbado bocarriba. Rodando sobre un costado con la cabeza apoyada en una almohada, pregunté:

—¿Todo bien?

Su brazo tapaba sus ojos.

—Sí, estoy bien.

No lo parecía; su voz sonaba atribulada.

—¿Qué pasa? —insistí.

Giró sobre el costado para que estuviéramos cara a cara. Sus dedos se enredaron en mi cabello mientras decía:

—No pasa nada. Verte así ha sido increíble.

Marcus estaba siendo sincero. Lo veía en su mirada.

—¿Entonces a qué esperas? Estoy recuperada y no hay nada que desee más que a ti —dije dubitativa.

Él soltó un suspiro viril.

—Aún recuerdo lo asustada que estabas cuando te besé en el avión justo después de que fueras rescatada. Dani, no quiero volver a ver esa mirada en tu cara nunca.

Yo me apoyé sobre el codo.

—Espera un minuto. ¿Crees que estoy asustada?

Él se movió conmigo, poniendo la mano debajo de su cabeza.

—¿No lo estás? Todavía tienes ataques de pánico, Dani, y no has estado con nadie desde que te violaron en grupo.

Una ternura por aquel hombre inundó todo mi cuerpo y llegó hasta mi corazón. Sentía miedo por mí, le preocupaba que no estuviera lista para volver a tener sexo.

—Marcus, no habría empezado esto si no quisiera llegar hasta el final. No tengo miedo de ti — le informé en tono amable.

—Deberías tenerlo —farfulló él—. La manera absurda en que te deseo me aterra.

Me arrodillé a su lado, deslizando la mano por su abdomen musculoso y antes de meterla dentro de la cintura elástica de su ropa interior, buscando lo que realmente quería.

—Sé que me deseas —lo tenté, acariciando con los dedos su verga dura como una roca.

—Dios, Dani, déjalo antes de que te encuentres debajo de mí y a mi merced —gruñó él, con la mandíbula apretada.

Tiré de su bóxer, sacándolos de su cuerpo por pura voluntad, porque él no me ayudó ni un poco. Su cuerpo se tensó cuando lo monté a horcajadas y ensarté las manos en su pelo antes de descender con mi cuerpo sobre el suyo, saboreando la forma en que nos sentíamos piel con piel. Besé su frente antes de poner mis labios junto a su oído.

—Jódeme, Marcus. Antes de que me vuelva loca. Te quiero en lo más profundo de mí. Quiero verte llegar.

Yo sabía que estaba luchando contra su deseo y estaba decidida a asegurarme de que perdiera la batalla. Su preocupación por mí me conmovió en el alma, pero no era necesaria. Yo no era una flor frágil y nunca, jamás había tenido miedo de él. Quizás el tiempo no hubiera sanado todas mis heridas, pero yo no tenía miedo del sexo ni de Marcus. En realidad, todo lo que quería era sexo con Marcus.

Tal vez si hubiera sido con cualquier otro, me sentiría diferente. Pero era él, el tipo que mi cuerpo ansiaba desesperadamente, y ya no estaba recién rescatada. Yo sabía lo que quería. Sabía lo que necesitaba. Mi problema ahora mismo era intentar explicarle que no iba a tener miedo. No iba a dejarme de nuevo como lo hizo en el baño, de ninguna manera.

Suspiré cuando su piel ardiente calentó mi cuerpo. Me aplasté contra él, esperando que finalmente captara el mensaje, mientras mis labios trazaban un sendero por su mejilla, hasta su boca.

Lo besé con fuerza, haciéndole saber que no me cansaba de él, y mi cuerpo prendió en llamas cuando finalmente él respondió. Sus dedos se enterraron en mi cabello y me atrajeron más cerca. Luego exploró mi boca con una desesperación tan intensa que era casi palpable en el aire que nos rodeaba.

Cuando levanté la cabeza, le advertí:

—Si no me jodes, tomaré lo que quiero.

—Hazlo —carraspeó él—. Es imposible pueda resistirme. No tengo ni idea de cómo lo he hecho durante tanto tiempo.

Yo no pensaba esperar más ahora que sabía que él estaba conmigo. Me deslicé hacia atrás, situándome para llevarlo dentro de mí y luego descendí sobre su miembro.

—Ah, Dios, Marcus. He deseado esto durante tanto tiempo. —Me estremecí mientras mis músculos se estiraban para recibir toda su hombría.

—Sigue, cariño. Tómame entero —exigió.

Yo sonreí mientras me sentaba por completo sobre él, mi cuerpo gritando de felicidad cuando por fin conseguí lo que necesitaba. Las manos de Marcus me palmearon las caderas, agarrándolas

con fuerza cuando levantó las caderas.

Me senté y apoyé las manos sobre sus hombros, gimiendo cuando lo sentí conteniéndose en mi interior.

—No te reprimas —supliqué, consciente de que lo necesitaba tan desesperadamente que hacerlo despacito y con calma no iba a ser suficiente.

Él levantó mis caderas y yo capté su ritmo. Perlas de sudor se formaron en mi rostro a medida que me daba más y nuestros cuerpos se encontraban con una cachetada satisfactoria cada vez que él volvía a guiarme hacia abajo.

—Marcus —gemí incapaz de contenerme, dejando caer la cabeza hacia atrás a medida que mi cuerpo exigía la satisfacción que él prometía.

—Eres jodidamente preciosa —gruñó, flexionando sus fuertes bíceps mientras seguía embistiendo. Más y más duro. Una y otra vez. Ambos trabajando con nuestros cuerpos como si estuvieran hechos el uno para el otro. Algo caliente se deslizó por mi vientre y comenzó a extenderse en ondas hacia fuera.

—Vente para mí, Dani. No voy a poder contenerme mucho más tiempo —rugió, apartando una de sus manos de mi cadera para deslizar los dedos hacia el lugar donde estábamos fundidos.

La primera caricia tosca sobre mi clítoris hizo que la cabeza me diera vueltas. La segunda me hizo llegar al clímax; el orgasmo me golpeó como un tren de alta velocidad.

—¡Marcus! ¡Marcus!

No podía hacer nada excepto gritar su nombre, mi cuerpo estremeciéndose cuando estallé completamente.

Volví a caer hacia adelante y nuestros cuerpos resbaladizos se deslizaron juntos mientras Marcus sostenía mis caderas y su miembro martilleaba mi vaina con una urgencia que yo sentí incluso al llegar a la cima.

—Dani. Cariño —gimió con una voz *sexy* y gutural—. ¡Mierda!

Mi vagina se contraía en torno a su miembro palpitante y yo saboreé la expresión de su rostro mientras me inclinaba para besarlo, consciente que lo estaba excitando hasta un orgasmo ardiente.

Su abrazo era brusco y duro, una expresión apasionada de la forma en que los dos estábamos dejándonos llevar y simplemente sintiéndonos arder. Yo agradecí su gruñido pesado y viril cuando se vino dentro de mí. Todo mi cuerpo temblaba al llegar mi clímax a su punto álgido, y luego empezó a relajarse de nuevo.

—¡Joder! —Maldijo Marcus, rodeando mi cuerpo con sus brazos para sostenerme con seguridad contra su pecho.

Yo estaba jadeando y mi corazón galopaba tan rápido que era casi imposible distinguir la pausa entre los latidos. Uno fluía hacia el otro y una profunda sensación de paz como nunca había conocido se apoderó de mí.

—Lo he necesitado durante tanto tiempo —dije en un susurro anonadado.

Era posible que hubiera intentado odiarlo. Quizás tenía que recordarme constantemente que sabía que era un perro por lo que creía que le había sucedido a mi hermana hacía diez años. Tal vez mi atracción por él siempre había estado allí, pero yo nunca la había reconocido. Pero ahora que lo pensaba sinceramente, no recordaba un momento en que no hubiera deseado a Marcus, por mucho que intentara negarlo. No era una apuesta segura y probablemente no era lo que yo debía necesitar. Probablemente por eso nunca había permitido que mi cerebro consciente pensara en el calor que ardía entre nosotros. Tal vez yo lo hubiera enterrado bajo la ira y el resentimiento, pero lo que acababa de pasar llevaba mucho tiempo cociéndose. El deseo que él evocaba en mí solo por estar cerca de él siempre había estado allí.

—Lo sé, cielo —respondió con voz ronca, acariciándome el cabello con la mano en un movimiento reconfortante—. Yo también.

Por supuesto, nuestra atracción era mutua. No habría sido tan explosivo de no ser así, si ambos no tuviéramos la misma reacción química entre nosotros. Tener sexo con Marcus era como jugar con fuego, pero teniendo en cuenta lo que acababa de pasar, yo estaba dispuesta a arriesgarme a quemarme.

—No utilicé protección, Dani —dijo con remordimiento—. Estaba tan excitado que no lo pensé. Nunca he hecho eso antes.

—Estoy sana —lo tranquilicé. Después de todo, había sido violada en grupo una y otra vez, por lo que él tenía derecho a preocuparse—. Y tomo la píldora. Después de lo sucedido, probablemente siempre siga tomando ese o algún otro anticonceptivo.

—Joder, no estoy preocupado por ti —dijo en tono áspero—. Pero tú no me has preguntado a mí.

—No necesito hacerlo —respondí yo.

—¿Por qué?

—Porque te conozco lo bastante bien como para saber que, si no estuvieras sano, nada hubiera ocurrido sin un condón —le expliqué.

—No soy un santo —negó—. Pero estoy sano. Nunca he tenido relaciones sexuales sin condón y me hago revisiones con regularidad.

—¿Entonces soy la primera? —Bromeé.

—La única ahora mismo —dijo él.

El corazón me dio un vuelco. Me encantaría ser de Marcus solo durante un tiempo.

—Apesto —dije con un suspiro—. Pero no estoy segura de cómo voy a levantarme y ducharme. Creo que me flojean las piernas.

Él se sentó y se acercó al borde de la cama, llevándome con él envolviéndome el cuerpo con un brazo. Luego me levantó, obligándome a abrazarme a su cuello cuando se puso en pie.

—¿¡Qué estás haciendo!?! —Chillé.

—Llevando a mi chica de piernas débiles a la ducha —respondió con indiferencia.

Yo chillé de nuevo cuando me levantó más en sus brazos y procedió a llevarme a la ducha. Me reí hasta que finalmente nos metimos en el agua. Después de eso, Marcus y yo estuvimos bastante ocupados concentrándonos en otras actividades placenteras.



Capítulo 20



Dani

Cuando llegamos a Rocky Springs, terminé quedándome con Marcus. No porque él lo hubiera ordenado, sino porque quería estar con él. En algún momento entre mi ataque de pánico y el aterrizaje, me di cuenta de que no importaba cuánto intentara aislarme, la felicidad no estaba garantizada. Para ser sincera, probablemente había caído en la cuenta de esa verdad durante el tiempo en que fui prisionera de los rebeldes. Iba a tener que intentar conseguir lo que quería en mi vida. Y si no intentaba hacer a Marcus parte de mi futuro, al menos, solo estaría actuando sin convicción.

Estaba enamorada de él. Completa, total e irremediablemente. Y si no podíamos estar juntos durante el resto de nuestras vidas, atesoraría cada segundo que tuviera con él.

—Tengo que reconocer que creí que terminaríamos peleando para que te quedaras aquí conmigo —dijo Marcus mientras empezaba a quitarse la ropa en el dormitorio de su mansión de Rocky Springs.

Casi no habíamos dormido en el viaje de vuelta a Colorado y ambos estábamos listos para descansar un poco.

—Son casi las tres de la mañana —le recordé—. Y me siento magnánima.

Él me sonrió desde el lado opuesto de la habitación. Yo acababa de ponerme un camisón sacado de mi maleta y él estaba quitándose la ropa tan rápido que era prácticamente alucinante.

Hice un breve recorrido por la casa antes de que nos retiráramos al dormitorio principal. Todavía sonriendo con suficiencia, preguntó:

—¿Y eso por qué?

—Porque conseguí lo que quería —susurré, devolviéndole la sonrisa—. Eso tiende a suavizarme.

—Qué casualidad. Yo también conseguí lo que quería y no tuve que arrojarte sobre mi hombro para traerte aquí cuando llegamos a casa.

—Quiero pasar tiempo contigo —confesé—. No quiero quedarme en casa de Harper y Blake. No llevan tanto tiempo casados.

—Entonces es un buen arreglo para ambos —dijo arrastrando las palabras, acercándose a mí tan desnudo como el día que vino al mundo—. Porque yo también quiero estar contigo.

Aunque estaba agotada, no pude evitar admirar su cuerpo increíble y la forma en que se movía. Me recordó a un depredador acechando a su presa.

—Vente conmigo —insistió, tendiéndome la mano.

—Eso ya lo hice en el avión —respondí en tono travieso antes de poner mi mano en la suya.

—Listilla —respondió él, sonando más divertido que irritado.

—¿Dónde vamos? —Pregunté con curiosidad, dejando que me condujera a las puertas francesas que supuse que daban a un patio, ya que el dormitorio principal estaba ubicado en la primera planta de su casa.

Su hogar era enorme, pero conseguía serlo sin resultar increíblemente pretenciosa. Me encantaban los techos altos y la decoración moderna, algo que parecía congruente con la personalidad de Marcus.

—Ya verás —respondió misteriosamente, abriendo las puertas—. No he tenido tiempo de hacer esto en una temporada.

La gran superficie del patio estaba cerrada, pero la parte superior del edificio anexo estaba abierta.

—Esto es precioso —le dije en tono maravillado.

Los jardines eran coloridos, pero de buen gusto, y las flores eran preciosas.

Cuando Marcus finalmente se detuvo, yo recorrí con mirada enamorada las increíbles aguas termales que se extendían frente a nosotros. Había crecido cerca de Rocky Springs, pero los Colter tenían la gran mayoría de los manantiales de la zona. El resort tenía piscinas grandes y pequeñas, pero yo apostaba al hecho de que cada hermano se había construido una casa cerca de una piscina privada. Demonios, yo lo haría si fuera dueña de su finca.

Olía los minerales, pero el aroma era agradable y muy tentador. Marcus había conservado su aspecto natural, la piscina bordeada de rocas con salientes y una encantadora cascada.

—¿Vamos a meternos? —Pregunté esperanzada.

—Pensé que tal vez podrías usarla para relajarte —respondió Marcus en tono informal, intentando fingir que no era el chico más considerado del planeta.

Primero se metió él y luego estiró los brazos para que yo saltara a su lado. Sin dudarlo ni un segundo, salté a sus brazos.

—Qué gusto —gemí cuando el agua tibia golpeó mi cuerpo—. Esto es increíble.

—Me alegro de que te guste —respondió.

Tomó asiento en una roca sumergida y me atrajo hasta sentarme entre sus piernas.

—¿De verdad te asusté cuando me dio ese ataque de pánico? —Pregunté con curiosidad. Dios sabía que había intentado correr y ocultarlo. Yo sabía que verme aterrada probablemente no era una vista muy agradable.

—Sí —respondió sencillamente.

—No he tenido uno desde hace mucho tiempo —le expliqué mientras alzaba la mirada hacia las estrellas—. Pero odio el hecho que nunca saber cuándo y cómo se producirá.

—¿Por qué ahora?

Yo me encogí de hombros.

—Creo que probablemente fue el estrés de lidiar con Becker. Y antes de que me regañes, no pensaba dar marcha atrás. Así que ni siquiera entres en ese tema.

—Bueno, mierda —refunfuñó.

Yo sabía que él quería entrar al trapo y decirme que debería haber hecho algo diferente.

—Marcus, era algo que tenía que hacer. Llevaba meses pensando en el nombre de Becker. Cuando por fin recordé que el terrorista lo había mencionado como fuente de financiación, supe

que detenerlo era algo que tenía que hacer.

Su brazo se apretó en torno a mi cintura.

—¿Por qué? Podrías haberle llevado la información a las autoridades.

—¿Y entonces qué? —inquirí—. No podía demostrar nada. Me dijiste que llevaba mucho tiempo dirigiendo negocios sucios con éxito y que nunca había sido arrestado. Esto era personal para mí. Mucha gente ha resultado herida o asesinada porque él financiaba a los rebeldes y se autoengaño pensando que podía gobernar su propio territorio al otro lado del mundo.

—Entiendo —admitió por fin—. Puede que no me guste, pero lo entiendo.

Volví al tema original.

—Estoy en terapia. Lo he estado desde que sucedió aquello. Nunca faltó a una cita porque quiero volver a sentirme normal. Si es necesario, hago una videollamada con mi terapeuta. He resuelto muchas cosas, pero hay algunos aspectos en los que siempre seré diferente de lo que era antes de que ocurriera. Creía que mis ataques de pánico habían terminado. Puede que sí y que esto solo haya sido un revés.

—¿Puedes tomarte las cosas con calma durante una temporada? —refunfuñó.

Yo sonreí en la oscuridad.

—Puede ser.

—¿Qué más ha cambiado? —Preguntó.

Yo suspiré.

—Todo y nada. Sigo siendo la misma persona, pero siento que veo la vida de otra manera. Ahora sé lo fácilmente que puede terminar y no quiero dar nada ni a nadie por sentado.

—Quiero que te mantengas a salvo —dijo él con voz ronca—. Mi corazón no puede soportar más aventuras de las tuyas por ahora.

Resultaba divertido que un hombre como Marcus hablara de sus supuestas vulnerabilidades.

—Algún día, me gustaría volver a Oriente Medio solo para demostrarme que puedo hacerlo. Quiero saber que mi valentía es mayor que mi miedo.

—Lo es —dijo Marcus con voz retumbante—. Créeme, lo es.

—Nunca tenía miedo de nada —dije con un toque de tristeza por la mujer que solía ser—. Ahora tengo que luchar para liberarme de mi miedo.

—Eres la mujer más valiente que conozco —me contradijo Marcus—. ¿Alguna vez has escuchado la cita que dice algo así? “Aprendí que el valor no es la ausencia de miedo, sino el triunfo sobre él”.

—“El hombre valiente no es el que no siente miedo, sino el que vence ese temor” —dije, terminando la cita—. Creo que Nelson Mandela es responsable de esa versión de un punto muy importante. Pero a veces no estoy segura de estar triunfando realmente.

—Estás conquistando tu miedo, Dani. Has tenido éxito a pesar de lo que sucedió. Solo ha pasado un año. Sé paciente contigo misma —dijo Marcus con voz ronca.

—Lo intento —respondí—. De verdad, lo intento.

—Está bien no ser perfecto —afirmó él—. He conocido empresarios competentes que se han derrumbado en una situación de secuestro. Demonios, nunca quieren volver a salir de casa.

—Yo me volvería loca —confesé—. Pero en realidad me gustaría recuperar mi vida. Me gustaría recuperarme a mí misma.

—Lo lograrás —dijo Marcus—. Joder, ya eres bastante de armas tomar como para ponerte nervioso.

Yo solté una risita.

—¿El gran y poderoso Marcus Colter? Lo dudo.

—Sigo siendo un hombre, un tipo que no puede soportar verte luchando con todo lo que ocurrió. Ni siquiera debería haber sucedido.

Me recosté contra él, el corazón en un puño por el remordimiento en su voz.

—Sucedió, pero no va a seguir gobernando mi vida —respondí con voz resuelta.

—Estás bien tal como estás —dijo con firmeza—. Todo el mundo tiene miedo de algo.

—¿De qué tienes miedo tú, Marcus? —Pregunté con curiosidad.

Él permaneció en silencio durante un minuto antes de responder

—Algún día, responderé esa pregunta. Pero no puedo ahora mismo.

—Está bien. —Yo quería que compartiera cosas conmigo, pero no a menos que él quisiera que yo las supiera. Por ahora, me conformaba con disfrutar de nuestro tiempo juntos.

No tenía idea de cuántos días teníamos antes de que se fuera de viaje por negocios, pero iba a disfrutar de cada momento que teníamos.

—Entonces, ¿qué clase de recomendaciones hace tu terapeuta? Confío en que él o ella esté bien informado sobre su situación particular.

—Ella lo está y vamos tema por tema. Su consejo era que me haga con un perro —le dije en tono jocoso.

—¿Por qué? —Preguntó Marcus, evidentemente confuso.

—Le dije que me gustaría echar raíces, aunque tenga que viajar. Le mencioné que una de las peores cosas de viajar es estar sola. Siempre quise un perro, pero nunca tuve uno porque mi vida era demasiado caótica. Nunca tendría tiempo suficiente para pasarlo con un animal.

—¿Te gustan los perros? —Preguntó.

—Me encantan. Todas las razas. No he conocido un can que no me gustara.

—Entonces, cómprate uno.

—Ya veremos —respondí sin comprometerme—. No puedo hacerme con uno hasta que decida dónde quiero sentar esas raíces y cuánto tiempo planeo estar en casa.

—¿Qué más sugirió? —Preguntó Marcus.

—Unas vacaciones muy largas. Ponerme al día con mis lecturas y películas o con cualquier otra cosa que no implique viajar por trabajo.

—Buen consejo —dijo Marcus en tono de aprobación—. Encontrarás todo lo que necesitas aquí.

Sinceramente, no tenía ni idea de cuánto tiempo pasaríamos juntos Marcus y yo, pero no estaba en contra de tomarme las vacaciones en Rocky Springs. Solo esperaba no terminar arrepintiéndome.



Capítulo 21



Dani

Tardamos unos días en recibir la noticia de que Gregory Becker había sido arrestado finalmente. Parte de la información que pude conseguir lo había relacionado por fin con varios crímenes.

Ruby estaba bien, se quedaba con Jett en Florida por ahora para declarar, como testigo clave de los cargos de trata de personas.

Me hizo sentir bien saber que al menos algo de lo que había hecho en el último año podría impedir a Becker que lastimara a nadie más. Habría preferido actuar más rápido, pero Marcus siempre estaba ahí para recordarme que había sido responsable de poner el último clavo en el ataúd de Becker, independientemente de cuándo sucediera.

Finalmente habían sacado a ese cabrón de las calles y ya no podía financiar a las tropas rebeldes. Terminé enseguida mi reportaje de investigación y se lo entregué a mi antiguo jefe, dándole a mi anterior empleador una gran exclusiva. El artículo acababa de publicarse ya que las noticias sobre Becker habían salido hoy.

Yo estaba en el despacho de Marcus, una sala masculina y estirada, pero me recordaba mucho al hombre que la poseía. Curiosamente, durante los últimos días, me había empezado a gustar su humor extremadamente seco y su arrogancia, que antes me resultaba molesta. Por fin había decidido que no necesitaba usar traje y corbata cuando no estaba trabajando, aunque fuera un día de trabajo. Y si era un poco frío y altanero, eran cualidades que necesitaba para hacer las cosas que su compañía y su país exigían de él.

Una podía burlarse de sus tendencias autocráticas y ocasionalmente incluso él tenía la capacidad de reírse de sí mismo. De acuerdo... reírse de sí mismo no era muy corriente, pero había sucedido varias veces en los últimos días.

Una cosa importante que descubrí es que, no importaba cuánto fanfarroneara, Marcus quería a su familia y se preocupaba por muchas más cosas de las que contaba. Yo no podía decir que me había enterado de todos sus secretos, pero estaba conociéndolo. Él era mucho más de lo que nadie ve con un conocido. Simplemente solía optar por no mostrar lo que había debajo de la superficie.

Tal vez no tenía ni idea de cómo relajarse de verdad, pero yo, tampoco. Estábamos aprendiendo juntos, viendo lo que se sentía al tomarse un tiempo libre. De acuerdo, pasábamos gran parte de ese tiempo teniendo sexo, pero también habíamos jugado varias partidas de ajedrez, nos poníamos al día con películas que no habíamos visto y yo estaba experimentando con la

cocina. Sí, tal vez no estuviera preparada para convertirme en chef, pero la madre de Marcus se había pasado por allí la víspera para ayudarme a arreglar un guiso que había arruinado por completo. Afortunadamente, estaba dispuesta a echar una mano aprendiendo habilidades básicas de cocina. Resultaba sorprendente que estuviera aprendiendo a disfrutar de cocinar y hornear ahora que tenía un poco de tiempo y pasaba más de un día en el mismo sitio.

Me desplazé hacia abajo por el artículo a toda página que había escrito en mi portátil, satisfecha al ver mi nombre en la firma.

—Ya lo han publicado —le dije a Marcus emocionada.

Él estaba detrás de su enorme escritorio de roble, vestido informalmente con un polo gris y unos pantalones. Yo estaba sentada en el cómodo sofá de cuero de su despacho con mi ordenador.

—Lo sé —dijo arrastrando las palabras—. Lo estoy mirando ahora.

«Sabelotodo», pensé. Debería haber sabido que lo encontraría antes que yo. Resultaba tierno que realmente estuviera buscándolo.

—Era bueno —dije sin ningún tipo de arrogancia. Era buena escritora y reportera y no era ningún gran logro poder sacar un buen artículo cuando tenía una historia decente.

—Era fantástico —corrigió—. Tienes talento, Dani. Siempre lo he sabido. Tus reportajes como corresponsal siempre fueron brillantes. Tienes la habilidad de adoptar el enfoque perfecto para cualquier tema.

Levanté la vista de mi portátil y vi su amplia sonrisa. El corazón me dio saltitos en el pecho al asimilar su cumplido. Significaba mucho viniendo de un hombre como Marcus. No era la clase de persona que elogiara muy a menudo.

—Gracias —dije, devolviéndole la sonrisa—. Me alegro de que todo haya terminado.

—¿En qué estás trabajando ahora? —Preguntó con curiosidad.

Yo me encogí de hombros.

—Nada importante. Principalmente mi diario personal.

—¿Y qué escribes en tu diario?

—Lo que me apetece —respondí—. Ahora mismo, estoy escribiendo mi lista de deseos.

—¿No crees que eres un poco joven para eso? —Preguntó con el ceño fruncido.

Yo sacudí la cabeza.

—En absoluto. Creí que iba a morir cuando estuve prisionera. Es curioso lo que sucede cuando te sientes así y cuántas pequeñas cosas tontas lamentas no haber hecho.

—¿Cómo qué? —Preguntó con voz ronca.

Yo había ido a la universidad justo después de la secundaria y luego pasé la mayor parte de mi vida adulta persiguiendo reportajes en Oriente Medio.

—Cosas tontas —contesté con una evasiva.

—Dímelo —insistió—. Tal vez he hecho algunas de ellas y pueda decirte si merece la pena hacer alguna.

Evalué mi lista.

—Nunca he construido un castillo de arena en la playa. En realidad, nunca he pasado tiempo en el océano. Es una de las muchas cosas en las que pensé mientras estaba cautiva.

—Nunca he hecho eso —respondió él—. Nunca pasé mucho tiempo en la playa. Sin embargo, he pasado mucho tiempo sobrevolándolas.

—Nunca he saltado desde un puente ni en tirolina —proseguí.

—Yo tampoco —reconoció Marcus—. Ambos son bastante peligrosos.

—Dice el hombre que espía como un pasatiempo —terminé yo.

—Tiene más sentido que saltar desde un puente contando con que una gran cuerda de goma me salve el pellejo —protestó.

Yo me mordí el labio para contener una sonrisa.

—Creo que puedo tachar de la lista “aprender a cocinar”. Al menos lo he estado intentando.

—¿Qué más?

—Nunca he estado borracha, ni siquiera un poco —confesé—. Estaba demasiado ocupada en la universidad intentando hacer todo lo posible para ser contratada como periodista cuando me licenciara.

—Lo he hecho. No te estás perdiendo nada —rugió Marcus—. Las resacas son lo peor.

—¿Crees que ir desnuda a las aguas termales cuenta como bañarse desnuda? —Pregunté, con la mirada fija en la lista.

—En el agua. Fuera. Desnudo. Sí, lo recomiendo mucho, especialmente si estás allí con una pelirroja guapa que te vuelve loco.

Yo puse los ojos en blanco.

—Yo estaba con un hombre guapo de pelo oscuro que me vuelve loca. ¿Servirá eso?

—Por ahora —accedió de buena gana—. Adelante, tacha ese. Cuéntame el resto.

—Son personales —dije vacilante.

—¿No quieres compartirlos? —Preguntó, sonando un poco dolido.

—Está bien —acepté—. Pero son un poco tontos.

—Léelos —exigió.

—Nunca he besado a un hombre bajo la lluvia. Nunca he tenido a un chico que me amara realmente. Nunca me han pedido matrimonio. Y nunca he tenido un hijo.

—¿Quieres niños? —Preguntó en un barítono bajo e inquisitivo.

Me encogí de hombros.

—Algún día. Sí. Nunca lo pensé realmente hasta que me secuestraron. Creo que esas son las cosas en las que piensas cuando sabes que tu vida podría acabar tan pronto. ¿Tomé la decisión correcta? ¿Puse suficiente esfuerzo en las relaciones? ¿Quería lo suficiente a mi familia y amigos?

Marcus se recostó en su silla de cuero, fijando en mí toda su atención. Su mirada era intensa, como si estuviera pensando en lo que había dicho.

—No puedo decir que sé cómo te sientes —reconoció finalmente—. Pero entiendo el reconsiderar algunas de tus elecciones en la vida.

—¿No estás haciendo exactamente lo que quieres hacer? —Le pregunté sorprendida.

—No siempre. No estoy tan unido a mi familia como me gustaría y no tengo ni idea de cuál habría sido mi carrera si hubiera tenido la opción.

—¿No querías dirigir el conglomerado de tu padre?

Él se encogió de hombros.

—Nunca lo pensé. Yo era el mayor y nuestro padre murió joven. Fue asesinado en un ataque terrorista, en el lugar equivocado en el momento equivocado, en Oriente Medio.

Se me hizo un nudo en el pecho. No era de extrañar que quisiera mantener a salvo a los estadounidenses. Su propio padre había sido víctima de circunstancias inestables en un país extranjero.

Mi madre y la de Marcus habían sido amigas. Yo sabía que su padre había muerto, pero por aquel entonces era demasiado joven como para entender dónde o cómo había sucedido.

Marcus continuó:

—En cuanto a dirigir el conglomerado de papá... supongo que siempre se dio por sentado que lo haría. Se me preparó para ello y nunca se me ocurrió discutirlo. Sé que mi madre habría

querido que me dedicara a lo que me hiciera feliz, pero en realidad no había nada más que quisiera hacer.

—¿Entonces no te arrepientes de haberlo hecho?

—No. Me he vuelto condenadamente bueno en lo que hago. Pero lamento la distancia que ha provocado con mi familia. Demonios, ya ni siquiera conecto bien con mi propio gemelo. Me dije a mí mismo que lo estaba haciendo para protegerlos en caso de que alguien descubriera el trabajo que estaba haciendo para el gobierno, pero creo que me aislé bastante porque sabía que los extrañaría si no lo hacía.

—¿Funciona? —Pregunté.

—En realidad, no. Simplemente hace que la sensación de vacío sea más fácil de manejar.

—Viajar por el mundo es difícil —me compadecí—. A veces pasaba meses fuera con encargos. Echaba mucho de menos a mi familia.

Marcus se encogió de hombros al responder:

—Era genial cuando terminé la universidad. Pero, al igual que tú, me pregunto qué me perdí al no estar aquí, en casa.

—¿No has tenido relaciones largas? —Pregunté. Ni siquiera conseguía recordar a Marcus unido a ninguna otra mujer que no fuera mi hermana. Eso no fue precisamente una relación larga y aquel incidente, como sabía ahora, había sido un caso de identidad equivocada.

Él sacudió la cabeza.

—No.

—Porque estabas viajando —me compadecí.

—No creo que ese fuera el problema, en realidad —me corrigió.

—Entonces, ¿cuál era?

Me lanzó una mirada penetrante y luego volvió a mirar su ordenador. Sin dejar de mirar la pantalla, respondió:

—Creo que nunca conocí a nadie por quien valiera la pena quedarse en casa, hasta ahora.



Capítulo 22

Marcus

No se trataba de que yo no supiera que estaba completamente jodido, simplemente no quería admitirlo.

Estaba de excursión con Dani el día después de que me desvelara parte de su lista, cuando de repente me di cuenta de que no extrañaba para nada estar en un avión o en un país extranjero. Era la primera vez que pasaba en Estados Unidos más de unos cuantos días y no estaba lo más mínimamente impaciente ni ansioso por subir a mi avión privado y volar lejos de allí.

Sujeté su mano con fuerza mientras los dos descendíamos por una pendiente rocosa, preocupadísimo de que le pasara algo. ¡Dios! Creo que me disgustaría si se rompiera tan solo una puñetera uña, aunque no tenía uñas largas que romperse precisamente.

Después de todo lo que había sufrido, lo único que quería hacer yo era protegerla, asegurarme de que nada malo volviera a ocurrirle. Todavía tenía pesadillas de verla justo después de su brutal secuestro y no era algo que quisiera volver a ver nunca más. Demonios, no quería verla infeliz de ninguna manera.

Tal vez ella no se creía fuerte, pero era una de las mujeres más valientes que yo conocía. Para ser sincero, probablemente habría muerto mientras la mantuvieron cautiva, pero lo había superado y seguía estando dispuesta a arriesgar su pellejo intentando atrapar a un hombre que estaba haciendo daño a otras personas. La capacidad de Danica de preocuparse por los demás probablemente era tanto una maldición como una bendición. A veces, yo casi desearía que fuera más egoísta, pero entonces no sería Dani.

—Estoy bien, Marcus —dijo sin aliento a mi lado. Habíamos llegado al fondo de la zona rocosa y teníamos los pies en tierra firme—. Puedes dejar de estrujarme la mano. No voy a caerme.

Aflojé la presión sobre sus dedos, sin siquiera darme cuenta de que los apretaba lo suficientemente fuerte como para cortarle la circulación.

—Lo siento —farfullé—. Quería que tuvieras apoyo si te caías.

—No voy a caerme —prometió, lanzándome una sonrisa alegre y radiante mientras caminamos uno junto al otro.

Su sonrisa me hizo sentir como si alguien me hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago. Así es como supe que estaba jodido. Lo único que tenía que hacer ella era dar señales

de que era feliz y eso me hacía pensar en cómo iba a dejarla marchar.

«¡A la mierda con eso! ¡No se va a ninguna parte!», me dije.

Aquella mujer necesitaba a alguien que la mantuviera fuera de problemas y yo estaba más que dispuesto a presentarme voluntario para el puesto.

Éramos muy parecidos, pero condenadamente diferentes. Ninguno de nosotros había echado raíces permanentes para dejarlas crecer. Lo que le había dicho el día anterior era la verdad. Nunca había encontrado a nadie que me hiciera querer viajar menos.

«Hasta ella. Hasta ahora», pensé.

Su tristeza por las cosas que podría haberse perdido de haber muerto me hacía querer ayudarla a experimentar todas y cada una de las experiencias de su lista. Lamentablemente, no fui de gran ayuda para decirle lo que valía la pena perderse y lo que no. Mi vida había estado tan centrada en mi carrera como la suya.

Cada momento que había pasado con ella había merecido todo lo que me había perdido en mi vida empresarial. Había estado supervisando mis responsabilidades desde casa y muy pocas cosas habían necesitado mi atención personal. Mi conglomerado tenía tanta alta y media dirección que ya no me necesitaban constantemente. Todo funcionaba bien sin que yo recorriera todo el planeta.

El problema era que, ahora que había experimentado lo bien que me sentía al volver a formar parte de mi familia una vez más y al tener a Dani conmigo, tenía miedo de que esa satisfacción llegara a gustarme demasiado.

«Yo soy un solitario. Nunca me quedo mucho tiempo en ningún sitio», me dije. Demonios, ni siquiera estaba seguro de qué haría yo mismo si no estuviera siempre en movimiento.

Por ahora, mi atención estaba centrada en hacer que Dani se relajara y fuera feliz. Ella había saltado de una mala situación a la siguiente demasiado rápido. Había tenido poco tiempo para recuperarse y a mí no me sorprendió que experimentara un ataque de pánico después de pasar tanto tiempo sin ellos.

Puede que no fuera el tipo más indicado para enseñarle a relajarse. No era precisamente don tranquilo y feliz. Pero sabía una cosa... a nadie le importaba su bienestar más que a mí.

—¿Estás bien? —Preguntó Dani en voz baja.

Salí de mi ensimismamiento sacudiendo la cabeza.

—Sí. Estoy bien.

—Estabas frunciendo el ceño —indicó ella—. Y parecía que estabas sumido en tus pensamientos.

Yo sacudí la cabeza.

—Nada importante.

«¡Solo estoy haciendo un plan de vida para ti mentalmente!», pensé. ¡Dios! Era una mujer adulta. No era asunto mío lo que hiciera en el futuro. Nos habíamos ayudado mutuamente a conseguir un objetivo común: lograr que Becker fuera puesto entre rejas definitivamente.

Por desgracia, en algún punto del camino, yo había dejado de verla como a una periodista cooperativa. Demonios, probablemente nunca la había visto como a una reportera más. No había pasado un día en que no hubiera querido joderla y hoy no era ninguna excepción. Pero había mucho más que sexo entre nosotros. Habíamos establecido una especie de intimidad que yo nunca había experimentado con una mujer.

Así fue como llegué a la conclusión de que estaba completamente jodido, y no estaba seguro de que me importara.

Estar con ella me hacía sentir demasiado bien como para preocuparme por cuánto me estaba involucrando. Pero, probablemente, en el fondo sabía que podría terminar arrepintiéndome de ello. Sin embargo, incluso saber que podría acabar completamente solo y enfadado no bastó para desalentarme.

—Está lloviendo —la informé, sintiendo de repente el chispeo que podía haber estado cayendo durante un tiempo o no.

—Sienta bien —respondió ella—. Empezaba a hacer calor.

Los dos íbamos ataviados con pantalones y camiseta. Yo me había puesto un par de botas de montaña a las que había dado poco uso, mientras que Dani se había puesto unas zapatillas para nuestro paseo.

—Al menos no es una tormenta —respondí yo. No había truenos ni relámpagos y Dani tenía razón. Empezaba a hacer calor.

—Ya casi estamos en casa, ¿verdad? —Preguntó con curiosidad, sin sonar preocupada en absoluto.

—Casi —confirmé. Me detuve en el bosque, haciendo que se detuviera conmigo—. Pero eso me recuerda algo. Está en tu lista.

Pareció confusa durante un momento, su expresión desconcertada y ojos inquisitivos buscando una aclaración. Yo la empujé hacia atrás hasta que su cuerpo entró en contacto con el tronco de un enorme pino.

—Es hora de ese beso bajo la lluvia —le expliqué con voz ronca—. Estaba en tu lista de deseos de cosas que nunca habías hecho.

Dios, me encantó la forma en que sonrió e inclinó la cara hacia arriba para recibir las gotas de lluvia que caían del cielo antes de responder:

—Sí, lo estaba —respondió—. Una experiencia que dijiste que tú mismo desconocías.

Yo me encogí de hombros. «¿Qué demonios sé yo sobre romance? He tenido amoríos rápidos. No me involucraba emocionalmente».

—Podría ser interesante.

Ella me rodeó el cuello con los brazos.

—Podríamos intentarlo —dijo en tono sugerente.

Cuando se quitó una gota de lluvia de los labios con la punta de la lengua, estuve a punto de perder el control. Mi pene se tensó contra el *denim* de mis pantalones a medida que me quedaba absorto en unos labios tentadores a los que no podía resistirme.

—Hazlo —insistí, apoyando las manos sobre el enorme tronco del árbol, uno a cada lado de su cabeza.

Quería que ella iniciara el beso. No tenía ni la más remota idea de qué haría si ella no lo hiciera, porque ahora era imposible que me echara atrás. La necesitaba demasiado. Al mirarla a los ojos, casi veía su mente pensando mientras sopesaba qué hacer exactamente.

«¡Bésame, maldita sea!», pensé impaciente.

Durante un largo instante, esperé a que ella actuara, con el corazón a punto de salirse del pecho mientras simplemente nos mirábamos el uno al otro, ambos deseando lo mismo.

Finalmente, ella enredó las manos en mi cabello húmedo y atrajo mi cabeza hacia abajo. Desesperado, la encontré a medio camino.



Capítulo 23

Dani

Nuestros labios se encontraron en un frenesí que había aprendido a esperar de Marcus. Pero, definitivamente, aún no me había acostumbrado a las emociones. Como de costumbre, él tomó el control casi de inmediato y yo me abrí a él con un abandono imprudente que no podía negar.

Marcus era mi debilidad; la forma en que me devoraba como si fuera la única mujer que él quería en el mundo era demasiado tentadora para mí. Gemí cuando su lengua se deslizó en mi boca con una fuerza exigente que dominó mis sentidos. Yo quería más. Necesitaba más. Estaba empezando a anhelar el tacto de Marcus de cualquier forma que pudiera conseguirlo.

Mis dedos se tensaron en su cabello y presioné mi cuerpo contra el suyo, deseosa de sentir su cuerpo duro contra el mío. Era una obsesión que no había conseguido sosegar. Una que no quería reprimir porque sabía que él lo sentía tanto como yo.

Para cuando levantó la cabeza, yo estaba frenética.

—Marcus —musité contra su hombro, sintiéndome tan vulnerable que no estaba segura de qué más decir.

—Me necesitas —gruñó él, levantando mi cabeza para que pudiera ver la mirada intensa en su rostro—. Tanto como te necesito yo a ti. Los dos lo sentimos, Dani. No eres solo tú.

Era extraordinario cómo podía expresar con palabras exactamente lo que yo estaba pensando y luego tranquilizarme con esos sentimientos al confesar que él sentía lo mismo. Yo no me sentía cómoda con mis emociones tan expuestas, pero saber que él sentía los mismos instintos primitivos y fuera de control hacía que resultara más fácil manejarlos.

—Lo sé —dije con voz amortiguada mientras enterraba la cabeza contra su cuello.

Comprendía que no era solo yo, pero me sentía mejor al escucharle decirlo. Me quedé decepcionada cuando dio un paso atrás, pero mi disgusto rápidamente se convirtió en asombro cuando se quitó la camiseta y la tiró al suelo.

—¿Qué estás haciendo?

Me sonrió, una expresión traviesa que estaba empezando a adorar. Quizás porque estaba bastante segura de que Marcus no mostraba a menudo esa faceta de sí mismo.

—Desnudarme —explicó.

—¿Aquí!? —Chillé.

—Aquí mismo. Ahora mismo —confirmó cuando empezó a levantarme la camiseta.

—Estamos fuera, bajo la lluvia —le recordé.

—Lo sé. —Tiró de mi camiseta húmeda.

Yo levanté los brazos y dejé que me quitara la camiseta. Tal vez estuviera lloviendo, pero todavía era verano y hacía mucho calor.

—¿Y si llega alguien? —Pregunté.

—Alguien va a llegar... al orgasmo —respondió despreocupadamente mientras seguía quitándome la ropa—. Esperemos que los dos —añadió.

Solté una risita al verlo pelearse con mis zapatillas; finalmente me apiadé de él y simplemente me las quité; luego me quité los pantalones.

—¿Te sientes atrevido? —Pregunté mientras usaba su hombro para mantener el equilibrio.

Dios, me encantaba ese lado audaz de él, su confianza tranquila de que podía hacer cualquier cosa que quisiera.

—En realidad, no —respondió mientras dejaba mi ropa a un lado en el suelo una vez que estuve desnuda—. Estamos en mi propiedad. Y sé que echarle un poco de intriga te excita.

Sus dedos ascendieron por mis muslos y se me cortó la respiración al sentir algo parecido a una sacudida eléctrica que atravesaba mi cuerpo. No era del todo cómodo, pero era excitante.

—¿Cómo sabes eso? —Pregunté, ya jadeando cuando su cálido aliento rozó mi sexo desnudo.

—Porque te llevé al orgasmo en un baño con alguien que apenas acababa de salir de allí —explicó con una calma exasperante.

—Estaba... —Mi voz se quebró y me olvidé por completo de protestar cuando las manos de Marcus aterrizaron en mi trasero y su lengua atravesó la carne rosada que estaba justo frente a su rostro.

—Ah, Dios —gemí antes de inspirar hondo cuando su boca resbaladiza empezó a devorarme sin piedad.

Hundí los dedos en su cabello húmedo, ya que necesitaba encontrar equilibrio y cordura donde no había ninguno. Me desaté cuando Marcus emprendió una meticulosa campaña sensual para volverme loca.

Puso mi pierna sobre su hombro, obligándome a utilizar el árbol para mantenerme en posición vertical y a agarrarme más fuerte a su cabello. Cuando Marcus exigía, yo era casi incapaz de no responder.

Él profundizó en mi sexo, su boca, lengua y nariz estimulando mi carne sensibilizada. Su lengua azotaba mi clítoris y yo temblé de necesidad. La lluvia golpeaba mi cuerpo desnudo y el hombre más guapo del planeta me comía el higo con entusiasmo como si fuera lo único que necesitaba para su sustento. Era la sensación más erótica que había experimentado en toda mi vida.

Cerré los ojos y aparté las manos de su cabello antes de levantarlas para buscar un punto de agarre, que encontré al aferrarme a la áspera corteza sobre mi cabeza.

Marcus me excitó y luego atacó. Saboreó para después devorar con un apetito que parecía insaciable.

—Por favor, haz que me venga —supliqué, el cuerpo tembloroso de pura necesidad de llegar al orgasmo.

Pero él sabía cómo evitar que cayera al abismo, cómo mantener el equilibrio en el filo de una navaja, y eso me enloquecía. Empezaba a sentir que se acercaba la apoteosis y luego él retrocedía lo suficiente como para evitar que ocurriera. Marcus era un maestro en llevarme a un estado de necesidad desesperada.

—¡Marcus! —Grité, sin importarme quién pudiera oírlo. Tenía que venirme.

Incliné la cabeza hacia atrás cuando sentí la siguiente ola levantándose. Marcus enterró su cara en mi sexo con más fuerza que antes. Las gotas de agua provenientes del cielo seguían rodando por mi rostro y mis pechos, pero yo recibí la sensación sensual con los brazos abiertos. Estaba tan perdida en el placer de la boca de Marcus sobre mi centro que no podía pensar en otra cosa.

Mis dedos apretaban la áspera corteza del árbol tan fuerte que supe que probablemente estaban sangrando, pero no importaba. Estaba completamente centrada en mi necesidad de desahogo.

—Ahora —exigí, pero había un tono necesitado en la orden.

El clímax me anegó tan abrupta y fuertemente que casi daba miedo. Solté un gemido de desahogo y satisfacción, mi cuerpo temblando contra él a medida que rompían olas de sensación una tras otra. El orgasmo fue intenso y Marcus siguió lamiendo y mordisqueando la carne tierna, extrayéndome hasta la última gota de placer, aparentemente voraz por cada gota de mis jugos, que podía lamer entre mis muslos.

Jadeé mientras intentaba recuperarme, con las piernas débiles cuando Marcus colocó mi pie en el suelo con cuidado.

—Odio cuando haces eso —dije sin aliento mientras él se enderezaba y me abrazaba a él.

—No, no lo odias —respondió con voz ronca—. Lo amas.

Que Dios me ayude, pero probablemente tenía razón. Me encantaba la anticipación y la enorme liberación que solo él me había dado. O tal vez tuviera algún tipo de relación de amor-odio con esta. Me encantaba el clímax, pero detestaba el tormento.

«Te amo a ti», pensé. En ese estado emocional, quería decir esas palabras en voz alta con locura, pero me mordí el labio para contenerme de gritarlas a los cuatro vientos.

—Puede que me guste un poco —admití.

Él me apartó el pelo de la cara.

—Estás empapada —dijo en tono serio—. ¿Tienes frío?

—¿Estás de broma? —Resoplé.

—Solo preguntaba.

Recorrí su espalda musculosa con mis manos, que se deslizaron suavemente sobre su piel resbaladiza.

—Jódeme, Marcus. Necesito sentirte dentro de mí.

Él retrocedió lo suficiente como para ahuecar mis pechos, jugando con mis pezones erguidos con sus pulgares.

—Solo quiero mirarte durante un minuto —respondió.

Mis ojos se levantaron para encontrarse con su mirada tumultuosa.

—¿Por qué?

—Porque estás preciosa justo después de venirte. Me gusta saber que yo fui el tipo que puso esa expresión en tu cara —respondió codicioso.

—¿Estoy ridícula? —Pregunté vacilante, sin saber que tenía ese aspecto.

Él me pellizcó ligeramente los pezones como guijarros y luego trazó un círculo calmante sobre ellos, despacio. Yo cerré los ojos para absorber la sensación de placer y dolor mientras él la repetía una y otra vez.

Se inclinó hacia adelante y besó mis labios resbaladizos antes de decir bruscamente:

—Claro que no. No estás ridícula. Parece que eres jodidamente mía.

Yo subí las manos por su espalda y las ensarté en su cabello húmedo. Sentía las mismas emociones posesivas que él, pero aún me desgarraba el corazón cuando decía algo que sonaba como si me estuviera reivindicando. Era una sensación primitiva y salvaje, y me hacía necesitarlo con una ferocidad que casi no podía soportar.

Me agaché y desabroché torpemente la cremallera y el botón de sus pantalones. Necesitaba que me jodiera tan fuerte que me sintiera como si estuviéramos conectados de alguna manera.

Cuando mis dedos finalmente sacaron su enorme miembro, quité con el dedo la gota de humedad de la punta antes de que la lluvia pudiera lavarla. Luego me la llevé a los labios, viendo brillar sus ojos plateados con una emoción que no pude identificar mientras me metía el dedo en la boca y lo chupaba justo frente a su rostro.

—Me encanta cómo sabes —le dije en tono seductor.

—Lo mismo digo —respondió con voz excitada, cruda y viril mientras bajaba la cabeza para encontrarse con mis labios.

Saboreé el gusto de nosotros juntos mientras él devastaba mi boca. Era sucio, pero tan embriagador que yo clamaba por más.

Nunca había despertado mi lado sexual hasta que conocí a Marcus. Mis manos se deslizaron hacia abajo para agarrar su pene, sintiéndolo palpitar en mi palma. Los dos estábamos empapados y la lluvia se intensificaba, pero Marcus y yo estábamos demasiado perdidos el uno en el otro como para que nos importara un comino.

Cuando su boca soltó la mía, ambos estábamos jadeando. Me deleité en la mirada carnal en su rostro cuando mi palma se deslizó una y otra vez sobre su miembro a un ritmo tan furioso que él me agarró la muñeca.

—No lo hagas —exigió—. Ya no me queda mucha paciencia.

—Entonces danos a ambos lo que necesitamos. Jódeme.

—No solo lo necesito, Danica. Tengo que poseerte —dijo ferozmente, con ojos de plata fundida por el deseo.

—Dios mío, Marcus. A veces no sé cómo manejar esto —dije, con la respiración entrecortada mientras apartaba la muñeca de un tirón y le envolvía el cuello con ella.

Me sentía consumida. Me sentía abrumada. Y el deseo punzante que me carcomía resultaba muy confuso.

—Entonces no pienses —respondió con voz retumbante, retrocediendo durante un instante para girar mi cuerpo hasta que mi espalda estuvo contra su torso. Él aprovechó esta posición para continuar su asalto a mis pechos—. Solo déjame joderte —añadió.

Cada vez que sus dedos apretaban y soltaban mis pezones atormentados, yo soltaba una pequeña bocanada. Cada una de sus caricias estaba incendiando todo mi mundo.

Me inclinó, ayudándome a encontrar un punto de agarre en el árbol. Sus manos se deslizaron entre mis muslos, instándome a separar más las piernas. Separé más las rodillas al sentir su ansioso pene presionando contra mis nalgas mientras él me agarraba las caderas.

El suelo alrededor del árbol estaba en pendiente, colocándolo en la posición perfecta detrás de mí. Yo esperé, la cabeza gacha y el cabello empapado cayéndome en la cara una vez más mientras yo rogaba en silencio que me llenara. El vacío en mi interior exigía que Marcus lo llenara.

Cuando él embistió hacia delante, no fue delicado, y era la primera vez que me jodía en esa postura. Yo no estaba acostumbrada a esa profundidad y emití un gritito cuando mis músculos tensos cedieron para permitirle paso a lo profundo de mi vaina escurridiza.

En ese preciso instante, necesitaba la ferocidad de Marcus. Había sido cuidadoso y lento cada vez hasta hoy, probablemente debido a mi historial de violaciones. Pero mi cuerpo lo ansiaba y no había una pizca de miedo dentro de mí. Lo único que quería era que me lo hiciera duro y ardiente.

—Sí —lo alenté mientras mis músculos se relajaban y dejaba que me invadiera hasta enterrarse hasta las pelotas.

Se inclinó sobre mi espalda, hablándome bruscamente al oído:

—¿Lo quieres duro, cariño?

—Sí —gemí.

—¿Puedes controlarlo?

—¡Sí! —Estaba a punto de perder la cabeza. Necesitaba que me penetrara o perdería la cabeza.

Lamió las gotas de lluvia de mi cuello y luego sus dientes se cerraron sobre mi piel sensible. No me dolió, sino que me puso aún más desesperada.

El calor de su pecho en mi espalda. La manera en que nuestra piel se deslizaba sensualmente. Las palabras calientes y sucias al oído. La sensación aguda de su mordisco erótico en mi cuello. Todas esas cosas combinadas fueron una fiesta sensual. Me estremecí de deseo feroz. Todo mi ser estaba clamando por Marcus tan desesperadamente que estaba a punto de romper a gritar.

—Marcus. Por favor. ¡Jódeme!

Él se enderezó sin mediar palabra, retrocedió y luego volvió a embestir de nuevo con la misma fuerza. Yo solté un sollozo de alivio, mis caderas golpeando contra él, mi cuerpo avaricioso por cada oleada poderosa. Empezó un ritmo castigador que nos consumió a ambos. No había nada más excepto el encuentro de nuestros cuerpos. Me deleité en el martilleo de su verga dentro de mí. Me satisfizo como nada más podría hacerlo. Solo estaban Marcus y el azote de la lluvia.

Mis manos estaban apoyadas con fuerza contra el árbol y el balanceo de mis caderas se volvió cada vez más explosivo cuando sentí que la cálida espiral en mi vientre se convertía en un infierno.

—Más duro —gemí impotente.

Él embistió más fuerte mientras gruñía:

—Eres mía, Danica.

—Sí —convine en un tono feroz.

En ese momento, él era dueño de mi alma y a mí no me importaba. De hecho, estaba ferozmente feliz de que lo fuera. La espiral en mi vientre empezó a desplegarse y yo me preparé para la arremetida mientras la sensación se movía entre mis muslos. Marcus tomó una mano de mis caderas y ajustó la postura mientras mantenía su ritmo brutal.

Yo me estremecí de sorpresa al sentir su dedo buscando entre mis nalgas hasta encontrar mi ano. Nuestro estado completamente empapado permitió que se deslizara en una fracción de segundo sin dolor. El estrecho agujero se estiró, pero él no lo invadió. Simplemente lo bombeaba dentro y fuera a poca profundidad, haciendo coincidir su dedo con la cadencia palpitante de su miembro.

Yo exploté; la nueva sensación causó un placer tan intenso que no habría podido evitar el clímax aunque quisiera, lo cual no deseaba.

Esta vez, me dejé llevar, permitiendo que el orgasmo me inundara mientras lo abrazaba por completo.

—¡Qué rico! —grité—. ¡Qué rico, joder!

Los músculos de mi vagina se tensaron sobre el miembro martilleante de Marcus, contrayéndose y relajándose para que él llegara a su propio desahogo ardiente.

Absorbí el sonido de su gemido atormentado, regodeándome en él. Por mucho que pareciera querer observarme después de mi clímax, a mí me encantaba escuchar esos sonidos de intenso alivio y placer provenientes de sus labios.

Salió de mi cuerpo pasado un momento o dos, me giró y me rodeó con sus musculosos brazos. Me acunó, canturreando palabras reconfortantes, casi incoherentes, mientras acariciaba mi pelo

empapado. Me dejé sumergir en sus dulces palabras, sintiéndome la mujer más atesorada del mundo. Cuando él recobró el aliento, se subió los pantalones y me tomó en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Llevarte a casa. No quiero que te cortes el pie con las rocas u otras cosas del suelo.

Yo estaba descalza. Él seguía llevando sus botas.

—No puedes llevarme todo el camino de vuelta a la casa —protesté.

En efecto, me acarreó todo el camino de vuelta a su casa en brazos.

Cierto, estaba más cerca de lo que yo creía al principio, pero seguía lo bastante lejos como para que ningún chico normal pudiera hacer esa caminata cargando mi peso. Pero, cuando él llegó a la puerta de su casa, ni siquiera le faltaba el aliento.

Yo empezaba a aprender que nunca debía decirle a Marcus que no podía hacer algo, porque era lo suficientemente obstinado como para demostrar que sí podía.



Capítulo 24



Dani

—¿Vas a comerte todo eso? —Preguntó Marcus más tarde aquella noche mientras veíamos las noticias, acurrucados en el sofá de su salón.

Yo sonreí mientras tomaba otro bocado del helado con salsa de chocolate caliente que había preparado unos minutos antes. Pude escuchar la nota de anhelo en su voz cuando me recosté contra él. Mi espalda descansaba contra la parte delantera de su cuerpo, una postura que se había convertido en nuestra favorita cuando nos relajábamos juntos.

—Eso planeaba hacer —bromeé.

Él no respondió, pero yo ya sabía que esperaba que compartiera. Ya había descubierto que no rehuía del azúcar y la comida basura porque no le gustaran. Lo hacía estrictamente debido a su rígida disciplina para mantenerse saludable y en forma para sus viajes. No es que me opusiera. Comprendía que mi obsesión por la comida basura no era saludable. Simplemente no me importaba. Hacía una dieta lo bastante saludable la mayor parte del tiempo. Una necesitaba algunos vicios.

Y, últimamente, Marcus había estado más que dispuesto a permitirse algunos alimentos que estaban destinados simplemente al placer.

Yo sospechaba que normalmente podía evitarlos porque no los veía, pero como yo los devoraba con regularidad, se sentía tentado. Su madre, Aileen, era una cocinera y repostera excelente, así que yo estaba segura de que se había dado muchos gustos cuando era niño.

No era tan presumido como intentaba aparentar acerca del comer por placer. Marcus podía permitirse el lujo de comer lo que quisiera. Todas las mañanas, en el gimnasio de su casa, hacía uno de los entrenamientos más brutales que yo había visto. Había intentado seguirle el ritmo, pero había fracasado miserablemente.

Según Aileen, a Marcus le encantaba el chocolate cuando era más joven y yo me percaté de que la preferencia no había desaparecido. Simplemente lo ocultaba bien.

Apunté al cuenco con la cuchara.

—Esto está realmente bueno. ¿Estás seguro de que no quieres que te haga uno?

—No. Estoy bien —respondió.

Sinceramente, creo que le gustaba la comida basura cuando se comía la mía. Tal vez podía justificar eso porque en realidad no se comía la suya.

Suspiré mientras tomaba otro bocado; la explosión de salsa de chocolate caliente y cremoso helado de vainilla francés en mi boca era absolutamente perfecta.

—Estaría dispuesto a probar un poco del tuyo —farfulló Marcus, su voz grave vibrando contra mi espalda mientras miraba por encima de mi hombro.

Mi sonrisa se amplió cuando finalmente escuché su pedido de probar un poco del mío, tal como había predicho. De hecho, lo había estado esperando.

—Odiaría que te sintieras obligado —dije en un tono falsamente preocupado.

—No lo estaría —me contradijo él con celeridad—. No me importa, de verdad.

Eso era lo más cerca que estaba Marcus de admitir que quería desesperadamente un poco de la obra maestra heladera que había preparado para mí. Como sabía que iba a querer un poco, había servido mucho en un cuenco muy grande.

Me di la vuelta, recogí el bocado perfecto con la cuchara y luego lo acerqué a su boca.

—¿Qué te parece? —Le pregunté después de que lo hubiera tomado rápidamente del utensilio que le ofrecía.

Él asintió.

—Tenías razón. Está muy bueno.

Compartí todo el cuenco con él, divertida porque era la única forma en que realmente podía hacer que comiera algo que disfrutaba.

Mi cuerpo estaba exhausto por nuestra caminata previa y el posterior encuentro apasionado al aire libre. Nos habíamos duchado al llegar después de la lluvia y luego cenamos. Ahora que íbamos con más calma, podía sentir en mi cuerpo las agujetas por la forma volátil en que nos habíamos venido juntos, que merecían totalmente la pena.

Tenía los dedos raspados, algo por lo que Marcus se había preocupado demasiado al verlos en la ducha. Estaba casi segura de que me había preguntado al menos diez veces si me dolían. No me dolían. Y yo no me arrepentía ni por un instante de haber experimentado mi primer beso, y mucho más, bajo la lluvia.

Marcus nunca diría que era un romántico y tal vez no lo fuera de la manera más convencional. Pero el hecho de que quisiera que yo viviera cada experiencia que nunca creí que tendría la oportunidad de experimentar era tan conmovedor que no importaba si por lo general era pragmático. Eso hacía que su consideración fuera especial y dulce para mí.

Me incliné hacia adelante y puse el cuenco vacío sobre la mesa de café. Lo llevaría a la cocina antes de acostarme.

—Tengo que irme mañana —dijo inesperadamente, con voz decididamente descontenta mientras volvía a envolverme con sus brazos una vez más y me recostaba contra él.

No era como si yo no hubiera sabido que su partida era inevitable, pero aun así escoció... y mucho.

—¿Dónde tienes que ir? —pregunté jovialmente, intentando no sonar como si fuera el fin del mundo porque era hora de que se separasen nuestros caminos.

—Tengo que ir a Oriente Medio. Ojalá pudiera posponerlo, pero...

—Entiendo —lo interrumpí; no quería hacer un gran problema del hecho de que se fuera. En mi interior, tenía el corazón roto, pero sabía quién era Marcus cuando elegí pasar tiempo con él.

«No puedo perder los nervios. Siempre supe que esto sucedería tarde o temprano», me dije. Supongo que había esperado tener más tiempo, pero, francamente, iba a doler igual ocurriera cuando ocurriera...

Supongo que esperaba más tiempo, pero, sinceramente, me iba a doler mucho siempre que sucediera.

—No, no lo entiendes, Danica. No te dejaría ahora mismo si no tuviera que hacerlo —refunfuñó.

De repente, caí en la cuenta de algo que había sucedido después de ducharnos.

—¿Tiene esto algo que ver con tu conversación con Jett?

Había hablado largo y tendido con mi hermano en su despacho antes de finalmente entregarme el teléfono cuando bajé.

Marcus soltó un suspiro masculino.

—Eso es lo que espolea mi urgencia, sí.

—¿Qué ha pasado? —Me volví para mirarlo, preocupada.

—Parece que nos faltan algunas vírgenes —explicó—. Ruby estaba encerrada en una habitación antes de la subasta con dos mujeres europeas, por lo visto dos mujeres que no eran precisamente participantes dispuestas. Ruby fue subastada según lo planeado y, como ya sabes, está a salvo con tu hermano en Florida.

—¿Y las otras dos mujeres? —inquirí.

—Desaparecieron. Nunca fueron parte de la subasta. Tu hermano utilizó sus habilidades para rastrear qué les ocurrió. Ruby escuchó algo acerca de que las mandaban a Siria, un regalo para un líder rebelde.

Cerré los ojos horrorizada.

—Ay, Dios. Si eso es cierto, están en problemas, Marcus.

—Lo sé. Pero espero que sigan en la frontera en Turquía. Jett encontró unas posibles pistas.

—¿Hasta dónde consiguió rastrearlas?

—Hasta la misma ciudad que dejaste cuando decidiste seguir a los adolescentes.

En realidad, más bien era un pueblo y, con los años, yo había llegado a conocer a muchos lugareños, que confiaban en mí. A menudo había prensa allí y la ciudad albergaba a muchos refugiados. Mi trabajo como periodista había sido informar sobre la crisis de refugiados y el estado de los combates en Siria. Conocía esa región de manera personal. La zona también contaba con personal médico voluntario de todo el mundo para ayudar a tratar a quienes habían huido a la ciudad fronteriza para escapar de los combates.

—Iré contigo —decidí—. Sé que espionando tienes más experiencia que yo, pero conozco a esos lugareños. Hablo turco y suficiente árabe. Puedo ayudarte a obtener más información si alguien las está ocultando.

—No va a suceder —respondió Marcus llanamente—. Necesitas más tiempo. No quieres volver allí ahora mismo.

—Sí quiero —le dije vehementemente—. Necesito ir.

Volver al lugar que asociaba con tanto dolor formaba parte integral de mi recuperación. Siempre había sabido que tarde o temprano tenía que ir. Quería vencer mi miedo, pero todavía no estaba preparada para volver. Ahora que había mujeres en problemas, estaba lista.

—No vas a ir, Danica —insistió Marcus—. ¡Dios! Acabas de salir de una mala situación. ¿Ahora estás lista para jugarte el cuello otra vez?

—Sí —dije enfáticamente, mis ojos chocando con los suyos en una batalla de voluntades—. Marcus, esto es algo que tengo que hacer. Siempre he sabido que no podía dejar que lo que sucedió me derrotara. No puedo permitir que ganen.

—Los terroristas que te mantuvieron cautiva están muertos.

—No para mí —le expliqué—. Tengo que afrontar ese miedo para que desaparezca. Ese pueblo no tuvo nada que ver con lo que me ocurrió, pero en mi mente lo relaciono con el dolor y el miedo de mi captura y tortura.

—Que es precisamente por lo que no vas.

—Por eso debo ir. Tú estarás allí conmigo y yo puedo ayudarte.

—No puedo permitirlo —respondió con la voz quebrada por la emoción.

Pude ver la preocupación en su mirada cuando respondí:

—Estaré a salvo contigo.

—Nos esposaría para evitar que cruces la frontera si crees que alguien está en problemas.

—Me parece bien —respondí, intentando convencerlo de que me llevara.

—No.

Dios, qué terco era. Yo sabía que estaba intentando protegerme del dolor, pero no podía tener miedo eternamente. La idea de ir con Marcus no era tan aterradora como ir sola.

—No tendré miedo. Estaré contigo.

—Yo tendré miedo, joder —reconoció con un gruñido—. Ya has tenido bastante, Dani.

—Tengo que ir alguna vez, Marcus. Y si puedo ayudarte, es la ocasión perfecta. No voy a dejar que ganen esos cabrones. No voy a pasarme la vida aterrorizada de una región en la que pasé gran parte de mi vida informando. Vivía con esas personas. Estaba más tiempo allí más que aquí.

—Y nunca fue seguro —refunfuñó—. Está demasiado cerca de la frontera. Las ciudades de esa región no siempre son seguras.

—¿Y hay algún sitio seguro hoy en día? —Pregunté—. Puede ocurrir cualquier cosa en cualquier lugar del mundo.

—Supongo —admitió—. Sin embargo, no tienes que acercarte tanto a la línea de fuego.

—Iré tarde o temprano. No puedes protegerme eternamente. Estoy más segura contigo que sin ti —razoné.

Esta vez yo no podía ceder. No quería hacer daño a Marcus, pero realmente necesitaba ir con él y hacer lo que pudiera por las mujeres que no habían sido rescatadas de la red de trata de personas de Gregory Becker. El mero hecho de pensar en mujeres secuestradas en las garras de un hombre malvado como el líder rebelde me daba náuseas. Yo ya sabía lo que sufrirían y sabía que probablemente morirían después de ser utilizadas como si fueran posesiones viejas en lugar de seres humanos.

—Estate preparada temprano —dijo al final, irritado—. No te muevas sin decirme que lo vas a hacer.

Se me encogió el corazón al ver una expresión de sufrimiento atravesar su rostro. Le estaba matando acceder, pero yo supuse que decidió que a él le iría mejor conmigo que sin mí. Tal vez tuviera contactos en la zona, pero no era un pueblo que hubiera visitado mucho tiempo. Sus apariciones habían sido rápidas, probablemente el tiempo suficiente como para reunirse con sus informantes en la región.

Levanté la mano y acaricié su mandíbula con barba incipiente.

—Gracias —dije sinceramente.

Sus brazos me rodearon con fuerza.

—Joder, no me has dado elección. Sabía que actuarías como si tuvieras un petardo en el trasero en cuanto oyeras que dos mujeres estaban en problemas.

Yo sonreí.

—Tú también estás actuando bastante rápido.

Él se encogió de hombros.

—Tu hermano no puede ir. Está cuidando de Ruby.

Tal vez no quisiera darles importancia a sus esfuerzos humanitarios, pero Marcus era el tipo de hombre que no podría vivir con el hecho de no haber intentado ayudar a esas mujeres.

—Tú también quieres ayudarlas —lo acusé suavemente.

—Quiero mantener a salvo tu precioso trasero. No debería haber mencionado a las mujeres secuestradas. Debería haber sabido que te meterías directamente en el fuego para salvarlas —me contradijo.

Lo besé con ternura y luego me aparté para decirle:

—Eres un buen hombre, Marcus.

Él resopló.

—Nunca me habían dicho eso.

—Deberían. Es verdad.

—Entonces, probablemente eres una de las únicas personas que lo creen. La mayoría de la gente piensa que soy un imbécil, incluso mis amigos.

Me reí de su comentario autocrítico. Había oído a Jett llamar imbécil a Marcus en más de una ocasión, pero sabía que bromeaba. Debajo de sus bravatas, Marcus era un hombre increíble. Oh, sí, era precavido, rasgo que probablemente provenía del trabajo que hacía para el gobierno. Pero cualquiera que lo conociera acabaría viendo que, bajo el exterior de imbécil, había un tipo con un muy buen corazón.

—Me llevas contigo —le recordé.

—A regañadientes —respondió en tono descontento—. Y solo porque creo que te meterías en más problemas sin mí.

—Sabes que yo tengo más tirón en esa zona —discutí.

—Puede que sí, aunque todavía no estoy contento con toda esta situación. Pero no iba a mentirte. Supongo que di por hecho que estarías de acuerdo en dejarme ir solo porque no es un lugar al que realmente quieras ir ahora mismo.

—Tengo que ir —le dije—. Tengo que liberarme.

—Y yo quiero encerrarte —dijo con voz ronca.

—Podríamos probar esas esposas de antemano —sugerí.

—¿Crees que no lo haré? —Preguntó, con una ceja arrogante levantada en desafío.

Rodeé su cuello con los brazos.

—No tengo tanto miedo.

De hecho, la idea de estar desnuda y a merced de Marcus era un placer erótico que estaba bastante segura de que disfrutaría plenamente.

Él se puso de pie con un fuerte impulso y me arrastró con él. Chillé cuando se me arrojó al hombro.

—Marcus, bájame. Creo que es un fetichismo llevarme como un hombre de las cavernas.

Me reí cuando me dio un cachete en el trasero, sin escuchar una palabra de lo que dije mientras se dirigía a la habitación.

—No es un fetichismo —negó—. Simplemente estoy ansioso por verte esposada.

Yo seguía sonriendo cuando me llevó a la habitación y me dejó de pie.

—Eres imposible —lo acusé, incapaz de contener una sonrisa tonta.

—Te gusta eso de mí —dijo él con arrogancia.

Yo no podía discutirlo. Estaba en lo cierto. De hecho, me encantaba su obstinación cuando no estaba volviéndome loca.

—No me encanta —negué falsamente, con los brazos en jarras mientras ponía los ojos en blanco.

—Sí te encanta —me corrigió él con voz grave—. Te encanta la forma en que sigo intentándolo hasta que te desnudo y en que luego insisto para que te vengas.

«Ah, demonios. Eso me encanta», pensé.

—¿Vas a seguir hablando o vas a enseñármelo? —Mi cuerpo ya ardía por él y ni siquiera me había tocado.

Se quedó en silencio mientras se ponía manos a la obra para mostrarme cuánto me gustaba su perseverancia.



Capítulo 25

Marcus

—¿Qué cojones quieres decir con que no están aquí? —Le exploté a Jett, que estaba al otro lado de la línea telefónica.

Solo llevábamos un día en Turquía, pero hacía tanto calor que prácticamente me estaba derritiendo con mi traje y corbata a medida. Estaba parado en el lateral de una callejuela del pueblo y me detuve para llamar a Jett mientras Dani hablaba con uno de los lugareños en lo alto de la calle, a la vuelta de la esquina.

—Quiero decir que las encontramos —respondió Jett, sin que por lo visto le afectara mi temperamento—. Fueron liberadas con ayuda de un par de médicos del mismo pueblo donde estáis ahora. Consiguieron volver a Europa agitadas, pero estaban bien.

—¿Y no podías haberlo averiguado antes de que saliera de territorio estadounidense con tu hermana? —Me quejé, perfectamente consciente de que en realidad no era culpa de Jett.

—Joder, no sabía que te llevarías a Dani.

—¿Podía impedirselo?

Danica era como un huracán capaz de derribar a la gente. Nadie le paraba los pies.

—Probablemente podrías haberlo hecho, pero evidentemente no querías —comentó Jett.

—Nadie detiene a Dani cuando está resuelta a hacer algo —respondí con voz sombría.

—Es terca —convino Jett—. Tú deberías sentirte identificado con eso.

—Me vuelve loco —le confíé—. Es como si estuviera decidida a meterse en situaciones peligrosas.

—Está contigo —dijo Jett—. Estará bien. Y, en defensa de mi hermana, no intenta meterse en situaciones difíciles intencionadamente. Sucede porque se preocupa demasiado. ¿Cómo le va mentalmente?

—Creo que estaba aprensiva cuando llegamos aquí. Pero una hora después, estaba dando vueltas, hablando con los lugareños y con el personal médico. Ahora parece cómoda aquí.

—Te importa —dijo Jett sin preguntar.

—Más de lo que debería —respondí de mala gana—. Me hará pasar un infierno.

—Es de armas tomar, pero creo que puedes lidiar con eso porque también es una de las personas más buenas que conozco. Y no solo lo digo porque sea mi hermana. Siempre pone su corazón en todo lo que hace —replicó Jett.

—Lo sé —reconoci—. Pero a veces asume demasiadas cargas que no son tuyas.

—Dani considera cualquier cosa que pueda resolver como una batalla personal. Siempre ha sido así, Marcus. No hay nada que ninguno de nosotros pueda hacer para cambiar su naturaleza y yo no estoy seguro de que quisiera hacerlo si pudiera.

—Lo sé —respondí—. No quiero cambiarla, pero me preocupo por ella, joder.

—Rómpele el corazón y te mato —mencionó Jett casualmente.

—Es más probable que ella me rompa el mío —musité.

—Mejor el tuyo que el suyo —dijo Jett solemnemente—. Dani ya ha sufrido bastante. No sé lo que sientes por ella, pero si no es algo permanente, no juegues con ella.

—¡Joder! Quiero que sea permanente. No estoy seguro de que ella quiera algo que implique un compromiso. —Lo último que quería hacer era asustarla confesando que quería que se quedara conmigo durante el resto de nuestras vidas. Ahora que habíamos estado juntos, no podía imaginar pasar la vida sin ella. Cada segundo que pasaba con ella era como un regalo y no quería que terminara.

—Si está contigo, quiere algo permanente —me informó Jett—. No es del tipo que se mete en algo sin quererlo todo.

—Ha habido otros hombres en su vida —discutí yo.

—No muchos —dijo Jett—. Y nunca fue nada serio.

—¿Qué te hace pensar que quiere más que una aventura? —Pregunté con curiosidad.

—Porque es Dani —dijo sencillamente—. Nunca la he visto mirar a ningún chico como te mira a ti.

Una semilla de esperanza empezó a abrirse en mi corazón.

—Espero que tengas razón —le respondí—. De lo contrario, estoy jodido.

Escuché la risa divertida de Jett desde el teléfono.

—Amigo, nunca creí que te diría esto, pero eres patético.

—Lo sé —convine de buena gana—. Lo detesto, joder.

—Ella merece la pena —argumentó.

Sabía que Jett tenía razón. Dani valía la inseguridad y el miedo que tuviera que vivir para seguir con ella. Incómodo hablando de Dani con su hermano, finalmente le pregunté:

—¿Todo bien por allí?

—Sí. Estamos bien. Ruby ha pasado por un infierno, pero es una luchadora.

—¿Y estás absolutamente seguro de que esas dos mujeres están a salvo? —Pregunté, queriendo asegurarme antes de decírselo a Dani.

—Completamente —dijo Jett con énfasis—. Acabo de hablar con las dos yo mismo. Desearía haber recibido esa información antes de que volarais hasta allí.

—Está bien—, le dije, sintiéndome un poco culpable por la forma en que le había hablado—. Como dijiste, no tenías idea de que estaban a salvo hace un día o dos. Me alegro de que todo esté bien. Puedo ir a por tu hermana y largarnos de aquí.

—¿Es seguro aquello? —Preguntó Jett con una voz que exigía la verdad.

—Tan seguro como lo puede ser un pueblo fronterizo, supongo —le dije—. Y no tan seguro como me gustaría. A tu hermana le gusta señalar que cualquier cosa puede ocurrir en cualquier sitio, pero a mí, desde luego, este sitio no me gusta. No sé cómo la dejé cuando la vi en zonas peligrosas antes.

—Tal vez estabas en negación —sugirió Jett—. Creo que todos lo estábamos. Dani nunca parecía preocupada, así que todos sus hermanos, yo incluido, simplemente vivíamos con eso. Nos

preocupamos por ella, pero cuanto más tiempo pasaba sin que nada le sucediera, menos ansiosos estábamos por ella. Fue un error que nunca volverá a producirse.

—Yo me preocupaba, joder —reconocí—. Pero apenas nos conocíamos y todo lo que hacíamos era llevarnos la contraria. Creo que así es como lidiaba con el miedo de que le pasara algo. Si lo único que hacía era enojarme, yo me decía que me alegraba de dejarla con sus propios asuntos.

—¿Pero no era tan sencillo? — Preguntó Jett.

—Con tu hermana, nunca nada es tan sencillo —refunfuñé—. Todavía me irrita.

—Y, aun así, la quieres —dijo Jett.

«¡Más de lo que nunca sabrás!», pensé. En voz alta, respondí:

—Sí. Imagina.

—Creo que cualquiera que te importe y por quien merezca la pena luchar, te enojará muchísimo en ocasiones —respondió Jett en tono gracioso.

—Pues yo creo que su obstinación es una de las cosas que realmente me gustan de ella también, así que es bastante paradójico. El amor no tiene sentido —le dije a Jett en tono molesto.

Él se rio entre dientes.

—No tiene que tener sentido. No sería tan increíble si lo hiciera.

Me preguntaba cómo a mi amigo todavía podía parecerle tan atractivo el enamorarse, ya que lo había abandonado una zorra malvada a la que no le gustaba su aspecto después del accidente. Tenía que reconocérselo al tipo. Finalmente había descubierto que lo que había tenido con Lisette era unilateral y condicional.

El amor no era completamente cómodo para mí. Me dejaba demasiado vulnerable y yo detestaba esa sensación. Pero prefería estar expuesto que dejar marchar a Danica.

—Supongo —respondí finalmente—. Ahora voy a buscar a tu hermana y a largarme de aquí para saber que está a salvo.

—Bueno. Avisame cuando volváis a Estados Unidos —solicitó Jett.

Acepté y luego colgamos.

Metí mi teléfono de nuevo en el bolsillo de mi chaqueta. Después de que asegurarlo, me quité la chaqueta. Hacía tanto calor que sudaba la gota gorda. Me desabroché la corbata y también me la quité, metiéndola también en el bolsillo de la chaqueta.

Aunque aquel país tenía algunas regiones más templadas, este pueblo en concreto no era uno de esos lugares y estábamos en pleno julio. No era como Arabia Saudí durante el día, pero también carecía de edificios con aire acondicionado, así que el calor se estaba volviendo increíblemente incómodo.

Me preguntaba cómo le iría a Dani con su tez de pelirroja.

Decidido a encontrarla y a darle la noticia de que las dos mujeres que estábamos buscando estaban a salvo en realidad, giré y empecé a caminar por la calle irregular.

Nos habíamos aventurado a una parte del pueblo donde no había mucha gente por la calle. Su contacto estaba más lejos del centro del pueblo, lo cual fue una de las razones por las que la dejé ir por delante mientras yo llamaba a su hermano. La zona era bastante tranquila, así que me pareció que era lo bastante segura como para perderla de vista. Pero solo un poco. En realidad, podría verla de no ser por los edificios.

Casi había llegado a la esquina cuando se produjo la explosión. Más tarde, nunca recordaría haber visto al joven e inexperto terrorista suicida que entró en el pueblo detrás de mí.

Lo único que recordaría era la forma en que la bomba había explotado, como si todo en la zona estuviera ardiendo. Vidrios rotos. La fuerza de la explosión me tiró al suelo y me golpeé la cabeza

con la calle.

Durante unos instantes, no supe nada. Después de aquello, lo único que experimenté fue miedo en el aire lleno de escombros al ver la tienda a la vuelta de la esquina que había ido a visitar Dani, y mi determinación de sacarla del edificio que se derrumbaba, aunque tuviera que abrirme camino con uñas y dientes.



Capítulo 26

Dani

La explosión me pilló totalmente por sorpresa, así que nunca llegué a entender qué me golpeó.

Aturdida, estaba en el suelo de tierra, aun intentando procesar qué había ocurrido cuando mi mente se aferró a una cosa: Marcus estaba afuera.

«Marcus. Ay, Dios. ¿Está a salvo?», pensé.

—Una bomba. Ha tenido que ser una bomba —musité para mí misma—. Y estaba cerca.

No me resultaba desconocido el sonido de una explosión de bomba, pero tardé un minuto en sacudirme el susto y darme cuenta exactamente de qué había sucedido tan cerca de mi ubicación. Nunca había experimentado un ruido tan fuerte ni tan devastador.

Todo el edificio se había derrumbado sobre mi cabeza. Tenía un pequeño espacio para moverme, pero era imposible salir de entre los escombros sola. Parte del techo estaba justo encima de mí y, entre las vigas en el suelo, vi un montón de cristales rotos.

«Si yo estoy en una situación desesperada como esta... ¿cómo está Marcus?», volví a pensar, preocupada. Él estaba en la calle, expuesto a toda la fuerza de los explosivos.

Mis ojos empezaban a ajustarse a la tenue luz que me rodeaba, el aire aún cargado de pequeñas partículas y humo.

—¡Baris! —Intenté llamar a mi amigo que estaba al otro lado de la sala cuando estalló la bomba.

No respondió y yo esperaba que se hubiera librado del derrumbe del edificio. Baris estaba cerca de la puerta, así que era posible que estuviera a salvo.

Seguí gritando el nombre de mi amigo, pero no hubo respuesta.

Había voces fuera gritando, así que había llegado ayuda, pero el corazón me latía desbocado cuando apoyé la cabeza dolorida en la tierra.

—Por favor, que Marcus esté bien —musité con un susurro doloroso—. No dejes que le pase nada.

Una lágrima corrió por mi mejilla, el corazón desesperado y deseoso de negar que podría estar herido... o peor.

—Lo amo —dije en voz alta, escuchando las palabras que había estado guardándome durante días.

Fue un alivio admitir exactamente lo que sentía por Marcus. Para ser sincera, probablemente siempre estuve un poco enamorada del frustrante macho alfa. Pero, en realidad, había crecido durante el tiempo que pasamos juntos en Florida y Colorado. Llegué a saber quién era Marcus por dentro y me enamoré por completo por primera vez en mi vida. Sentaba bien. Pero también dolía porque sabía que nuestra relación sería temporal. Marcus tendría que volver a viajar tarde o temprano y yo pasaría a mi siguiente reportaje. El problema era que no quería perderme ni un momento entre tanto, así que me permití experimentar el placer. Pagaría un alto precio por darme el gusto, pero no importaba.

Probablemente, él había sido el único hombre en el que podía haber confiado lo suficiente como para acostarme con él después de lo que me había ocurrido.

Era irónico que la misma curación que había experimentado con Marcus probablemente me rompería el corazón en el futuro.

—Solo haz que esté bien. Me ocuparé de todo lo demás cuando llegue el momento —susurré, la garganta demasiado dolorida para hablar más alto. El humo y el polvo estaban afectándome.

Me atormenté por la seguridad de Marcus, atrapada hasta que alguien viniera a ayudarme a salir del edificio derrumbado. Me sentí muy culpable. Yo fui quien había llevado a Marcus a esta situación. Si no hubiera venido a Florida a buscarme, probablemente no estaría en esta ciudad fronteriza en este momento. De no ser por mí, estaría a salvo.

Me dije una y otra vez que no podía pensar en el pasado, pero aun así lo hice. Si algo le ocurría a Marcus, me odiaría por insistir en ir con él. Incluso si hubiera terminado aquí buscando a las mujeres desaparecidas, definitivamente no habría estado en esta zona. Era yo quien lo había traído allí porque tenía que ver a mis propios contactos.

—Por favor, tienes que estar bien. Por favor, tienes que estar bien.

Canté las palabras en voz baja y la frase se convirtió en mi mantra.

Había venido aquí para ayudar a salvar vidas y rápidamente recuperé mi confianza y perdí el miedo a este pueblo y sus alrededores. No había tardado mucho tiempo después de llegar en pillar el tranquillo a buscar información. Los amigos que había hecho en este pueblo me saludaron calurosamente, todos felices de que estuviera bien.

Por fin, sentía que me estaba recuperando de mis miedos. Solo esperaba desesperadamente no haber hecho que Marcus resultara lastimado en el proceso.

Si no fuera por mí, lo más probable era que no hubiera estado en Turquía, y mucho menos en un pueblo fronterizo que, evidentemente, acababa de sufrir un atentado de bomba.

Nunca se habría involucrado en Miami de no haber estado persiguiendo yo a Becker, y habría pasado mucho más tiempo hasta que nos encontráramos de nuevo. Cerré los ojos, ya que el humo y el aire sucio a mi alrededor empezaban a hacer que ardieran.

Aunque amaba a Marcus más que a nada, renunciaría a todo al instante con tal de verlo a salvo. «¡Tengo que encontrarlo!», pensé. Tenía muchas ganas de salir de la tienda e ir a buscar a Marcus, pero si empezaba a moverme, probablemente haría que el techo cayera sobre mí. Necesitaba que alguien moviera los escombros desde fuera para tener una vía de escape sin mover algunos de los soportes que me rodeaban e impedían que resultara aplastada.

El corazón empezó a batirme el pecho cuando escuché movimientos provenientes del exterior del edificio. Podía escuchar a gente trabajando para desenterrarme. Aunque no tenía paciencia para esperar, tenía que mantenerme con vida para poder hacer todo lo posible para ayudar a Marcus. Tenía que encontrarlo y, para lograrlo, tendría que salir con vida de aquel lugar.

—¡Danica!

El corazón me dio un vuelco cuando escuché una voz masculina que me llamaba. Un tono que se parecía mucho a Marcus. Abrí los ojos de golpe y pude ver a alguien que poco a poco avanzaba hacia mi ubicación, la figura masculina arrojando grandes pedazos de escombros a un lado mucho más rápido de lo que debería poder moverse.

—¡Marcus! —grité.

—¿Dani? —Llamó, la voz ronca y estresada.

—Estoy aquí. Ten cuidado. El techo se va a caer. No hay mucho que lo sostenga por encima del suelo.

Ya podía verlo y observé cómo apartaba la madera suelta, teniendo cuidado de no sacar ninguna pieza necesaria.

—¿Estás bien!? — Gritó.

—¡Sí! ¡Solo necesito una abertura para salir! ¡Si muevo algunos escombros cerca de mí para salir de aquí, me temo que el techo cederá!

—¡No te muevas! —exigió Marcus—. ¡Voy a despejar un camino desde aquí!

—¿Estás bien!? —Le pregunté con ansiedad.

—Demonios, no, no estoy bien. Estoy aterrizado de que acabes aplastada.

Era una respuesta típica de Marcus, pero tan increíblemente dulce que me hizo empezar a llorar.

—¡Quiero decir que si estás bien físicamente! ¿Has resultado herido en la explosión!?

—Sobreviviré —dijo en voz lo bastante alta como para que la oyera.

Para mí, eso significaba que estaba herido, pero que no quería reconocerlo. Finalmente vi su cara cuando se agachó al final de una abertura que había despejado con sus propias manos.

—¡Marcus, estás herido! —grité, ansiosa porque podía ver la sangre en su rostro.

—Estoy bien —dijo bruscamente—. Ahora mismo, lo único que quiero es sacarte de aquí. ¿Puedes darme las manos sin mover nada? Te sacaré por la zona que acabo de despejar.

Estaba quitándole hierro a sus heridas, pero yo no iba a conseguir respuesta hasta que me alejara del edificio.

—Sí. Puedo moverlas. —Levanté los brazos con cuidado, estirándome para poder agarrarme a sus manos.

—¿Estás herida? No quiero empeorar las cosas —preguntó vacilante.

—No —contesté—. Pasé unos minutos aturrida, pero no estoy herida.

Metió la mano en el espacio, agarró mis manos y luego me sacó, despacio y con firmeza. Yo me cuidé de mantenerme alejada de las vigas; estaba casi segura de que eran lo que impedía que el techo cayera al suelo.

En solo unos instantes, estaba fuera, lejos del edificio y Marcus me abrazaba con fuerza. Nos aferramos el uno al otro y yo no quería soltarlo nunca. En los momentos en que me había preguntado si seguía vivo o no, casi me morí.

—¿Baris? —Le pregunté ansiosamente por mi amigo mientras abrazaba a Marcus tan firmemente como él me sostenía a mí.

—Está bien —respondió Marcus—. Solo algunas heridas sin importancia. Lo están tratando en la clínica.

Retrocedí para poder mirarlo. Alcé la mano para tocar la brecha de su cabeza. No pude evitar percatarme de que sus manos también sangraban por excavar la madera y el vidrio con las manos desnudas para sacarme de mi prisión.

—Estás herido, Marcus. Tienes que ir a la clínica.

La herida en su cabeza estaba abierta y la sangre aún manaba de la brecha. La camisa, blanca aquella mañana, ahora estaba cubierta de sangre. Sin duda, la herida de la cabeza había seguido sangrando mientras me sacaba de las ruinas de la tienda.

—Estoy bien —dijo en tono cargado de emoción—. Solo quiero sacarte de aquí.

—Yo estoy bien —discutí.

—Yo no —confesó—. No quiero volver a vivir otro incidente en que no sé si estás viva o muerta, Danica. No puedo.

—Yo también estaba asustada —dije con voz temblorosa mientras volvía a abrazarlo y lo atraía contra mí—. Sabía que estabas en la calle, pero no sabía dónde estabas cuando explotó la bomba.

—Estaba preocupándome por ti. Parece que se me da bastante bien ahora —respondió, las manos desgarradas acariciándome el cabello en un movimiento reconfortante.

—Estamos a salvo —dije entre lágrimas; la enormidad de lo que acababa de suceder empezaba a calar.

—Vamos a casa —sugirió, pero no se movió.

—Tenemos que encontrar a esas mujeres.

—Están a salvo —me dijo Marcus—. Alguien las ayudó a volver a casa. Jett lo confirmó.

«Ay, Dios», pensé. No se me escapó la ironía de que estábamos en Turquía buscando a las dos mujeres, que estaban a salvo en casa. Casi nos matan por dos mujeres que no necesitaban nuestra ayuda. A pesar de que me dolía separarme de Marcus, me aparté para que pudiéramos marcharnos.

—Tienen que verte esas heridas antes de irnos —insistí, preocupada por el tamaño de la laceración en su cabeza.

—Haré que me las vean cuando llegemos a casa —dijo obstinadamente.

—Ahora —exigí yo.

Esperaba una respuesta de listillo y me preocupó realmente no recibirla. Miré a Marcus con nerviosismo, percatándome de que estaba pálido y de que se llevaba la mano a la cabeza.

—Estaré... —Su voz se apagó cuando se sentó en una caja cercana que no había volado en pedazos.

Me puse en cuclillas a su lado.

—¡Marcus, háblame! —dije con pánico. No dijo una palabra más. Perdió el conocimiento mientras yo luchaba por sostenerlo, gritando que alguien, cualquiera, me ayudara.



Capítulo 27



Dani

Dos días después, finalmente estábamos a bordo del avión de Marcus, rumbo a casa. Me había asustado muchísimo y nunca le dejaría olvidarlo. Después de haber sido tratado en la medida de lo posible en la clínica, fue trasladado a la capital para hacerle más pruebas. Había permanecido unos días allí en observación después de que las pruebas de fracturas resultaran negativas. Marcus tenía un gran traumatismo craneoencefálico, pero se estaba recuperando.

Por suerte, el terrorista suicida no tenía experiencia. Solo era una niña, en realidad, de unos dieciocho años. Sola, había vagado hasta la parte equivocada del pueblo y había causado muchos daños, pero ninguna muerte excepto la de la terrorista rebelde.

Lloré la vida de alguien tan joven y sentí una profunda tristeza de que albergara tanta violencia.

—Oye, ¿estás bien? —Preguntó Marcus desde su posición supina en la cama. Habíamos despegado y luego yo insistí en que volviera a descansar.

Yo estaba sentada con las piernas cruzadas a su lado, sumida en mis pensamientos mientras miraba el vendaje en su frente. Había perdido la cuenta de los puntos de sutura necesarios para cerrar su laceración, pero se estaba curando bien.

—Solo estoy cansada, supongo —respondí sonriéndole.

—Estás en una cama —me recordó.

Me froté los ojos con una mano.

—Lo sé. Pero no podía dormir.

—¿Preocupada por mí? —Preguntó con curiosidad.

Yo le lancé una mirada exasperada.

—Sí, estaba preocupada.

—Tengo una cabeza bastante dura —dijo en tono jocoso mientras su mano acariciaba mi espalda en gesto tranquilizador.

Sus palmas y dedos ya se estaban curando. Por suerte, el daño en sus manos había sido superficial.

Resoplé.

—Por una vez, me alegro de que seas un cabezota.

Moví el cuerpo hacia abajo para poder acostarme de lado junto a él, con la cabeza apoyada en la mano.

—Estoy bien. Entonces, ¿a qué viene esa mirada pensativa? —Preguntó con voz tierna.

Con delicadeza, estiré la mano hacia arriba para acariciar el cabello de su frente.

—Sigo pensando cómo podrían haber salido las cosas. Si hubieras estado más cerca, podría haber acabado realmente mal.

—No lo hagas, Dani —dijo con severidad—. No te vuelvas loca con lo feo que podría haber sido. Yo me torturé con los mismos pensamientos el primer día después de que sucediera. Entonces me di cuenta de lo afortunados que somos. Me estoy centrando en el hecho de que ambos seguimos aquí y relativamente ilesos.

Marcus podía restarles importancia a sus heridas, pero yo no. Por lo demás, tenía razón. En realidad, yo debería alegrarme de que ambos siguiéramos vivos. Él se curaría y volvería a la normalidad en una semana aproximadamente. Excepto por una pequeña cicatriz, no tendría efectos duraderos de la explosión.

—Sé que tienes razón, pero estaba muy asustada —le confió.

Marcus me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo contra su cuerpo. Yo me relajé, dejando caer la cabeza sobre su pecho.

—Una vez me preguntaste a qué tenía miedo —dijo Marcus pensativo.

—Lo recuerdo —farfullé.

—Lo sucedido es exactamente lo que me aterroriza —dijo con voz grave—. Me caga de miedo que algo te suceda. No vives precisamente una vida sin incidentes y eso me preocupa. No me pongo nervioso por muchas cosas, pero perderte o verte herida de nuevo es mi mayor temor. No puedo verte maltratada y destrozada otra vez, Dani. Casi me mata cuando te sacamos de ese campamento rebelde.

Se me anegaron los ojos de lágrimas y, por mucho que intenté parpadear, estas seguían cayendo.

—Pero sobreviví, Marcus. Tal vez nunca vuelva a ser la misma de antes de que sucediera, pero incluso antes del atentado ya me di cuenta de que volver me había liberado de alguna manera.

Él permaneció en silencio durante un momento antes de preguntar:

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No estoy diciendo que no necesite seguir reuniéndome con mi terapeuta, pero creo que todo encajó; lo único que tengo que hacer ahora es solucionarlo. Ya no estoy nerviosa. Dudo que alguna vez sea tan intrépida como solía serlo. Pero parte de esa falta de miedo se basaba en el hecho de que nunca había entendido realmente lo rápido que podía terminar la vida. Nunca había experimentado dolor o miedo intensos. Después de hacerlo, me volví más cautelosa.

—Nunca quiero verte asustada, dolorida ni nerviosa —refunfuñó.

—Yo tampoco tengo ganas —reconocí—. Pero he de admitir que no importa cuánto me gustaría volver y ser la misma persona que era antes del secuestro; no puedo. Tengo que aceptarme por quien soy ahora.

—¿Y te aceptas?

—Sí. Creo que sí —cavilé.

—¿Volver te hizo querer recuperar tu antigua vida? —Preguntó él vacilante.

Yo suspiré.

—No. No puedo volver. Tengo que seguir adelante. Me gustaría seguir siendo periodista de investigación independiente allá donde haya historias que contar. Pero no estoy triste de haber renunciado a mi ritmo. He descubierto que no siempre tengo que estar en todas las zonas de conflicto del mundo. Puedo encontrar historias que necesitan ser contadas en todo el mundo.

—Gracias, joder —maldijo Marcus—. Quiero que estés conmigo.

Intenté ignorar la forma en que el corazón me latía desbocado en el pecho. Amaba a Marcus con cada fibra de mi ser, pero no iba a hacerme ilusiones de que nuestro tiempo no sería limitado.

—Tarde o temprano volverás a viajar —dije en tono jovial, tratando de fingir que la separación no me partiría el corazón.

—No tanto —me informó—. Parece que mis ejecutivos están haciendo mi trabajo en el extranjero bastante bien y, si el gobierno no tiene problemas en que entrene a alguien para hacer parte de mi trabajo de inteligencia, creo que tengo al hombre perfecto para que se haga cargo.

—¿Vas a dejar de ser James Bond? —Pregunté incrédula.

—No estoy interpretando a James Bond y, sí, no creo que me importe pasarle algo de eso a alguien más joven. Estoy cansado de no comer chocolate —bromeó—. No es que no vaya a viajar y seguiré reuniéndome con algunos de mis contactos para obtener información, pero estoy listo para pasar más tiempo con mi familia y en mi casa en Rocky Springs. Me arrepiento de haberme perdido tanto porque estoy fuera constantemente.

Yo entendía lo sola que podía sentirse una persona cuando viajaba todo el tiempo. Me había sentido separada de mis hermanos durante mucho tiempo y los extrañaba.

—Yo también echaba de menos a mi familia —confesé—. Creo que me mantenía demasiado ocupada como para darme cuenta.

—Nunca comentaste lo que dije —me recordó.

—¿Qué?

—Quiero que estés conmigo, Dani. Quiero que te quedes conmigo. ¿Lo harás? —Preguntó con voz esperanzada.

—No sé si puedo —respondí sinceramente sin dejar de llorar lágrimas que brotaban de mis ojos y aterrizaban en la piel desnuda de su pecho.

—¿Por qué? —Gruñó.

Permanecí callada, temerosa de decirle todo lo que estaba pensando. No quería que se sintiera presionado a más, pero yo tenía que ser sincera conmigo misma.

—Te quiero, Marcus.

Él giró sobre su costado y levantó la cabeza, obligándome a hacer lo mismo para mirarnos a los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído. Te quiero tanto que duele. No estoy segura de poder tener una relación contigo sin querer más que solo sexo.

—Lo que hay entre tú y yo nunca ha sido solo sexo —protestó—. ¡Dios, Dani! ¿No lo sientes? Creo que sé que nos sentíamos mucho más que atraídos sexualmente desde hace mucho tiempo, pero no quería reconocerlo. Sí. Vale. Mi instinto principal era acostarme contigo y eso nunca se ha ido. Pero creo que los dos sabemos que esto nunca ha sido solo sexo.

—Yo no lo creía, pero no estaba segura de lo que querías. No sabía si querías amor, pero no puedo seguir callándomelo.

—Joder, lo quiero todo —dijo en tono de advertencia—. Quiero todo lo que estés dispuesta a darme y querré más después de eso.

—¿Quieres algo que implique un compromiso?

—Claro que sí, demonios. Quiero que tú y yo estemos tan comprometidos como pueden llegar a estarlo dos personas —respondió con voz ronca—. Quiero establecer algún tipo de compromiso para que podamos viajar juntos y estar en casa al mismo tiempo. Quiero que te cases conmigo y que lleves mi anillo en el dedo para que cada cabrón que hay ahí fuera sepa que eres mía.

—¿Quieres que me case contigo? —pregunté con temor.

Marcus Colter no era la clase de hombre que se casaba... o yo nunca lo había visto como uno hasta ahora.

—No puedo creer que alguna vez dudarás de que quisiera que estuviéramos juntos. Yo también te quiero, Danica. Di que te casarás conmigo para que no me dé un ataque al corazón sobre si aceptarás o no.

Mis ojos se encontraron con los suyos en un choque de intensidad que fluía entre nosotros. Tal vez siempre había tenido dudas sobre dónde podríamos ir como pareja, pero ahora que sabía que él también me quería, sentí que podía volar.

—Sí —respondí sencillamente.

—Sí, ¿lo harás? —indagó Marcus—. ¿Te casarás conmigo? Todavía no tengo un anillo, pero...

Puse una mano delicada en su cabello e interrumpí sus palabras mientras me inclinaba para besarlo. No me importaba una mierda un anillo ni las formalidades. Lo único que necesitaba saber era que él me amaba. Todo lo demás no eran más que detalles sin importancia.

Me rodeó la cintura con el brazo y luego me empujó sobre la espalda, exigiendo con su boca mientras tomaba el control del abrazo. Fue el beso más dulce y ardiente que jamás haya experimentado. Él lo alargó, mordisqueando mi labio inferior para después calmarlo con la lengua.

El beso no era sexual y yo no pensaba dejar que se descontrolara. No iba a ninguna parte. Marcus acababa de salir del hospital. Lo último que necesitaba en este momento eran unas olimpiadas de dormitorio.

Pero podíamos saborear el momento y todas las emociones que conllevaba la decisión de que nos amáramos tanto que queríamos pasar el resto de nuestra vida juntos.

Cuando finalmente levantó la cabeza, lo miré a los ojos y simplemente dije:

—Sí. Me casaré contigo. Me quedaré contigo. Seguiré dejando que me robes el chocolate mientras vivamos —bromeé—. Ahora necesitas descansar un poco.

—Prefiero desnudarte —respondió.

—Nada de sexo. Ambos acabamos de reconocer que no se trata solo de sexo. Y acabas de salir del hospital. Nada de actividades arduas para ti.

Me miró con cara de decepción.

—Sé que no todo es sexual, pero eso no significa que no quiera verte desnuda desesperadamente.

Yo también lo deseaba a él, pero no me importaba esperar.

—Tu salud es mi mayor prioridad.

—La mía también —dijo con voz sombría—. Tengo los huevos azules ahora mismo de las ganas.

Me reí en voz alta. No podía creer que realmente quisiera tener sexo cuando todavía estaba recuperándose de sus heridas.

—Duérmete —insistí, empujándolo sobre su espalda—. Lo último en lo que necesitas pensar ahora es en echar un polvo.

—Es lo primero en lo que estoy pensando —respondió taciturno.

—Puedes pasar unos días sin ello —le dije mientras me acomodaba a su lado y apoyaba la cabeza en su pecho.

—Sí, puedo —admitió—. Diablos, solía pasar sin sexo meses o incluso un año. Pero desde la primera vez que te toqué en Florida, no puedo pensar en nada más.

Sonreí contra la piel suave de su pecho. Sinceramente, yo sentía lo mismo, pero no iba a reconocerlo en ese preciso momento.

—Te quiero, Marcus —musité en lugar de eso.

—¡Dios! Yo también te quiero, cariño —dijo con voz ronca mientras me abrazaba—. Puedes marcar una cosa más de tu lista de deseos, porque nunca encontrarás un chico que te quiera tanto como yo.

Yo suspiré, feliz al escuchar la respiración regular de Marcus, señal definitiva de que estaba agotado y necesitaba descansar.

«Quiere pasar el resto de nuestra vida juntos. Quiere casarse conmigo». Decidí que finalmente era hora de cerrar la ventana de mi pasado y abrir de par en par la puerta a mi futuro con Marcus.

Una lágrima cayó lentamente por mi mejilla, pero no era por tristeza o miedo. Nació de la intensa alegría que albergaba mi corazón y del conocimiento de que Marcus me amaba tanto como yo a él.

Todo el dolor que había sufrido había terminado y por fin estaba preparada para pasar página. Saber que avanzaba a toda velocidad con un hombre al que amaba más que a la vida misma hizo que mi nueva mentalidad fuera mucho más dulce que nunca.

Él era la importante pieza del rompecabezas de mi vida que siempre había faltado, a pesar de que nunca lo había sabido hasta que entró en ese espacio vacío. Caí en un sueño agotado, en la seguridad de sus brazos, consciente de que independientemente de cuánto lo irritara y viceversa, siempre habría amor.



Capítulo 28



Dani

—Me encanta lo unidos que están todos los miembros de tu familia —le dije a Marcus unos días más tarde, mientras íbamos en coche a casa después de cenar en casa de su madre en Rocky Springs.

Era una bonita y despejada noche de verano. Como íbamos en uno de los muchos coches deportivos de Marcus, podía ver las estrellas. El descapotable me daba una vista perfecta del cielo de Colorado.

Me deleité con la sensación de estar al aire libre. Probablemente mi pelo terminaría pareciéndose a un nido de pájaros, pero sentirse así, tan libre y animada, valía la pena.

—Tu familia está unida —respondió.

Me encogí de hombros.

—Cuando podemos reunirnos todos. Creo que mucho se vino abajo cuando mis padres murieron tan repentinamente. Cada uno seguimos nuestro propio camino para lidiar con el dolor. Tu madre parece mantenerlo todo unido en tu familia.

—Estoy de acuerdo —respondió—. Ella ha sido el pegamento que ha mantenido unida a nuestra familia desde que murió mi padre. Pero viajar por el mundo no ayuda. Ambos tenemos algo de tiempo para intentar compensárselo a nuestra familia.

Marcus y yo habíamos hablado mucho sobre lo que queríamos hacer en el futuro. Yo vería mucho más a Harper, ya que estábamos en la misma ciudad, y mi hermana y yo prometimos intentar reunirnos más con nuestros hermanos. Harper aún viajaría con su esposo senador, Blake, de ida y vuelta a Washington, y yo quería viajar con Marcus internacionalmente para encontrar mis propias historias que escribir. Pero ambas estaríamos en casa y en el mismo sitio con mucha más frecuencia, así que estábamos decididas a entrar en la vida de nuestros hermanos a la fuerza si era necesario.

Yo quería a todos mis hermanos. Ninguno de nosotros habíamos querido separarnos. Simplemente había sucedido. Marcus estiró el brazo y tomó mi mano y yo entrelacé mis dedos con los suyos antes de prometer finalmente:

—Haremos tiempo en el futuro.

Ya adoraba a Tate y a su esposa, Lara. Zane y su mujer, Ellie, eran extremadamente buenos. Conocí a Gabe y Chloe más temprano aquella noche. Y, por supuesto, Harper y Blake también

habían estado en la cena familiar.

Sinceramente, yo ya sabía que iba a llegar a querer a la familia de Marcus tanto como él. Las mujeres Colter ya estaban intentando meterme en su círculo planeando varias actividades juntas. Sería agradable volver a tener familia, pero tener a la familia de Marcus no menguaría mis esfuerzos con Harper para atraer a mis hermanos Jett, Carter y Mason de vuelta al redil.

Sonreí cuando nos detuvimos en el camino de entrada de Marcus y él tomó el pequeño camino asfaltado que rodeaba la enorme casa y hasta la parte trasera, donde tenía un garaje de diez plazas en el que almacenaba sus coches de verano. Había un garaje de tres plazas adjunto a la casa donde guardaba sus vehículos de lujo, adecuados para conducir en cualquier clima.

A pesar de lo serio y sensato que era Marcus, me encantaba ver que seguía siendo un niño al que le gustaban sus juguetes. Las diez plazas estaban ocupadas por coches deportivos de lujo o clásicos. Parecía ser el gran capricho de Marcus y yo no pensaba quejarme. Podía permitírselos y yo tenía el beneficio de viajar en los potentes vehículos.

Tarde o temprano, conseguiría que me dejara conducirlos todos. A una niña también le encantaban sus juguetes. Después de cerrar el garaje, me tomó de la mano y caminamos juntos hacia la casa.

—Parece extraño tener un hogar permanente —dije con voz pensativa.

Había pasado años recorriendo todo el planeta, pero nunca había invertido en una casa. Sí, Harper y yo habíamos comprado juntas el apartamento en Miami, pero eso era más una inversión que un hogar.

—Si no te gusta esta casa, podemos comprar otra —sugirió él.

«Ni hablar», pensé.

—Hiciste construir esta casa a medida —lo regañé—. Y me encanta.

La casa de Marcus era enorme, pero era un reflejo de él y yo no podría haber planeado un hogar mejor para nosotros.

Me dejó entrar a la casa y desactivó la alarma antes de volverse hacia mí.

—No quiero que esto sea todo sobre mí, Dani. Joder, ni siquiera sé si quieres vivir en Rocky Springs. Puedo vivir en cualquier sitio, pero no puedo vivir sin ti.

Me eché en sus brazos, el corazón tan liviano que casi se me salió del pecho flotando.

—No se trata solo de ti. No tengo casa, Marcus. Nunca me molesté porque estaba demasiado ocupada intentando perseguir historias. Pero aquí es donde ambos crecimos y mi hermana está aquí. Es perfecto.

Estrechó su abrazo en torno a mi cintura.

—Solo quiero que seas feliz —farfulló.

Yo me aparté para poder mirarlo a la cara.

—Dime que me quieres —le pedí.

Sus bonitos ojos argénteos destellaban fuego cuando dijo atentamente:

—Te quiero.

Acaricié la oscura barba incipiente en su mandíbula.

—Eso es todo lo que necesito para estar eufórica.

Él asintió y me lanzó una sonrisa traviesa que inmediatamente hizo que se acumulara un charco de deseo entre mis muslos. Cuando Marcus sonreía, mi mundo se ponía patas arriba. Tomó mi mano y tiró de mí hacia la cocina.

—Me alegra que te sientas así, amor, porque hay más.

Desconcertada, seguí sus pasos. No estaba segura de cuánta felicidad más podría soportar. Me detuve de repente cuando entramos en la cocina.

—Pero ¿qué...?

La mesa de la cocina estaba llena de cosas, pero lo primero que me llamó la atención fueron dos globos en forma de corazón unidos al ramo de rosas rojas más bonito que había visto en mi vida.

Un globo decía “cásate” y el segundo “conmigo”.

Me tapé la boca, con las emociones a flor de piel.

—Ya dije que sí —le recordé en un tono lloroso—. ¿Como has hecho esto?

—Tengo asistentes —dijo—. Simplemente no los has conocido todavía. Tuve que pedir ayuda para traer esto aquí mientras estábamos fuera.

Acaricié las rosas suavemente con un dedo y luego me percaté de que casi toda la mesa estaba llena de chocolate.

—Tienes buen gusto —dije con voz divertida. Reconocí la mayoría de los nombres en las cajas y envoltorios. Todo en la mesa era lo mejor de lo mejor en chocolate y valía un ojo de la cara. Había comprado de todo, desde maestros chocolateros de Suiza a Francia, e incluso uno de la costa este de los Estados Unidos.

La mayoría de las veces me conformaba con una chocolatina de una tienda. No era muy quisquillosa sobre cómo conseguía mi chocolate. Pero no era reacia a probar algunos de los artículos que había comprado Marcus. De hecho, estaba francamente ansiosa por atacar la colección.

Él se acercó a la mesa y sacó una botella de champán fino de un cubo de hielo, luego la descorchó y lo sirvió en un hermoso par de flautas de cristal.

Acepté la que me entregó, el corazón acelerado al pensar en las molestias que se había tomado Marcus solo para complacerme.

—Gracias —dije con voz temblorosa.

—No es más de lo que mereces —me dijo Marcus mientras tomaba un sorbo de champán—. Nunca debí haberte pedido matrimonio en la habitación de mi puñetero avión. Te mereces mucho más que eso. Eres mi corazón, Danica.

Abrí la boca para responderle, para decirle que él lo era todo para mí, pero la volví a cerrar cuando escuché un ladrido agudo.

—Una cosa más... —Su voz se apagó mientras cruzaba la gran cocina y se inclinó para hurgar en algo que parecía una caja.

Me quedé desconcertado cuando un bulto de pieles salió disparado de su encierro y se lanzó directamente hacia mí.

—¡Ay, Dios! —chillé, dejando la copa de champán sobre la mesa para poder atrapar el pequeño cuerpo del can.

—¿Quién es este?

—Dijiste que siempre habías querido un perro. Técnicamente, es un cachorro, pero acabará creciendo —me informó.

Abracé al cachorro que no paraba de contonearse emocionado mientras le preguntaba:

—¿Entonces es chico? ¿Es mío?

Marcus asintió con la cabeza.

—Tuyo —confirmó.

Lo miré radiante.

—Lo compartiré contigo. Parece a un pastor alemán. ¿Tiene nombre?

—Todavía no. Pero lo tendrá cuando se lo pongas. Y es un pastor alemán. Tate tiene un macho y quería cruzar a Shep con una hembra antes de castrarlo. Este cachorro es de la camada de Shep.

—Es precioso —dije enérgicamente, riéndome cuando el cachorro dejó mi regazo y empezó a saltar por la habitación antes de volver corriendo hacia mí. Miré su collar un momento antes de extender la mano e intentar agarrar el objeto brillante unido al collar azul. Tardé un momento en entender lo que estaba sosteniendo.

—¿Esto también es mío?

Marcus avanzó y me ofreció la mano. La tomé, permitiéndole que me pusiera de pie.

—Si todavía estás dispuesta a aceptarlo con todo lo que conlleva estar casada con un hombre como yo, es tuyo.

Toqué el hermoso anillo que había enganchado del collar del cachorro, los ojos llenos de lágrimas de felicidad. Me atraganté totalmente cuando Marcus tomó el anillo, tomó mi mano y deslizó el increíble diamante en mi dedo mientras añadía:

—Si no lo quieres, es demasiado tarde. Ahora eres mía.

—¡Lo quiero! —grité cuando él me hizo girar en el aire.

—Siento no haber estado preparado cuando te pedí que te casaras conmigo —dijo con voz ronca—. Pero puedes tachar otro elemento de tu lista de deseos. Ya has recibido una petición de mano, aunque no fuera muy hábil.

Acababa de poner un anillo absolutamente increíble en mi dedo ¿y se estaba disculpando?

—No importa.

—Importa —discutió él—. No quiero que te arrepientas de haberte casado con un tipo que no es muy romántico.

Tal vez Marcus no era todo corazones y flores, pero nunca dudaría de cuánto me amaba. Esa gran demostración solo para proponerle matrimonio a una mujer que ya había dicho que sí era un ejemplo perfecto de por qué nunca pensaría que no era romántico.

—Nunca me arrepentiría de ti —dije ferozmente—. Nunca.

Su boca descendió sobre la mía tan rápido que me dejó sin aliento. Gemí contra sus labios, mi cuerpo necesitado cuando me abrí a él de buena gana, dejándolo saquear mi boca. Estaba ardiendo y no estaba segura de que nada pudiera extinguir la llama.

Mis brazos se estrecharon en torno a su cuello, me presioné contra él, sintiendo su miembro erecto a través de la tela de sus pantalones.

No me había desmoronado antes sus otros ataques a mis sentidos, dispuesta a esperar hasta que estuviera completamente recuperado. Le habían quitado los puntos aquel mismo día y yo tenía la sensación de que no iba a poder resistir nuestro apetito mutuo durante mucho más tiempo.

—Marcus —jadeé cuando él levantó la cabeza.

—Lo sé, cielo. Espera —canturreó suavemente mientras levantaba la falda de algodón de mi vestido veraniego y luego me acariciaba con los dedos por encima de las braguitas saturadas.

Dejé caer la cabeza hacia atrás cuando el calor de su roce me consumió.

—Sí. Ahora. Por favor.

No podía esperar a que me jodiera después de días de privación. Lo quería dentro de mí, sus caderas empujando una y otra vez hasta que ambos estuviéramos agotados.

Él apretujó las bragas con la mano y luego tiró con fuerza.

—No más esperas —dijo en tono exigente.

—No más esperas —repetí cuando sentí el pequeño trozo de material sedoso y rasgado deslizándose por mis piernas hasta caer al suelo.

Mi núcleo se contrajo ferozmente mientras Marcus acariciaba mis pliegues y sus dedos entraban en mi sexo húmedo. Gemí otra vez cuando él excitó mi clítoris, dispuesta a suplicar piedad.

Finalmente, sus manos agarraron mi trasero y Marcus me llevó a la mesa y colocó mi trasero en el borde. Despejó el espacio con un amplio barrido de su brazo musculoso y yo no lloré el costoso chocolate que cayó al suelo. Ansiaba a Marcus mucho más de lo que se me antojaba cualquier tipo de chocolate. Me apoyé en mis brazos y vi como él liberaba el pene de sus pantalones furiosamente.

—No puedo esperar —gruñó él—. Pon tus piernas a mi alrededor.

—No esperes —supliqué mientras obedecía su orden—. Ahora.

Inspiré bruscamente cuando él atrajo mi cuerpo hacia adelante y se enterró dentro de mí con una poderosa embestida.

—Sí. Así. No te contengas —jadeé.

—No podría, aunque quisiera —respondió en un tono bajo y sensual.

Fue duro y rápido. Bonito y desenfrenado. Marcus me penetró con una desesperación que yo correspondí.

—¡Más! —grité.

Me dio más y luego volvió a hacerlo.

Manteniendo su ritmo castigador, mi cuerpo empezó a temblar cuando Marcus me embistió sin piedad. Todo lo que podía hacer era montar la ola de deseo que me había inundado para después hacerse con el control de mi cuerpo hasta que solo podía pensar en el hombre que parecía ansioso por volverme completamente loca.

Apretó su agarre en mis nalgas, sosteniéndome firmemente en el sitio mientras me acariciaba una y otra vez.

—Tengo que venirme, Marcus —gemí.

—Entonces vente para mí —respondió él en tono crudo y salvaje. Levantó una mano de mi trasero y luego encontró el lugar donde necesitaba que me tocara con los dedos.

—Sí. Sí. Sí. —Me dejé llevar y dejé que la fuerza de mi orgasmo tomara el control. Llegué al clímax en un crescendo, mi cuerpo retorciéndose bajo su ministerio. Mi núcleo empezó a tener espasmos. Los músculos de mi vaina intentaban sacarle hasta la última gota.

—¡Marcus! ¡Te quiero mucho! —Grité, todo mi ser temblando bajo la fuerza de mi potente desahogo.

—Te quiero —respondió él con un gemido de puro alivio, empujando un par de veces más mientras se vaciaba en mi interior.

Me senté, me abracé a su cuello y lo besé. Fue un abrazo largo y sin prisas. Pasé una mano por el cabello de su nuca, suspirando en su boca mientras me abrazaba con fuerza.

—Marcus —dije en un susurro mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Nos aferramos el uno al otro. No estaba segura de cuánto tiempo pasamos en esa postura, pero fue necesario un ladrido molesto del cachorro para sacarnos de nuestro pequeño mundo; los dos nos echamos a reír cuando finalmente separamos nuestros cuerpos saciados.

Recogí mis braguitas destruidas y las tiré a la basura sin una pizca de remordimiento. Yo era rica. Marcus era rico. Podía comprar ropa interior nueva. Pero nada podría reemplazar lo que acababa de pasar entre nosotros. El dinero nunca podría comprar esa clase de felicidad. Sonreí mientras veía a Marcus darle a nuestro nuevo cachorro el cariño que quería. Si yo había conseguido al hombre que amaba, también podría aprender a comprar ropa interior en grandes cantidades en el futuro.



Epilogo



Marcus

Varios meses después...

—Harper está embarazada —anunció Blake sin previo aviso con voz aterrorizada.

Mi gemelo y yo estábamos de compras en Rocky Springs antes de reunirnos con Harper y Dani para comer. Por extraño que parezca, estábamos en una tienda de dulces especializada y ambos estábamos mirando.

No me sorprendió que la mujer de Blake estuviera embarazada, porque estaba bastante seguro de que él practicaba mucho para lograrlo. Adoraba a su esposa y yo sabía que Blake quería niños, así que le pregunté:

—¿Y no es algo bueno?

Tomó una caja de bombones y volvió a dejarla de nuevo mientras respondía:

—Se suponía que no iba a pasar. No puede tener hijos, pero yo lo sabía cuando me casé con ella.

—Entonces, ¿cómo se quedó embarazada?

Yo había supuesto que lo había hecho de la manera tradicional, pero no quería entrar en ese tema con mi hermano.

—Sucedió sin más. Supongo que era posible, pero muy poco probable. Hemos hablado de adoptar. No esperábamos que esto sucediera.

—¡Enhorabuena! —Dije mientras le daba una palmada en la espalda—. Pero no pareces contento.

—Estoy jodidamente aterrorizado —confesó Blake—. Todo es normal hasta ahora, pero podría pasar cualquier cosa. Perdió un bebé después de que nos separásemos hace más de diez años. Mi hijo. Nuestro hijo.

Yo sabía que las mujeres daban a luz todos los días, pero toda la situación también me parecía un poco aterradora. Joder, no sabía cómo me sentiría si Dani estuviera embarazada. Algún día, probablemente lo descubriría, pero ahora mismo me alegraba de no estar en el lugar de Blake.

—Lo siento —le dije a mi gemelo con voz ronca.

Me entristecía haber perdido a una sobrina o sobrino y que Blake hubiera perdido un hijo.

—Gracias —dijo, su atención atraída por una barra de caramelo gigante—. Sé que es algo bueno, pero me da miedo que pueda volver a pasar algo.

Eso sonaba como una preocupación legítima.

—¿Es un embarazo de alto riesgo?

—En realidad, no —me dijo—. Todo está yendo bien. No quiero decirle a Harper que estoy hecho polvo. Prometimos que nos concentraríamos en lo positivo y ella lo necesita ahora.

Blake y yo nos habíamos unido en los últimos meses, así que no era raro que yo respondiera:

—Entonces concéntrate en el hecho de que vas a tener un bebé e intenta olvidar lo que no puedes controlar.

Era fácil decirlo, pero entendía lo que podía hacerle a un tipo amar a alguien tanto como Blake y yo queríamos a nuestras esposas. Saber que su mujer estaba embarazada y que había perdido a un hijo antes probablemente estaba carcomiendo a Blake.

—Estoy contento —dijo Blake con una voz decididamente infeliz—. Solo desearía que la parte del embarazo hubiera terminado.

Tomé una caja de los dulces favoritos de Dani y la sostuve mientras seguía a mi hermano por la tienda.

—¿Vas a comprar algo?

Blake se sobresaltó como si acabara de despertarlo.

—Sí —dijo distraídamente mientras escogía un par de cajas diferentes y nos dirigíamos hacia la caja registradora para pagar.

—¿Cuánto tiempo hasta que termine? —Pregunté con curiosidad mientras pagaba mi compra.

—Seis meses, veinte días y unas doce horas hasta que salga de cuentas —dijo Blake, dando un paso al frente para pagar sus caramelos.

«Pobre cabrón. Perderá la determinación. Nunca aguantará tanto tiempo», pensé. Anduvimos hacia el café de al lado cuando terminamos; ninguno de nosotros tenía prisa, ya que habíamos llegado antes de lo previsto.

No tenía palabras para hacer que Blake se sintiera mejor. Sabía por experiencia que su ansiedad no se pasaría hasta que Harper diera a luz a un bebé sano.

—Saldrá bien —dije finalmente en un tono que esperaba fuera una especie de voz de la razón—. Si no es de alto riesgo, hay muchas posibilidades de que lo supere sin problemas.

—Lo sé. Pero estaré preocupado hasta que haya dado a luz —dijo Blake mirando el reloj—. ¿Qué crees que están haciendo nuestras chicas? —Preguntó.

—Probablemente están en la tienda de bebés —supuse.

Blake sonrió de repente.

—Es muy probable —coincidió—. Harper ya está comprando cosas para el bebé.

Por un momento, vi que la aprensión de Blake se esfumaba al concentrarse en las partes agradables de tener un hijo. Parecía... feliz. Quizás yo no hubiera entendido su deseo de casarse antes, pero ahora que Dani era mi esposa, vivía en la misma clase de burbuja de la felicidad que mis otros hermanos y Chloe.

No es que todo fuera perfecto entre Dani y yo. Juntar a dos individuos obstinados para toda la vida significaba que habría algunas desavenencias, pero hacía mucho tiempo que había decidido que preferiría pelear con ella antes que acostarme con cualquier otra. Además, siempre estaba el sexo de reconciliación. Y eso sí que valía la pena alguna pelea ocasional.

Para ser sincero, yo sabía que era un imbécil y ella seguía siendo mi ángel, incluso cuando no estábamos de acuerdo. El mero hecho de que hubiera estado dispuesta a aceptarme durante el resto de su vida había sido un puñetero milagro.

Me casé con ella poco después de ponerle el anillo. Tener una familia tan grande como la mía en la misma zona nos ayudó a pronunciar nuestros votos en unas pocas semanas. Mi madre y el resto de la familia hicieron su parte para ayudarnos a Dani y a mí a organizar una preciosa boda en un tiempo récord.

Blake y yo casi habíamos llegado al restaurante cuando nos recibió la vista de nuestras esposas bajando por la acera hacia nosotros. Vi a Dani reírse de algo que Harper había dicho, la cara radiante de la felicidad que había encontrado aquí con nuestras familias. Estaba estrechamente unida a su hermana y se había unido mucho a todas las mujeres Colter.

Yo me juntaba con mis hermanos con regularidad. Blake y yo volvíamos a parecer gemelos y probablemente siempre tendríamos cierta afinidad entre nosotros ahora que nos reuníamos más a menudo. Él viajaba de ida y vuelta a Washington para cumplir sus obligaciones en el Senado, pero nos veíamos con bastante frecuencia.

—Es jodidamente preciosa —murmuré mientras las veía a ella y a Harper acercarse.

—Ambas lo son —me corrigió Blake.

Dani seguía yendo a terapia, pero yo sabía que se estaba volviendo más segura y descarada con cada día que pasaba. No es que ella no hubiera sido siempre audaz, pero poco a poco, vi cada vez menos la mirada afligida que había tenido en sus ojos. Seguía escribiendo e incluso había hecho algunos reportajes de interés especial en el periódico local. Si se podía discutir algo, mi esposa lo hacía con gusto, ya fuera un problema regional o uno de relevancia mundial. Independientemente de dónde publicara sus artículos, ponía todo su corazón en cada tema sobre el que escribía.

Dani finalmente levantó la vista y nuestros ojos se vieron mutuamente atraídos de inmediato. Demonios, juraría que yo tenía un faro de referencia que siempre me llevaría directamente a ella. Empezó a acelerárseme el corazón cuando ella me sonrió, radiante con una preciosa luz resplandeciente que siempre asociaba con su sonrisa exultante.

«¡Dios! ¿Cómo he tenido la suerte de encontrar a una mujer que me ame tanto como yo a ella?», pensé.

Ella aceleró el paso y yo la atrapé cuando se abalanzó sobre mi pecho. Mis brazos la estrecharon con fuerza y, por supuesto, mi pene respondió en consecuencia. Era imposible que oliera su dulce aroma sin que mi miembro se pusiera listo para la acción.

—Te quiero —dijo Dani sin aliento mientras retrocedía y me daba un beso breve y cariñoso.

—Yo también te quiero —respondí con voz ronca. Dudaba que alguna vez pudiera escuchar esas tres pequeñas palabras de ella sin sentir que tenía un enorme nudo en la garganta.

—¡Harper va a tener un bebé! —anunció alegremente—. Estoy muy emocionada. Vamos a tener una sobrina o sobrino.

Lancé una sonrisa a Blake y Harper, que acababan de terminar su propio saludo íntimo.

—Ya lo he oído. Enhorabuena, Harper.

Ella me sonrió.

—Gracias. Ahora, si pudiera evitar que Blake se preocupe...

—Nunca sucederá —le dije a mi cuñada claramente.

—Soñar es gratis —respondió Harper, dándole un beso en la mejilla a su marido—. Dani me va a organizar una fiesta de nacimiento.

—¿Por qué? —Preguntó Blake, sonando sinceramente confuso—. Creía que se celebraban solo por regalos. Somos ricos. Puedes comprar lo que quieras.

Yo sacudí la cabeza. Obviamente, mi gemelo todavía no había entendido a las mujeres.

—Suele haber comida basura y tarta —le expliqué—. Y es la oportunidad perfecta para que las mujeres se reúnan y se quejen de nosotros.

Dani me dio un empujón juguetón.

—Esa no es la única razón. Estar embarazada es algo importante y es una celebración.

En realidad, para Harper, el embarazo era un milagro y tenía más que celebrar que muchas otras mujeres. Yo estaba de broma con mi hermano y con Dani, pero estaba verdaderamente encantado por mi hermano y Harper.

—Entonces lo convertiremos en una verdadera fiesta —convine encantado—. ¿Tarta de chocolate?

—Por supuesto —respondieron Dani y Harper a la vez.

Sonreí a mi mujer y le entregué la bolsa de chocolate.

—Tal vez esto te saque del apuro hasta que podamos pedir la tarta.

Ella agarró la bolsa y la abrazó contra su pecho.

—¡Ay, Dios, Marcus, ¡este es uno de los motivos por los que te quiero tanto! —Exclamó Dani.

Rodeé su cintura con el brazo, siguiendo a mi hermano y Harper mientras nos dirigíamos al café.

—¿Me quieres porque te compré chocolate? —Pregunté en broma.

—No. Te quiero porque, incluso cuando no estamos juntos, estás pensando en mí. Son las pequeñas cosas que haces las que me hacen quererte tanto.

—Pero comprarle una caja de bombones a tu esposa mientras estás en la tienda no es muy romántico —dije arrastrando las palabras.

—Yo no estoy de acuerdo —respondió ella ferozmente—. Es muy romántico.

—Si tú lo dices... —respondí con escepticismo.

Ella abrió la bolsa y dio un grito de alegría.

—¡Bueno! Este chocolatero es fantástico —dijo entusiasmada—. Esto está increíble derretido y caliente. Me encanta ponerlo en el helado, pero tengo un mejor plan para esta noche.

Solté una tos sobresaltada.

—¿Y qué plan es ese?

—Te sorprenderé.

Ya tenía visiones de nosotros desnudos y Dani lamiendo chocolate de una parte en concreto de mi cuerpo que ya la adoraba.

—No puedo esperar. ¿De verdad tienes hambre?

—Me muero de hambre —respondió alegremente.

«¡Estoy jodido!», dije para mis adentros.

—Pero puedo comer rápido —agregó en tono tentador.

—Tómate tu tiempo. —No quería que tuviera que engullir su comida solo porque tenía un marido cachondo.

—Me aseguraré de que merezca la pena esperar —respondió ella en un tono seductor que siempre me enloquecía.

Sabía que ella haría que valiera la pena arrastrarse por el infierno, lo cual hacía mucho más difícil retrasar la gratificación. Dejamos nuestras bromas cuando llegamos al café detrás de mi hermano y Harper. Dani comió rápido, en efecto, pero Harper y Blake también, lo que me hizo preguntarme si tenían un arreglo similar al mío con Dani.

Yo terminé mi propia comida tan rápido que apenas la saboreé. Demonios, ¿qué chico no lo haría sabiendo que iba a pasar la noche en un estado de placer inimaginable?

Al final de la comida, saqué a Dani del reservado y le lancé la cuenta a mi hermano cuando escapábamos, citando un compromiso previo.

—¿Con quién? —Preguntó Blake con escepticismo.

—No es asunto tuyo —refunfuñé.

Blake resopló, pero se hizo cargo de la cuenta para que Dani y yo pudiéramos escapar. Algún día, le pagaría pagando almuerzos o cenas juntos, pero en ese momento solo tenía pensamientos para una persona.

Cuando finalmente estábamos en mi vehículo y nos alejábamos de la calle principal, escuché a Dani suspirar mientras decía:

—Llévame a casa, Marcus.

Demonios, no podía conducir lo bastante rápido. Sus palabras me hicieron sentir como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Mi casa se había convertido en el hogar de ambos, una mezcla de lo viejo y lo nuevo, suya y mía; un lugar donde quería estar todo el tiempo solo porque Dani estaba allí conmigo.

Pensé en mis hermanos y en mi hermana, Chloe, cada uno de nosotros encontrando el amor, uno tras otro. Como yo era el mayor, en realidad debería haber sido yo el que primero sentara la cabeza. Pero no iba a quejarme. Había hecho falta una mujer especial para aguantar mi mal genio y ¡Danica había valido la pena la espera!

~Fin~

Sigue leyendo para ver una muestra de *Multimillonario Rechazado*



Prólogo



Jett

Hace más de dos años...

—¡No puedo creer que me hayas hecho esto! —Me gritó mi prometida—. No puedo casarme contigo así. Ni siquiera puedo mirarte, mucho menos tener sexo contigo. Estás... desfigurado.

Lisette estaba prácticamente púrpura cuando se alejó de mi cama del hospital, una imperfección que yo sabía que odiaría si supiera que su cara estaba de ese color.

Sus palabras me tocaron la fibra sensible, pero me dolía, y no era mi corazón lo que me estaba causando un dolor insoportable. Era mi cuerpo y pierna en mal estado lo que me causaba tanta agonía que deseé que pudieran poner fin a mi maldita miseria.

—No puedo tener esta discusión contigo ahora mismo, Lisette —le dije apretando la mandíbula.

—No hay nada que discutir. No puedo casarme con un hombre que nunca podrá ir a eventos sociales y bailar conmigo. En lugar de tenerme envidia, mis amigas sentirán lástima de mí porque estoy casada con alguien discapacitado. No soporto ser compadecida. Sabes que quiero ser admirada. Me lo merezco —dijo ella con un pequeño resoplido de disgusto.

«¡Dios! ¿Cómo no me había dado cuenta de lo superficial que era mi prometida ni de lo mezquina que era? Probablemente porque no he tenido mucho tiempo para otra cosa que no fuera el trabajo», pensé.

Lisette y yo nos reuníamos para tener sexo y acudir a fiestas. En general, yo quería el sexo, así que la llevaba donde ella quisiera ir.

Ella no me había exigido nada más que eso y yo no había necesitado nada más. Por supuesto, habíamos hablado acerca de fijar una fecha para nuestra boda, pero Lisette estaba muy contenta con el caro diamante que le había puesto en el dedo y la fecha no nos había parecido tan importante a ninguno de los dos. Yo estaba empezando a pensar que ella amaba la idea del anillo caro más de lo que quería casarse conmigo. Quizás la demora había sido una bendición, ya que ella estaba rompiendo conmigo mientras yo aún intentaba recuperarme de mi última cirugía.

Según mis dos hermanos, ella no había podido venir a verme antes porque no podía tolerar ver gente enferma. Pero había venido corriendo hasta aquí en cuanto recobré la consciencia para

romper nuestro compromiso.

«Bueno. Sí. Puede que supiera que ella no era exactamente una intelectual», reconocí, pero me pregunté por qué nunca me había dado cuenta de lo narcisista que era. «Tal vez porque nunca había hecho algo que ella no aprobara antes», reflexioné.

Nunca le había hablado a Lisette de la ORP, la organización de voluntarios dirigida por mi mejor amigo, Marcus Colter, para rescatar a víctimas secuestradas y a prisioneros políticos en países hostiles.

Tal vez el hecho de que nunca hubiera confiado lo bastante en ella como para hablarle de la ORP debería haber sido una gran señal de alerta, pero me dije que ella no necesitaba saberlo y que la ORP era un grupo secreto. El equipo había mantenido una actitud discreta.

Francamente, yo sabía que a ella no le importaba un comino, pero nunca lo había reconocido para mis adentros. Es curioso lo que estar a punto de morir puede hacerle a un chico. Estaba pensando en toda clase de mierdas en las que nunca lo había hecho.

Por extraño que parezca, Lisette ni siquiera me había preguntado nunca cómo había terminado en un accidente de helicóptero en un país extranjero. Evidentemente, lo único que importaba era cómo la afectaban mis lesiones.

—Supongo que debería devolver el anillo —dijo en un tono más amable.

—Como dije, podemos discutirlo más tarde.

—Quiero que esto termine —dijo—. No quiero casarme contigo.

Sí, yo ya había captado ese punto, pero todavía no podía decir que sus palabras no dolieran. Estaba en una posición bastante vulnerable y el hecho de que mi prometida no pudiera soportar estar conmigo era una amarga píldora que tragar en ese preciso momento.

Tenía mal aspecto. Lo sabía. Cuando nuestro helicóptero cayó, yo estaba en el lado que golpeó el suelo y todo mi cuerpo se hizo pedazos de un extremo al otro. Mi pierna quedó destrozada y los médicos todavía estaban intentando recomponerla.

—Quédate el anillo —dije con voz áspera. Lo único que quería en ese momento era sufrir en silencio sin su voz estridente e irritante lamentándose de cómo yo lo había arruinado todo para ella.

Sinceramente, desde que estuve en el accidente, no había pensado realmente en cómo iban a afectar mis lesiones al resto de mi vida. Demonios, solo había estado intentando sobrevivir a la jornada.

Había estado impaciente por ver a mi prometida finalmente, esperando que ella me hiciera recordar cuánto tenía por lo que vivir y que tenía un futuro por delante que anhelar deseoso. Pero me había equivocado. En ese preciso instante, haría cualquier cosa para deshacerme de ella.

—Creo que me debes el diamante después de todo lo que me has hecho sufrir —caviló.

—Además de resultar herido, ¿se puede saber qué te he hecho? Te compré todo lo que querías, exactamente cuando lo querías. Te envié de vacaciones caras con todas tus amigas. ¿Qué más querías?

No mencioné que me había gastado una pequeña fortuna en su colección de joyas y en el caro deportivo que le había comprado. Con Lisette, siempre se trataba de cosas materiales, pero como yo podía permitirme lo que ella quisiera, no había visto ninguna razón para negarle nada.

—Quería que siguieras siendo uno de los solteros más atractivos, ricos y codiciados del mundo para que todas me envidiaran —dijo con un mohín.

—Joder, siento muchísimo haberte decepcionado —respondí con sarcasmo frío.

Lo único que quería era que saliera de mi habitación de una puñetera vez.

—Adiós, Jett —dijo en tono dramático mientras salía por la puerta.

—Que te vaya bonito, perra —dije en voz alta después de que se hubiera ido.

Miré el reloj y me di cuenta de que faltaba otra hora antes de poder tomar algo para el dolor. Parecía que toda mi puñetera vida giraba en torno al horario de mi medicación. Intenté relajarme, pero todo mi cuerpo estaba tenso por el dolor y el enfado. Y es posible que también hubiera algún dolor, en alguna parte.

La mujer a la que creía amar y con la que iba a pasar el resto de mi vida acababa de dejarme porque iba a estar cubierto de cicatrices y, sinceramente, mis días de baile habían terminado. Pero yo ni siquiera había pensado en ninguna de esas cosas porque había estado intentando superar otro día mirando las cuatro paredes que empezaban a hacerme sentir encerrado. Pero los crueles comentarios de Lisette estaban obligándome a pensar en mi futuro y no tenía tan buena pinta como antes del accidente de helicóptero.

«Nada volverá a ser lo mismo. Quizás pueda volver a caminar, pero mi vida diaria será diferente», pensé. Sabía que, si los roles se invirtieran, yo nunca me habría alejado de Lisette. Tal vez fuera una especie de idiota en algunos aspectos, pero eso requería una crueldad en su interior cuya existencia yo desconocía.

—¿Qué demonios me pasó? —Gruñí.

¿Cuándo había estado bien con alguien como Lisette y mucho menos comprometido con ella? Había crecido más rico que la mayoría de las personas del mundo, pero mis padres fallecidos nos habían criado a todos y cada uno de sus hijos para que fuéramos individuos decentes. Mi madre y mi padre nunca habían antepuesto el dinero y el éxito a la moral y los valores.

Me pregunté qué más había estado ignorando mientras estaba ocupado en desarrollar una de las compañías tecnológicas más grandes del mundo con mis hermanos Mason y Carter.

De alguna manera, si alguna vez salía de aquel maldito hospital y me libraba del dolor que desgarraba mi cuerpo herido, volvería a prestar atención a lo que ocurría en el mundo que me rodeaba. Y nunca me permitiría dejarme atrapar por una mujer sin sustancia porque estaba ocupado.

El compromiso había sido idea de Lisette y yo sentí que le debía el respeto de regalarle un anillo porque llevábamos más de un año saliendo. Parecía el desarrollo natural y yo no era reacio a casarme. Como nunca había visto su lado desagradable, pensé que seríamos felices juntos.

Ahora, dudaba de las decisiones que había tomado mientras mis hermanos y yo intentábamos enviar a nuestra empresa a la estratosfera. Tenía que preguntarme dónde demonios habían estado mi cerebro y mi corazón mientras trabajaba doce horas diarias en mi despacho. Habíamos conseguido nuestro objetivo, pero ¿a qué precio? Había estado a punto de casarme con una mujer sin corazón.

«Algún día encontraré a alguien a quien no le importe que mi cuerpo tenga una cantidad considerable de cicatrices y que no pueda bailar», me dije. El diagnóstico de mi pierna no era bueno. Necesitaría más cirugías e incluso después de que se hicieran, nunca tendría la misma movilidad que tenía antes del accidente.

En mi mundo, encontrar a una mujer que aceptara mi apariencia y mis limitaciones era muy poco probable. Si lo hicieran, sería por el dinero. Como había nacido rico, sabía lo superficial que podía ser mi mundo a veces. Tal vez esa fuera mi motivación para formar parte del equipo de Marcus. Quería marcar alguna diferencia en el mundo, y no donando dinero que fuera desgravable.

Ahora que había tenido mi epifanía, sabía que nunca seguiría el mismo camino que había seguido durante la mayor parte de mi vida adulta. La vida era finita y nadie lo sabía mejor que un tipo que había engañado a la muerte.

No tenía ni idea de si había una mujer que pudiera ver más que mi dinero cuando me mirase. Una mujer que pensara que las cicatrices y una pata coja no eran nada importante. Pero si me encontraba con ella en algún lugar, no la dejaría escapar. Le pediría que se casara conmigo en el acto. Si no la conocía, estaría mejor solo.



Capítulo 1



Ruby

En el presente...

Sentía que toda mi vida de mierda me había llevado a la pesadilla que estaba viviendo actualmente. Estaba desnuda. Había una cadena alrededor de mi cintura de la que tiraba mi captor para impulsarme hacia adelante. Por desgracia, el tipo que tiraba de mi cadena, literalmente, era mucho más grande y pesado que yo, así que me veía obligada a seguir moviéndome.

Y sabía que, en cuestión de unos instantes, estaría en pie en un escenario con muchos compradores mirando mi cuerpo desnudo e intentando decidir cuánto dinero valíamos para ellos yo y mi virginidad.

Mis instintos de lucha o huida me gritaban que escapara. La huida sería mi única opción, porque nunca había sido una gran luchadora. Para mí, la resistencia siempre había significado más dolor. Después de las primeras lecciones cuando era niña, aprendí a no pelear más porque no me servía de nada. Al menos, nunca lo había hecho hasta ahora, pero los viejos hábitos y el comportamiento aprendido no iban a desaparecer. Sin embargo, mi pánico estaba haciéndome pensar que podría tener que cambiar a toda prisa.

«¡Tengo que salir de aquí, joder!», pensé. Odiaba el hecho de haber terminado en esta situación por mi propia estupidez, pero lamentarlo no iba a mejorar mi situación. Tendría que encontrar una manera de escapar o sufrir las consecuencias. «¿Cómo me pude creer la historia de mi secuestrador?», me reproché.

Estaba sin hogar y desesperada cuando mis secuestradores me ofrecieron un trabajo. El hambre había sido una buena motivadora, ya que terminé aceptando la oferta porque no había comido desde hacía días.

Debido a mi mala decisión, no había visto la luz del día desde que monté en coche aquel día hacía unas semanas. Me habían retenido en una habitación de hotel infestada de bichos, con rejas en las ventanas y sin escapatoria.

Lo único bueno de mi prisión improvisada había sido la comida. Me habían alimentado, pero las comidas no provenían de la amabilidad o ni del deseo de fortalecerme para trabajar en un

oficio real. Mis secuestradores querían engordarme como un granjero quiere engordar a su ganado para que sea más atractivo para los compradores.

Mi cuerpo temblaba cuando me condujeron al escenario. No me aterrorizaba estar desnuda, lo cual, en sí mismo, generalmente sería aterrador. Pero tenía cosas más funestas de las que preocuparme, como quién haría la puja más alta en esa locura de subasta de vírgenes como para ser mi dueño y cuál sería su plan para mí después de la venta.

¿Terminaría encadenada en el polvo en la oscuridad de un sótano o bodega, para no volver a ser vista nunca? Tal vez no hubiera nadie que se preocupara por mí en este mundo, pero desde luego que yo no quería ese destino.

Me encogí de miedo cuando tiraron de mí hasta situarme en el lugar indicado del escenario y el hombre que sostenía la cadena me retuvo allí. La humillación de ser mirada con lascivia por una multitud de hombres fue como un fuerte golpe en el estómago.

Había vivido con humillación toda mi vida y, durante unos segundos, reviví algunos de esos recuerdos, algo que nunca me permitía hacer. Pero mi terror estaba fuera de control y no tenía forma de defenderme o hacer que mi cerebro evitara esas imágenes.

No podía ver cada par de ojos mirándome. Pero sentí la espeluznante sensación de ser observada por muchos pares de ojos e hizo que quisiera caer en posición fetal para protegerme.

«Que no cunda el pánico. Dani dijo que me iba a rescatar», me recordé.

El problema era que no conocía a Danica Lawson lo suficientemente bien como para juzgar si alguien vendría a ayudarme. Pero su promesa era lo único que tenía para seguir adelante. Solo nos habíamos visto una vez en persona y hablamos varias veces por teléfono. Parecía bastante amable, pero yo había aprendido muy pronto en la vida que la gente me decepcionaba y que la única que realmente se preocupaba por mi supervivencia era yo.

Levanté el mentón, decidida a no dejar que nadie supiera lo asustada que estaba. Había pasado por situaciones malas antes y me negaba a acobardarme ante estas personas que degradaban a las mujeres para entretenerse. Algunas personas se excitaban humillando a los demás y yo no pensaba darles a los compradores potenciales razones para pagar más por una mujer que temblaba y lloraba a sus pies.

Una cosa que no hice fue llorar, aun cuando necesitaba desesperadamente ese alivio. El llanto daba poder a los torturadores y yo me negaba a desprenderme de la poca dignidad que me quedaba todavía.

«Encontraré una manera de escapar si Dani no viene», decidí.

Liberarme era mi única esperanza y, como estaba alimentada y descansada, estaba mucho más fuerte que cuando fui capturada.

Intenté relajarme lo suficiente como para trasladarme mentalmente a otro lugar, dejar que mi mente me llevara a cualquier otro sitio que no fuera aquel donde estaba en ese momento. Era un truco de infancia que había adoptado cuando no quería estar al tanto de lo que me estaba sucediendo porque era demasiado doloroso.

Lo intenté, pero pronto me di cuenta de que escapar a mi interior no funcionaría esta vez. Así que miré el mar de rostros que podía distinguir en la habitación llena de humo.

Las luces del escenario eran lo suficientemente brillantes como para que no pudiera ver gran cosa, excepto a las personas más cercanas a mí en la primera o segunda fila de mesas. Mis ojos se movieron y aterrizaron en una cara; por alguna razón, no pude apartar la mirada.

Mi corazón, que latía desbocado, dio un vuelco al mirar al hombre de la primera fila. Por un instante, me sentí consolada cuando me miró a los ojos, aparentemente ignorando el hecho de que

estaba desnuda. ¿Intentaban decirme algo sus ojos o lo estaba imaginando porque quería pensar que sentía algún tipo de compasión por mí?

Cuando el subastador empezó a hablar sobre las muchas formas en que podría ser utilizada y maltratada si me vendían a alguien con fetiches más oscuros, rompí el contacto visual con el hombre de cabello oscuro.

«No hay bondad para mí. Obviamente, solo era una idea desesperada. Nadie con corazón podría sentarse y ver a mujeres subastadas como animales de granja», pensé.

Un momento después, supe que tenía razón cuando el hombre que esperaba que no estuviera mirando mi cuerpo, sino viéndome a mí, hizo su propia puja.

«Aquí a nadie le importo. Lo único que quieren es mi cuerpo para utilizarlo y maltratarlo», me dije desesperanzada.

Parpadeé para contener las lágrimas sin dejar de mirar a la oscuridad al fondo de la sala, mi cuerpo rígido a pesar de que lo único que quería hacer era desmoronarme en el suelo en un charco de desesperanza.

«Yo no lloro. Yo nunca lloro. No le daré a nadie aquí la satisfacción de saber que estoy aterrorizada», me recordé.

En un momento de debilidad, deseé haber reunido el valor para matarme de alguna manera y así evitar la humillación que me inundaba en oleadas atroces. Tal vez podría haber encontrado la manera de morir, pero mi voluntad de sobrevivir era más fuerte que mi deseo de hundirme en el olvido de la muerte. Me sacudí ese pensamiento tan sombrío, consciente de que nunca renunciaría a mi vida voluntariamente, a pesar de que sentía que cualquier esperanza de vivir realmente me había abandonado hacía ya mucho tiempo.

«Me liberaré. Encontraré la manera», pensé resuelta. Recordé una cita que había leído relacionada con Roosevelt: «Si has llegado al final de tu cuerda, haz un nudo y agárrate». Yo estaba aferrándome a mi nudo en ese preciso instante, un rayo de esperanza que nunca había podido dejar ir y que me negaba a soltar.

Las citas y la literatura me habían servido de inspiración durante toda mi vida. Como la biblioteca estaba disponible para todos, había pasado allí la mayor parte del tiempo allí, absorbiendo tanta información e inspiración como pude encontrar entre las páginas de libros, así como otra información provista al público de forma gratuita.

En mi juventud, los libros habían sido mi escape, mi forma de dejar atrás mi dolorosa vida durante breves períodos de tiempo.

Como adulta sin hogar, había sido un lugar donde permanecer al calor o refrescarme, un lugar que siempre me había encontrado un sitio al que pertenecer y donde encajar. Aunque solo fuera durante un ratito. Por desgracia, no había cuentos de hadas en los que yo pudiera encajar en ese momento.

—¡¡¡Vendida!!!

Esa única palabra ladrada por el subastador me sacó de mis cavilaciones hasta la situación que ahora era mi realidad: desnuda, aterrorizada y en un escenario frente a un montón de gente que quería hacerme daño. Acababan de venderme como un caballo en una subasta y mis riendas estaban a punto de cambiar de manos.

Mi mirada horrorizada recorrió la habitación a toda prisa, intentando encontrar una salida. Aparté mi largo cabello castaño con una mano temblorosa. Mi precio había superado las seis cifras, así que, aunque escapara, sabía que sería perseguida como un presidiario fugado. Nadie iba a pagar tanto dinero para perder una costosa yegua de cría.

Pero yo sabía que preferiría correr hacia la libertad y salir a la fuga antes que aceptar mi destino fuera el que fuera.

Ví como mi comprador iba a la caja para disponer el pago mientras tiraban de mí para que bajara los escalones y me apartara de los focos brillantes que casi me habían cegado.

Nos detuvimos junto al hombre que me había comprado y la decepción casi me aplastó al darme cuenta de que mi nuevo dueño era el hombre que me había dado una esperanza momentánea.

Era el chico de pelo oscuro de la primera fila que me había mirado a los ojos brevemente con lo que percibí como amabilidad. Como de costumbre, me había equivocado totalmente. Parpadeé cuando él alzó la mirada hacia mí, su expresión ahora llena de ira.

—¡Cúbrela y suéltala! —Ladró al hombre que todavía sujetaba mi cadena.

Me quitaron mi atadura y me entregaron un vestido oscuro que me puse rápidamente. Era fino, como algo que una se pondría para cubrir un bañador, pero tiré el material sobre mis partes de buena gana, aliviada de poder cubrir mi cuerpo.

—Vamos —me gruñó mi nuevo enemigo al oído mientras me tomaba del brazo para conducirme fuera del club.

Su apretón era firme e insistente, pero no doloroso. Avancé con él, ansiosa por salir de un club que era lo suficientemente sórdido como para subastar vírgenes, sin importar si las mujeres estaban allí por voluntad propia o no. Tenía la sensación de que casi todas las mujeres que se vendían allí lo eran en contra de su voluntad o se habían visto obligadas a estar allí por una tragedia.

Había conocido a dos mujeres en la sala de espera que habían sido vendidas a alguien en un país del tercer mundo. Estaban haciendo turismo en Estados Unidos durante unas vacaciones; eran turistas normales en un país que se decía la tierra de la libertad. Estoy segura de que nunca se les había pasado por la cabeza que habían sido víctimas de un secuestro y ahora era completamente posible que nunca volvieran a ver sus países de origen. Las dos viajeras tenían a gente que las quería en casa y yo quería ayudarlas desesperadamente. Pero no podía hacerlo como prisionera.

Tropecé un poco al intentar seguir el ritmo del hombre que ahora me poseía. No avanzaba muy rápido, pero iba descalza. De vez en cuando, pisaba lo que suponía eran cáscaras de cacahuete, pero prefería no saber si se trataba de otra cosa.

Fue entonces cuando me percaté de que mi último captor tenía una debilidad, una leve cojera al caminar que probablemente podría utilizar a mi favor. No era mucho, pero teniendo en cuenta su enorme tamaño y fuerza, aceptaría cualquier ayuda que pudiera recibir.

El corazón estuvo a punto de estallarme de alivio en el pecho cuando me di cuenta de que probablemente podría dejarlo atrás si lograba salir. Él empujó las pesadas puertas de madera con un brazo poderoso y yo le di la bienvenida al aire húmedo que de repente me envolvía. Inspiré hondo y terminé jadeando al intentar aspirar el aire exterior después de pasar tanto tiempo en un ambiente pútrido.

Mi acompañante me soltó el brazo mientras hacía un gesto hacia el aparcamiento para indicarme que estaba estacionado junto al edificio. Yo tenía miedo, pero otra cita se me vino a la cabeza: «¡La libertad está en ser audaz!».

Estaba casi segura de que el gran poeta Robert Frost era el responsable de escribir esa frase, pero estaba demasiado aterrorizada como para tener la certeza. Lo único que sabía era que esas palabras eran completamente ciertas dada mi situación.

Debía tener valor si quería vivir. Mi comprador se adelantó para dirigirse al aparcamiento. Y yo salí disparada en dirección opuesta.

—¡Ruby! —Escuché gritar al hombre enojado, pero no me detuve. Estaba decidida a escapar...
o a morir en el intento.

Fin de la muestra

Multimillonario Rechazado estará disponible en Amazon próximamente



Biografía



J. S. Scott, “Jan”, es una autora superventas de novela romántica según *New York Times*, *USA Today*, y *Wall Street Journal*. Es una lectora ávida de todo tipo de libros y literatura, pero la literatura romántica siempre ha sido su género preferido. Jan escribe lo que le encanta leer, autora tanto de romances contemporáneos como paranormales. Casi siempre son novelas eróticas, generalmente incluyen un macho alfa y un final feliz; ¡parece incapaz de escribirlas de ninguna otra manera! Jan vive en las bonitas Montañas Rocosas con su esposo y sus dos pastores alemanes, muy mimados, y le encanta conectar con sus lectores.

Otros Libros de J. S. Scott

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, donde podrás conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>
España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

Serie La Obsesión del Multimillonario:

[La Obsesión del Multimillonario ~ Simon \(Libro 1\)](#)

*La colección completa en estuche
Mía Por Esta Noche, Mía Por Ahora
Mía Para Siempre, Mía Por Completo*

[Corazón de Multimillonario ~ Sam \(Libro 2\)](#)

[La Salvación Del Multimillonario ~ Max \(Libro 3\)](#)

[El juego del multimillonario ~ Kade \(Libro 4\)](#)

[La Obsesión del Multimillonario ~ Travis \(Libro 5\)](#)

[Multimillonario Desenmascarado ~ Jason \(Libro 6\)](#)

[Multimillonario Indómito ~ Tate \(Libro 7\)](#)

[Multimillonaria Libre ~ Chloe \(Libro 8\)](#)

[Multimillonario Intrépido ~ Zane \(Libro 9\)](#)

[Multimillonario Desconocido ~ Blake \(Libro 10\)](#)

[Multimillonario Descubierta ~ Marcus \(Libro 11\)](#)

Serie de Los Hermanos Walker:

[¡DESAHOGO! ~ Trace \(Libro 1\)](#)

[¡VIVIDOR! ~ Sebastian \(Libro 2\)](#)

Próximamente

Multimillonario Rechazado ~ Jett (Libro 12)